

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 13-19 diciembre 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Época - Núm. 576 Depósito legal: M. 5.869 - 1955



**CON MENSAJE
DE AMISTAD**

**MEDIO MUNDO EN LA
RUTA DE EISENHOWER**



*Siempre
es hora!*

No importa cuál. La de levantarse es siempre la que inaugura la jornada: la hora de "Sal de Fruta" ENO. De cómo empieza el día depende la mayor o menor disposición para el trabajo. Busque el impulso inicial en la buena salud.

La acción suavemente laxante de la "Sal de Fruta" ENO equivale a la de la fruta fresca y madura.

ENO se vende en dos tamaños.
El grande resulta más económico.

"SAL DE FRUTA" ENO
REGULA EL ORGANISMO



La Guardia Presidencial interpreta el himno americano a la llegada de Eisenhower

CON MENSAJE DE AMISTAD

Medio mundo en la ruta de Eisenhower

VEINTE horas, once minutos en los relojes de la base de Andrews, cerca de Washington. Desde la torre de control han dado la señal y el gran «Boeing 707», que calentaba motores desde unos minutos antes, ha comenzado a rodar por la pista central del aeródromo militar.

A los pocos instantes, otros tres grandes aparatos de las mismas características emprenden el vuelo hacia Europa. Los cuatro se unen en formación de crucero.

En el primer avión viaja el Presidente Eisenhower, con un séquito de veintiuna personas en el que figuran su hijo John, su esposa, su consejero diplomático, el católico Robert Murphy, su médico oficial, el general Howard Snyder, y los escritores Malcolm Moor y Kelvin Mc Cann, a cargo de los cuales corre gran parte de la redacción de los discursos y saluciones que habrá de pronunciar el Presidente.

Sigue después el avión que po-

dría llamarse «de respeto». Es un reactor igual al que utiliza el primer magistrado de los Estados Unidos, preparado para el caso de que una avería le impidiera proseguir en su propio aparato. A continuación marcha otro avión «Boeing 707», que transporta los equipajes de todo el sé-

quito y los regalos para los Jefes de Estado de los países que figuran en el programa de visitas. Son obsequios sencillos, cuya naturaleza se mantiene secreta. Allí se transporta también el agua, cuidadosamente embotellada, que habrá de consumir Eisenhower durante su viaje. El temor a una



En el patio de San Dámaso, los soldados pontificos rinden honores al Presidente



Fotógrafos e Informadores rodean a Eisenhower durante su estancia en la capital italiana

posible infección y el precedente de sus trastornos intestinales hacen necesaria esta medida.

Cierra la marcha otro avión igual. En él viajan los ochenta y tres periodistas y fotógrafos que informarán al mundo del viaje. Cada plaza en este avión ha costado 4.000 dólares, y en este precio no está incluido el alojamiento y la manutención, que corren de cuenta de los periodistas.

Eisenhower ha despegado el día 3 de diciembre. Cuando concluya el viaje, dentro de diecinueve días, el Presidente habrá recorrido un total de 35.782 kilómetros; 31.360 en avión, 432 en helicóptero, 2.400 en barco y 1.600 en tren o automóvil. Entonces habrá batido todos los records establecidos y será el Presidente más viajero de los Estados Unidos, superando al propio Roosevelt.

Han sido muchos, incluso su propia esposa, los que en Estados Unidos aseguraron que este viaje era demasiado para un hombre de sesenta y nueve años cuya salud ha peligrado en varias ocasiones. Pero los médicos, y él lo ha recordado, han dado el visto bueno al desplazamiento. Parece, pues, que no existe ningún riesgo.

LA DECISION DEL CORONEL DRAPPER

Cerca de las doce horas del día siguiente, los cuatro «Boeing 707» alcanzan la vertical de Roma. El coro el Drapper, un «as» de la aviación americana durante la segunda guerra mundial, empuña los mandos del avión presidencial. La visibilidad es muy defi-

ciente, oscila entre los 50 y los 100 metros. Lluvea.

Después de recibir los últimos informes del aeropuerto romano de Ciampino, el coronel Drapper comienza a describir círculos sobre Roma a unos 800 metros de altura. No se decide a aterrizar. Pide de Capodichino, el aeropuerto napolitano, el parte meteorológico y el informe sobre el estado del campo. Inmediatamente los recibe. Los informes son buenos y Drapper parece un momento inclinado a tomar el rumbo hacia Nápoles.

No es nada fácil adoptar esa decisión y él es el único que puede hacerlo. Abajo, en Ciampino, resguardados de la lluvia en un hangar, esperan el Presidente de la República, el Gobierno en pleno, las representaciones de las Cámaras y el Cuerpo Diplomático. En Capodichino no hay naturalmente ninguna Comisión de recepción. Se podría obtener con mucha suerte que esperaran a Eisenhower el alcalde y el jefe de la base aeronaval de la O. T. A. N.; pero radie más.

Por fin el tiempo soluciona el problema de Drapper. Arreacia la lluvia y despeja un tanto la niebla. El avión desciende con rapidez los seiscientos metros que le separan del suelo y toma tierra en la pista brillantada por el agua. Con precisión se detiene ante el grupo que espera. Se abre la portezuela de proa y aparece Eisenhower, sonriente. Sus ocho compases del himno americano y después otros ocho del italiano. El Presidente de los Estados Unidos acaba de llegar a Roma.

En el comunicado final de 450

palabras que se facilitaría tras las entrevistas entre Eisenhower y Gronchi se señala que «las reuniones se han desarrollado en el claro entendimiento de que Italia aumente su contribución a la elaboración de una común política occidental, en interés de los países del Oeste».

Italia, la antigua aliada del III Reich y posteriormente de los aliados occidentales, ha recibido un trato generoso hasta pasar de país vencido a país aliado. Ha recibido de los Estados Unidos más de 5.000 millones de dólares, pero no le satisfacen algunos aspectos de la política occidental, entre ellos el proyectado triunfo de la O. T. A. N. El general De Gaulle ha insinuado repetidas veces la conveniencia de reforzar la eficacia del funcionamiento de la O. T. A. N. mediante la constitución de un directorio de tres países (Francia, Inglaterra y Estados Unidos). Si la propuesta no ha sido bien recibida en las pequeñas naciones ha sido aún peor su acogida en países que como Italia tiene una relevante importancia.

El Gobierno italiano ha mostrado también su disconformidad por el trato preferente concedido a la República Federal alemana. Su opinión, si bien con carácter restringido va a ser considerada en las Conferencias de alto nivel. Italia, cuya población es superior a la de Francia y cuyo territorio es más extenso que el de Alemania occidental, no se contenta con el papel actual. Todavía parece señalar que la visita de Eisenhower ha servido para satisfacer un tanto las aspiraciones italianas.



El Presidente norteamericano conversa con Su Santidad el Papa durante su visita al Vaticano

Dentro de pocas semanas, Gronchi, Presidente de la República italiana, visitará Rusia, aceptando una invitación oficial de la que muchos han dicho que fue «forzada». Su viaje a Rusia plantea la incómoda interrogante de una devolución de visita de Krustchev y la coordinación con el Occidente. Refiriéndose a este viaje y al posterior de Eisenho-

wer también a Rusia, el comunicado final señala que ambos Presidentes «han acordado que esas visitas se realicen con la esperanza de contribuir a la causa de la paz y buscar soluciones para un mayor entendimiento en los problemas internacionales».

EL GLOBO DE LA PLAZA DE VENECIA

Cien mil personas, entre ager-

tes del Servicio Secreto de los Estados Unidos y policías de todas las naciones visitadas, van a velar por la seguridad del Jefe del Estado americano. Es una precaución imprescindible; la vida de Eisenhower es hoy preciosa para millones de habitantes de este planeta.

Y ha sido precisamente en Roma donde Eisenhower ha sufrido



Un momento de la ceremonia en que Eisenhower depositó una corona de flores ante la Tumba del Soldado Desconocido, en Roma



Los Presidentes de Estados Unidos y Turquía, Eisenhower y Celal Bayar, escuchan descubiertos los himnos nacionales de los dos países. En el centro, la bandera de las fuerzas que rindieron honores en el aeropuerto de Ankara

dos inofensivos «atentados». Los informadores de Prensa, radio, cine y televisión les han dado este nombre humorísticamente, para justificar el natural temor que sintieron los agentes de Seguridad cuando se produjeron.

El primero sobrevino en ruta hacia su residencia, cuando la caravana de coches que seguía y precedía al automóvil en que viajaban Eisenhower y Gronchi llegó a las cercanías del Coliseo. Caía la lluvia con intensidad; el tiempo fue el único que no colaboró en el recibimiento. De todos los balcones caían octavillas dando la bienvenida en inglés y en italiano al ilustre huésped. Uno de los papeles, humedecidos por la lluvia, se pegó al parabrisas. Durante algunos minutos el chófer del coche presidencial condujo prácticamente a ciegas hasta que un motorista de la escolta retiró con rapidez las octavillas.

El segundo se produjo al día siguiente, cuando Eisenhower se dirigía a depositar una ofrenda de flores en la Tumba del Soldado Desconocido. Al pasar por la histórica plaza de Venecia se oyó un estampido; los atentos agentes miraron hacia todas partes alarmados, pero el motivo de aquel ruido era bien inocente. Un globo de los que sirven a los niños de Roma para saludar a Eisenhower se escapó de las manos del que lo retenía y fue a estallar, aplastado, bajo las ruedas del coche.

Aquel mismo día los concejales comunistas del Ayuntamiento de Roma interpellaban al alcalde de Roma, Ciocetti, inquiriendo la razón de que éste no hubiera orga-

nizado una recepción municipal en honor del Presidente. Ciocetti había pedido a todos los romanos que tributaran al huésped americano la más cariñosa de las acogidas, y no ha quedado defraudado; ni siquiera los comunistas han faltado a la cita.

Claro está que su actitud responde, naturalmente, a fines exclusivamente políticos. Los mismos que ahora se han desvivido por aclamar al Presidente proclamando que con ello no hacían más que poner fin a la guerra fría eran los que abuchearon y silbaron al propio Eisenhower durante sus visitas a la capital romana como jefe supremo de la O. T. A. N. Ahora es otra la táctica, y no importan las contradicciones para los comunistas.

De nada les ha servido su maniobra oportunista, puesto que en el comunicado final facilitado tras las entrevistas de Gonchi y de Eisenhower no se ha dejado de aludir precisamente a la alianza occidental, referida aquí a la Organización del Tratado del Atlántico Norte.

EN EL PATIO DE SAN DAMASO

Mientras Eisenhower asistía el domingo día 6 a los servicios religiosos en la iglesia episcopaliana de Roma le abandonaron los ochenta y tres periodistas y fotógrafos que le siguen en su viaje. Ellos tenían una audiencia con Su Santidad Juan XXIII Arrodillados los católicos y de pie los demás escucharon las palabras del Papa, que afirmó que si San Pablo hubiese vivido es-

tos tiempos habría escogido la profesión de periodista por ser la que tiene mejores medios para difundir la palabra de Cristo.

A las nueve y veinticinco minutos el Presidente de los Estados Unidos penetraba en el Patio de San Dámaso y revistaba el batallón de la Guardia Palatina que le había rendido honores. Dos minutos más tarde se reunía con Su Santidad. La audiencia había comenzado.

Cuando se firmó la Declaración de Independencia los Estados Unidos contaban tan sólo con 25.000 católicos. Hoy hay más de treinta millones y es, sin embargo, uno de los pocos países, exceptuando a los situados al otro lado del «telón de acero» que no mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Mientras Gobiernos como el británico, el egipcio o el japonés, que tienen en sus territorios minorías católicas proporcionalmente débiles, cuentan con una Misión, los treinta millones de fieles americanos no han conseguido que hubiera un embajador de los Estados Unidos en el Vaticano.

La causa de esta anomalía reside en la intransigente actitud de las Iglesias y Asociaciones protestantes de los Estados Unidos. Norteamérica contó con un embajador en el Vaticano hasta que la unificación de Italia despojó al Papa de su poder como soberano temporal de los Estados Pontificios. Entonces los protestantes americanos señalaron que el mantenimiento de un embajador en el Vaticano podría interpretarse como el reconoci-



Eisenhower pasa revista a las fuerzas militares turcas en el aeropuerto de Ankara, antes de su salida para Karachi

ciento oficial de la Religión Católica, en contraposición a las normas de la Constitución americana, que no da preferencia a ningún credo religioso. Esta argucia pudo ser válida hasta 1929, pero a partir de la firma del Tratado de Letrán por el que el Papa goza de soberanía mundialmente reconocida sobre el pequeño territorio del Vaticano es inadmisibles.

Roosevelt intentó enviar un embajador, pero falló en su intento y hubo de conformarse con

mantener durante bastantes años en el Vaticano a Myron Taylor en calidad de enviado personal. Truman volvió a repetir el intento nombrando al general Clark embajador cerca de la Santa Sede. La violenta oposición promovida por este nombramiento impulsó a Clark a presentar su dimisión antes de haber marchado a Roma.

«REGALO DE DIOS»

«En el distinguido grupo que

acompaña a Vuestra Excelencia tenemos el placer de notar la inclusión de vuestro hijo, cuyo nombre coincide con el nuestro. El nombre de Juan, que tiene una significación bíblica de «regalo de Dios», quiere decir en realidad confianza, alegría y serena fortaleza.»

Estas palabras del Sumo Pontífice pronunciadas durante la audiencia concedida al Presidente americano bastarían para dar una muestra elocuente de los términos afectuosos en que se



A su llegada a Karachi, Eisenhower escucha la interpretación de los himnos al lado del Presidente del Pakistán, Ayub Khan

desarrolló la conversación entre el Papa y el Presidente.

Nadie como Su Santidad Juan XXIII puede comprender mejor y estar más interesado en la misión de paz que ha llevado al Presidente americano a emprender su largo viaje. Después de expresar sus anhelos de prosperidad para el pueblo americano bajo la protección divina, señaló Juan XXIII:

«Los sentimientos y buenos deseos que acabamos de expresar los hacemos extensivos de nuestro corazón a Su Excelencia personalmente y sinceramente invocamos la poderosa ayuda de Dios para vos en sus nobles esfuerzos como infatigable servidor de vuestro pueblo y de la causa de la paz en el mundo.»

El Papa y el Presidente se conocían desde los tiempos en que el primero era Nuncio Apostólico en Francia y el segundo ostentaba la suprema jefatura de las fuerzas de la O. T. A. N. Tal vez por eso, y más aún por la desbordante simpatía del Pontífice y la afectuosidad del Presidente, la entrevista entre ambos se ha desenvuelto en circunstancias tan satisfactorias, de las que pueden ser fiel testimonio las fotografías publicadas.

EL PAPEL DE TURQUIA

Si algún día las tropas de la U. R. S. S. y de los países satélites avanzan más allá de sus fronteras las fuerzas armadas turcas tomarán sobre sí una grave responsabilidad. Desde Georgia y Armenia descenderán hacia el Sudoeste las divisiones soviéticas, que tratarán de alcanzar con la mayor rapidez posible el Canal de Suez. Por el Norte vendrán las unidades búlgaras con ánimo de ocupar los Estrechos, que serán también batidos por la Flota rusa del mar Negro en busca de una vía marítima hacia el Mediterráneo. Por su parte, la aviación y los proyectiles rusos serán emplea-

dos a fondo para tratar de conseguir estos objetivos.

Turquía es un país de suelo pobre e industria débil, cuya economía radica fundamentalmente, sin embargo, en la agricultura. Por su situación estratégica es el país aliado de Occidente que mayor contribución aporta a la defensa común. A pesar de que desde 1947 ha recibido 3.000 millones de dólares (1.000 en ayuda económica y 2.000 millones en ayuda militar), estas entregas no son suficientes y probablemente el Presidente turco, Celal Bayat, ha solicitado de Eisenhower una ampliación del apoyo económico y militar.

La próxima superconferencia y las visitas de Eisenhower y Krustchev a la U. R. S. S. y los Estados Unidos, realizada ésta y proyectada aquella, han causado seria preocupación en Turquía. Sus gobernantes temen que un acuerdo entre los dos bloques, siquiera fuese temporal, podría traer aparejado el sacrificio de Turquía. Eisenhower ha disipado estos temores. En el comunicado final se ha dicho bien claramente:

«Sobre la vital cuestión de una atmósfera que podría llevar al establecimiento de un verdadero alivio de la tensión en el mundo entero, los dos Presidentes están de acuerdo en que tal relajamiento, para ser efectivo, debe basarse en la justicia, la igualdad y llevar esenciales garantías.»

«IKE ZINDABAD»

La mayor parte de los periodistas que acompañan a Eisenhower anunciaron desde Ankara que no habría ningún recibimiento como el que dispuso la capital turca al Presidente de los Estados Unidos. Desde Karachi han tenido que rectificar. La acogida en la capital pakistani ha sido aún más grandiosa. Ante esta superación los periodistas han renunciado a seguir profetizando, porque temen equivocarse otra vez.

Pakistán es un Estado que quiere modernizarse y que por obra del Presidente Ayub Khan ha abandonado el camino de un liberalismo que había llevado al país a la corrupción y a la ruina económica. Ahora emprende una nueva fórmula de democracia orgánica caracterizada por su originalidad y su estrecha relación con la personalidad de los pakistaníes.

Pese a su anhelo de modernización, Pakistán ha recibido al Presidente Eisenhower con la vieja pompa árabe. Había pancartas —«Ike Zindabad» («Viva Ike»), y «Salam allaikum» («Buenos días»)—, como en otras ciudades, pero Eisenhower, en vez de cruzar por las calles en un automóvil pasó en un coche tirado por ocho caballos negros. La gran cena que le fué ofrecida no se celebró en el Palacio presidencial, sino en los jardines del edificio, bajo una inmensa tienda de colores naranja y negro. Danzas exóticas, entre ellas la famosa de las espadas, rubricaron este ofrecimiento a Eisenhower.

Al día siguiente, en el estado de polo, el Presidente pronunció un discurso en el que reiteró el deseo de Norteamérica de mantener su apoyo al Pakistán.

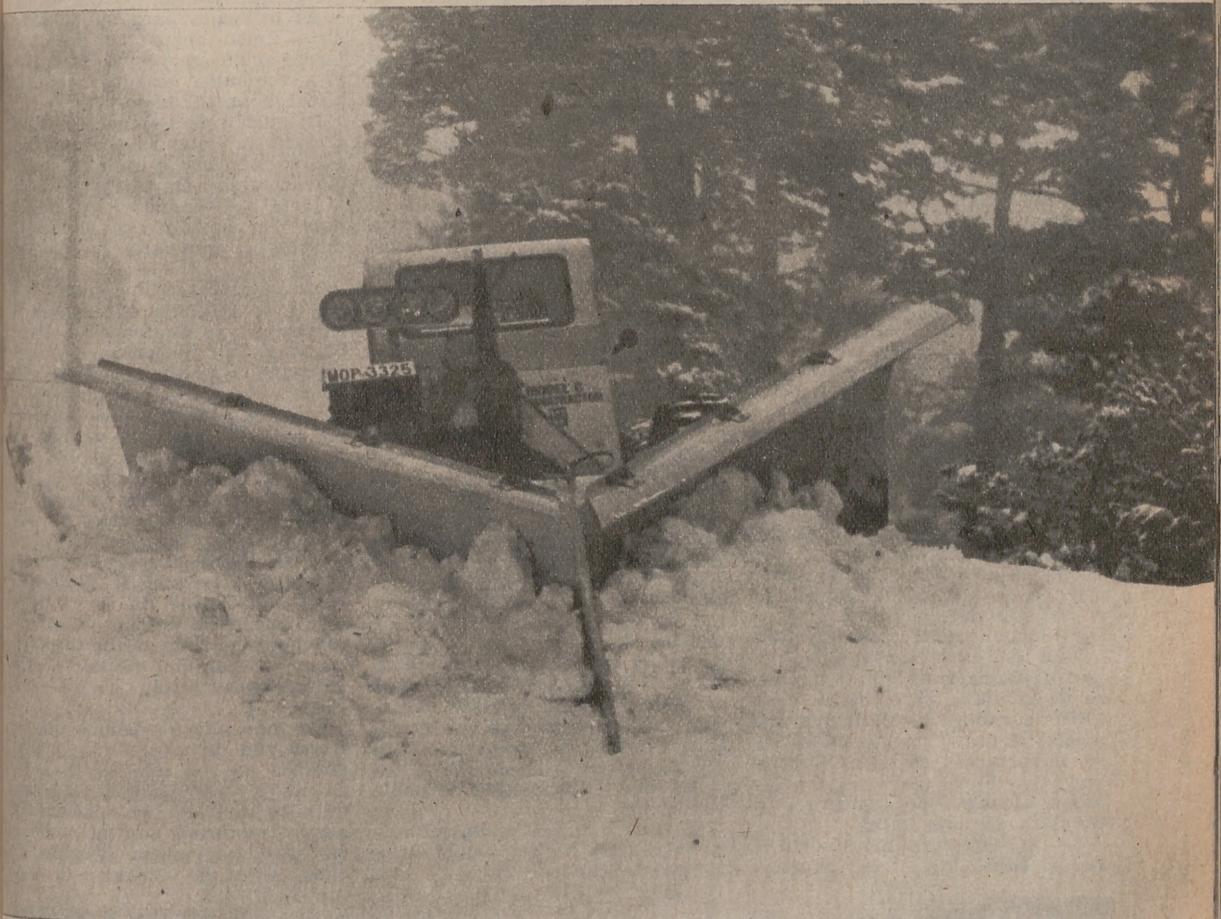
Cachemira y la situación en el Oriente Medio han sido, al parecer, dos de los temas abordados en las conversaciones entre ambos Presidentes. El territorio en litigio entre Pakistán y la India, hoy ocupado por este país, es uno de los problemas que contribuyen a debilitar el frente asiático ante el coloso chino. Pakistán está potencialmente amenazado por los comunistas de Pekín y es probable que en los próximos meses su territorio sufra idénticas infiltraciones a las que ha padecido la Unión India. Pero mientras Pakistán está sólidamente unido a Occidente a través de su adhesión a la Organización del Tratado Central (antiguo Pacto de Bagdad) y al Tratado de la Organización del sudeste asiático, la India, por obra de Nehru, continúa siendo la cabeza del llamado neutralismo activo.

Nehru ha rechazado los ofrecimientos de una alianza militar con el Pakistán ante la presión china, pero es muy probable que una invasión en gran escala de su territorio le forzara a abandonar, siquiera fuese parcialmente, su actitud. La estancia de Eisenhower durante cinco días en la India puede contribuir quizá a debilitar el neutralismo de Nehru, que tras las agresiones chinas ha revelado su completa ineficacia.

A la hora de escribir estas líneas, y por culpa de la niebla y el mal tiempo, es una incógnita el vuelo hacia Kabul, capital del Afganistán, que se inclina lentamente hacia la órbita soviética. La continua ayuda económica y militar de los rusos y la presión política sobre este país, sometido todavía a un régimen tribal, son las causas de esta inclinación, que el Presidente americano se propone contrapesar.

Guillermo SOLANA

CAMINO LIBRE GANADO AL INVIERNO



Moderna maquinaria contra la nieve en los puertos de montaña

ES ahora la fecha. La fecha de la nieve. Unas veces empezó a caer lentamente y se fueron haciendo las capas como de confitería blanca; otras, llegó de repente y se formó como una enorme manta de lana o de algodón, pero de agua cristalizada. El monte, los campos, los tejados de las casas, las vallas de los sembrados, los copudos árboles; todo, en fin, se fue volviendo blanco, como si sólo existiese ese color sobre la tierra. Y también se volvió blanca la carretera.

Al principio, a los camiones, a los automóviles, no les importaba; después, circulaban muy despacio, con precauciones. Más tarde se quedaron inmóviles, como si los copos que parecían flotar sobre el aire se transformasen en barrera de acero. La carretera estaba cerrada al tránsito. Quince, veinte, treinta vehículos, según la hora y el día. La

radio difundió la noticia. El puerto de tal nombre ha quedado cerrado al tránsito. En el otro puerto puede circularse, pero es imprescindible el uso de cadenas.

Poco tardaron en llegar las máquinas quitanieves. Como colosos de ocultos brazos abrieron los caminos. Bien echaban la depositada nieve a lo alto, bien la abrían como si hendiesen una desnuda superficie. Entonces los camiones, los automóviles que estaban parados empezaron a ponerse en movimiento. Poco después volvió a aparecer el negro asfalto, más negro aun por el contraste. Y ya se hizo normal la circulación, como antes. La radio, todo lo más, repitió la noticia, pero al revés. El puerto tal ha quedado abierto al tráfico.

Así es, sintetizada, la biografía del peligro de la nieve, su existencia y su desaparición en los puertos de montaña.

124 PUERTOS DE MONTAÑA AFECTADOS POR LA NIEVE

La configuración orográfica de España, con su meseta central de 700 metros sobre el nivel del mar y cruzada por numerosas cordilleras, principalmente en dirección Este-Oeste, obliga a nuestras carreteras a salvar numerosos puertos. De ellos 124 se ven afectados por la nieve en el invierno, a los que hay que añadir tres en la provincia insular de Santa Cruz de Tenerife.

Con excepción de seis, situados en la provincia de Granada, los restantes son pasos obligados para atravesar los sistemas Pirenaico, Cantábrico, Central e Ibérico, con las respectivas estribaciones.

De esta manera la nieve se convierte así en personaje principal de las carreteras españolas durante el invierno. Y esta prin-

cipalia no se reduce sólo a su presencia, sino a la serie de trastornos que pudieran derivarse de no combatirla con rapidez, seguridad y eficacia.

No hace mucho tiempo decía don Pedro García Ormaechea, director general de Carreteras, que desde el punto de vista de su jerarquía técnica la importancia de estas situaciones estriba en el trastorno que el cierre de los puertos de montaña en la época invernal origina en el tráfico del país. Por ello son de la máxima importancia para la Dirección General los situados en las carreteras radiales, que se ven afectados por el problema de la nieve y los de las carreteras nacionales que complementan la comunicación obligada del Centro con las principales provincias del litoral.

LA CARRETERAS RADIALES Y LAS NACIONALES

Siguiendo las palabras del señor García Ormaechea, en la carretera de Madrid a Irún hay tres puertos: Somosierra, en la provincia de Madrid; la Brújula, en Burgos, y Echegarate, en Guipúzcoa.

En la de Madrid a Francia por Barcelona no hay ningún puerto propiamente dicho, pero sí dos trayectos afectados por la nieve: la zona de Alcolea del Pinar, entre Guadalajara y Soria, y la de La Panadella, entre Lérida y Barcelona. En estas zonas, el principal problema, más que la limpieza de la nieve, es el hielo.

En la radial de Madrid a Valencia, el único puerto de relativa importancia es el de Contre-ras y en él las nevadas son escasas, alcanzan poca altura y la limpieza es inmediata.

En la carretera de Madrid a La Coruña hay tres puertos:

Guádarrama, entre Madrid y Segovia; Manzanal, en León, y Piedrafita, entre León y Lugo. Por lo que respecta a estos puertos, durante la última campaña invernal 1957-58, el puerto de Guádarrama no estuvo cerrado ningún día, utilizándose para su limpieza un camión «Büssing quitanieves». El puerto de Manzanal estuvo cerrado durante estos tres días, utilizándose en esta labor de limpieza un camión «Büssing», aunque el peso de estos trabajos recayó fundamentalmente sobre el personal de carretera y los trabajadores eventuales, pues en dicho puerto el hielo formado al amparo de los vientos muy fríos que existen en esa zona es más peligroso que la nieve, que nunca alcanza altura superior a los 70 centímetros. El puerto de Piedrafita se cierra con más frecuencia, pero las interrupciones son cortas merced a la limpieza efectuada con el quitanieves «Büssing».

En cuanto a los puertos situados en las carreteras nacionales, en Pajares, por la importancia de su tráfico y por ser la principal vía de comunicación por carretera de Asturias con el resto de la Península, así como por la intensidad y frecuencia de las nevadas, la limpieza reviste una importancia especial. En la campaña 1957-58 estuvo cerrado dieciocho días, lo que supone una frecuencia de cierre del 9,8 por 100 de la temporada invernal, considerando ésta comprendida entre el 1 de noviembre y el 31 de marzo. En su limpieza actuaron casi siempre simultáneamente una máquina quitanieves «Latil» de paletas y un camión «Büssing» con el dispositivo de doble vertedero.

El puerto del Escudo, situado en la carretera nacional Madrid-Burgos-Santander, reviste tam-

bién especial importancia por ser el principal enlace por carretera de Santander con el Centro. Durante la temporada de 1957-58, a pesar de los numerosos e intensos temporales, sólo se interrumpió el tráfico una vez, durante la interrupción de unos de veinticuatro horas, gracias a la eficaz labor realizada por la máquina quitanieves «Latil» de paletas utilizada para su limpieza. Este único corte fue debido a la situación en que quedaron varios vehículos pesados que patinaron sobre el hielo.

El puerto de Pozazal, en la carretera de Palencia a Santander, estuvo cerrado un día, y el de Navacerrada, en la carretera de Madrid a León por Segovia, dos días. En la limpieza de ambos puertos se emplearon quitanieves «Latil».

En cambio, en un puerto como el de Piqueras, situado en la carretera de Medinaceli a Pamplona y San Sebastián a Logroño, para cuya limpieza no se disponía entonces de máquina quitanieves, el porcentaje de frecuencia de cierre fue muy elevado. El tráfico estuvo interrumpido durante cincuenta y cinco días, habiéndose realizado las tareas de limpieza en forma artesana. En el puerto de Tosa, en la carretera de Barcelona a Puigcerdá, la máxima nevada en la temporada 1957-58 fue de 60 centímetros, quedando cerrado el puerto solamente el tiempo que tardó en pasar el camión «Büssing» con vertedero utilizado en su limpieza.

De todo ello se deduce que la frecuencia de cierre en aquellos puertos en los que se disponía de máquinas quitanieves ha sido muy baja, y no se ocasionaron serios trastornos con las comunicaciones nacionales. Muchos de ellos, antes de disponer de mo-



Las potentes máquinas quitanieves del Ministerio de Obras Públicas son capaces de dejar libres en pocas horas las carreteras obstaculizadas por la nieve

dero material de limpieza —por ejemplo, el de Navacerrada— se pasaban gran parte de la temporada invernal cerrados al tránsito. Es indudable que en aquellos puertos en los que no existen máquinas quitanieves, o son insuficientes por tener que atender a otros servicios, la frecuencia de cierre sigue siendo elevadísima. Buena prueba de ello es el ya aludido puerto de Piqueras, cuya frecuencia de cierre llegó al 30 por 100, debido a que su limpieza se efectuó sin maquinaria alguna. En la presente temporada, al serle adjudicada a la Jefatura de Soria una máquina quitanieves de paletas, el número de días de cierre en Piqueras se ha reducido a trece, entre el día 1 de noviembre de 1953 y el 15 de febrero actual. Y estos días aún pudieron ser menos si la máquina hubiera estado destinada exclusivamente al servicio de limpieza de dicho puerto. La Dirección General de Carreteras tiene el propósito de adjudicar a dicho puerto, con carácter exclusivo, una de las 20 máquinas fresadoras de importación, con lo que quedará resuelto este problema de modo definitivo. En resumen, el gran trastorno causado al tráfico por el cierre queda fácilmente soslayado en cuanto se dispone de máquinas quitanieves adecuadas.

LOS TIPOS DE MAQUINARIA

Los aparatos quitanieves son esencialmente de dos tipos: estáticos o dinámicos, pudiendo ser estos últimos de turbina o fresadora. En aquellos puertos en que la altura de la nieve sobre la carretera no es muy grande —60 ó 70 cm.— y no hay formación de ventisqueros, una máquina estática, consistente en un camión con un dispositivo de empuje o doble vertedero que aparte la nieve a ambos lados de la calzada, es suficiente. Las máquinas dinámicas son necesarias cuando hay nevadas de importancia o la formación de ventisqueros hace preciso el lanzamiento de la nieve a distancia.

Sin embargo, otro de los grandes problemas es el hielo, que aparece después de quitada la nieve y que es origen muchas veces de patinazos de vehículos que, al quedar atravesados en las carreteras, interrumpen el tráfico. Se han hecho ensayos de limpieza de hielo con barredoras mecánicas que arranquen la capa de hielo formada, pero la experiencia ha demostrado que, o bien dicha capa no se eliminó totalmente, o el firme es arrancado con el hielo, produciéndose un rápido deterioro de aquél. La única solución eficaz es el uso obligatorio de cadenas. Es conveniente complementar este servicio con una pequeña grúa o tractor situado en el puerto, para apartar de la calzada los vehículos que interrumpen el tránsito, así como extender sobre el hielo gravilla impregnada en una salmuera de cloruro cálcico o de cloruro sódico, o mezcla de los mismos, que facilitan la fusión. A este respecto la misión principal de la Policía de Carreteras, como apuntaba el señor García Ormae-



chea, ha de ser vigilar el cumplimiento del precepto que hace obligatorio el uso de las cadenas, cuando así lo disponga la Jefatura de Obras Públicas, pues el no utilizarlas, aparte de los embotellamientos, puede ocasionar accidentes que lesionen no sólo a los infractores, sino a otros usuarios de la carretera.

EL NUEVO PARQUE DE MODERNA MAQUINARIA

Cuando la limpieza se hace en forma artesana, las interrupciones son largas, y nuevas nevadas hacían infructuosas muchas veces el penoso trabajo efectuado para abrir el tránsito. Realizada a mano, la labor de limpieza es antieconómica, no sólo por el número de jornales empleados y el escaso rendimiento obtenido, sino también por la duración de las interrupciones, que repercuten en la economía del país. En la campaña 1957-58 el parque de quitanieves se componía de las

Desfladero de Piedras Luegas. Una vez quitada la nieve, el hielo representa un gran problema, que origina continuos patinazos de los vehículos, contra cuyo peligro la única solución eficaz es el uso de cadenas

siguientes máquinas: ocho de paletas «Latil», una fresadora «Peter», 11 camiones «Büssing» con vertedero y seis tractores «Man» con vertedero. El total de las máquinas dinámicas se reducía, pues, a ocho paleadoras, distribuidas así: dos en Santander, dos en Madrid y una en cada una de las provincias de Huesca, León, Asturias y Granada. La única fresadora existente hasta diciembre último está asignada para la apertura del puerto de la Bonagua. Esta máquina es capaz de abrir trincheras de nieve de gran



Máquinas quitanieves también se emplean en las ciudades



La misma máquina cargando la nieve en un camión de limpieza

altura. Pero la operación de abrir dicho puerto en plena inverna resulta antieconómica y peligrosa para el tránsito, a causa del alud. Sólo se utiliza, por tanto, cuando no se prevén nuevos cierres ni son de temer aludes, anticipando en un mes la apertura y realizándola más económicamente y con menos esfuerzo.

Para modernizar este parque a fines de 1958 se han adquirido

por la Dirección General de Carreteras ocho paleadoras «Latil» destinadas a las provincias de Burgos, Cuenca, León, Lérida, Madrid, Palencia, Soria y Teruel, y cuatro fresadoras «Rolba» sobre tractor «Latil» para Avila, Segovia, Santander y Huesca. Todas ellas están ya en servicio, y con 20 fresadoras más pendientes de adquisición dejarán totalmente resuelto el problema de lim-

pieza de nieve en los puertos de montaña.

«Antiguamente, un puerto podía estar cerrado en invierno sin perjuicio serio para la economía del país, dado el reducido tráfico que existía, pero la importancia del tráfico actual pide con exigencia creciente el constante mantenimiento de la circulación, lo que esperamos conseguir con todas estas máquinas.»

UN GRAMÁTICO EN EL SILLÓN Z

SALVADOR FERNÁNDEZ RAMÍREZ

Un nuevo académico de la Lengua

CATORCE AÑOS TRABAJANDO POR EL IDIOMA

LA Real Academia de la Lengua no es sólo un edificio más o menos monumental —templo griego si se le mira de frente, instituto provinciano dividido de costadillo— para que Madrid aumente el número de sus tarjetas postales con vistas al turismo, llenas de cielo velazqueño, castaños del Botánico e «inmortalidad» dieciochesca.

Es algo más. Por de pronto, lugar de estudio y de trabajo. Centro de investigación. Laboratorio del idioma. Biblioteca de sus manifestaciones escritas. Y, claro está, que aula mayor, ágora de ingenios, estrado y cátedra.

Hay allí brillantes poetas que pulen el lenguaje como alarifes, filósofos llenando las palabras de trascendencia, novelistas que inventan la expresión de un mundo, ensayistas formuladores de términos y acepciones, eruditos que están a la caza de sus raíces, historiadores que van contando la vida efímera o larga de los vocablos. Quizá no bastara.

Y ahora llega un gramático. Hacia falta. A los creadores les viene bien alguien que ate y atornille la fantasía, que ponga freno y brida, que contraste su caudal expresivo. A los eruditos, a los historiadores les viene mejor quien ordene y ofrezca unas bases para el trabajo, quien ponga al fondo una sistemática entre

antigua y nueva, entre libre y contenida.

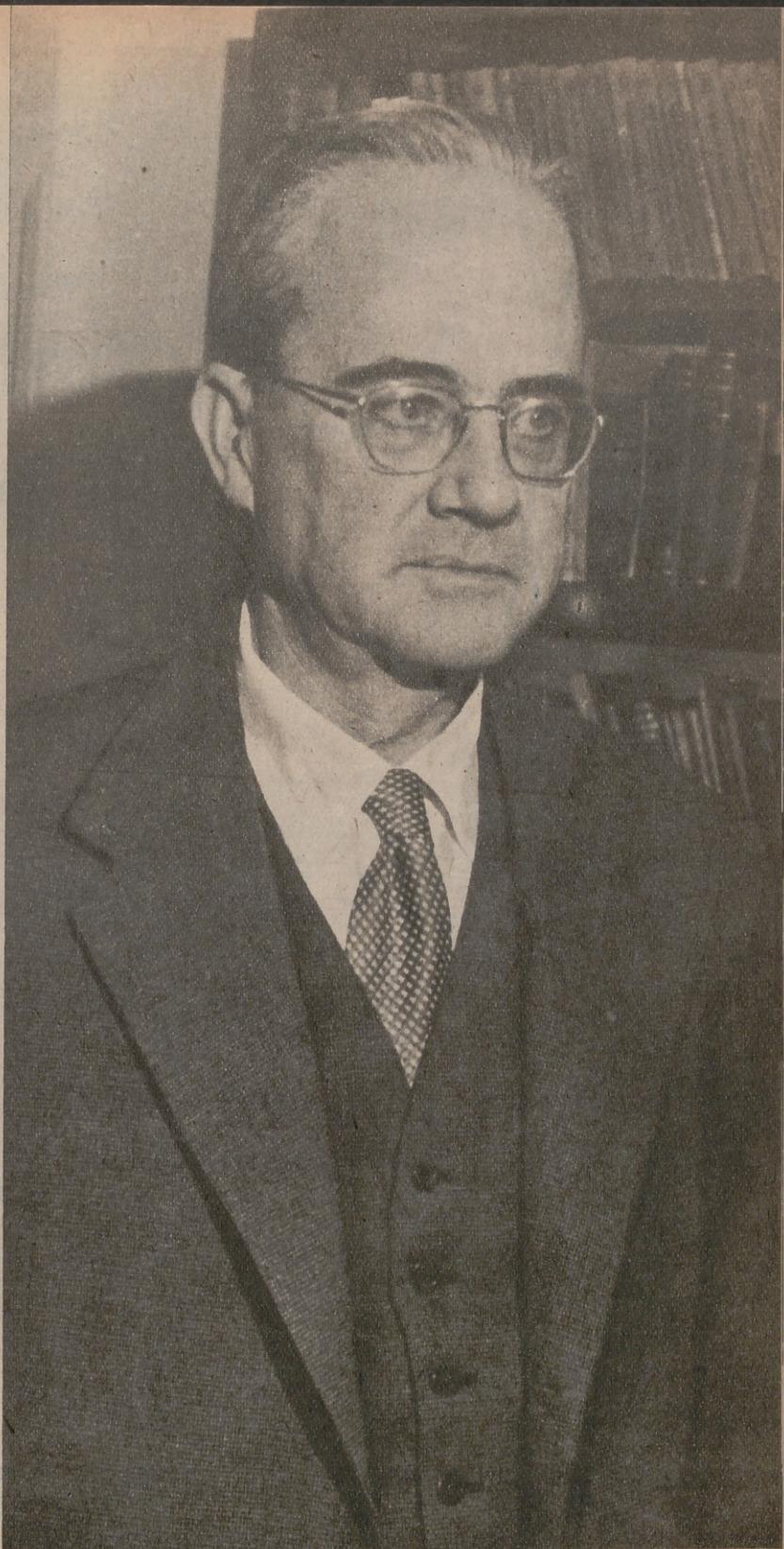
Don Salvador Fernández Ramírez viene a ser este hombre. Desde el día 4 de diciembre pertenece a la Corporación, como sucesor del conde de Foxá, por veintitún votos a favor y tres abstenciones. Cuando lea su discurso de ingreso podrá sentarse en el sillón de la letra «Z». Y tener voz y voto en las discusiones y deliberaciones académicas.

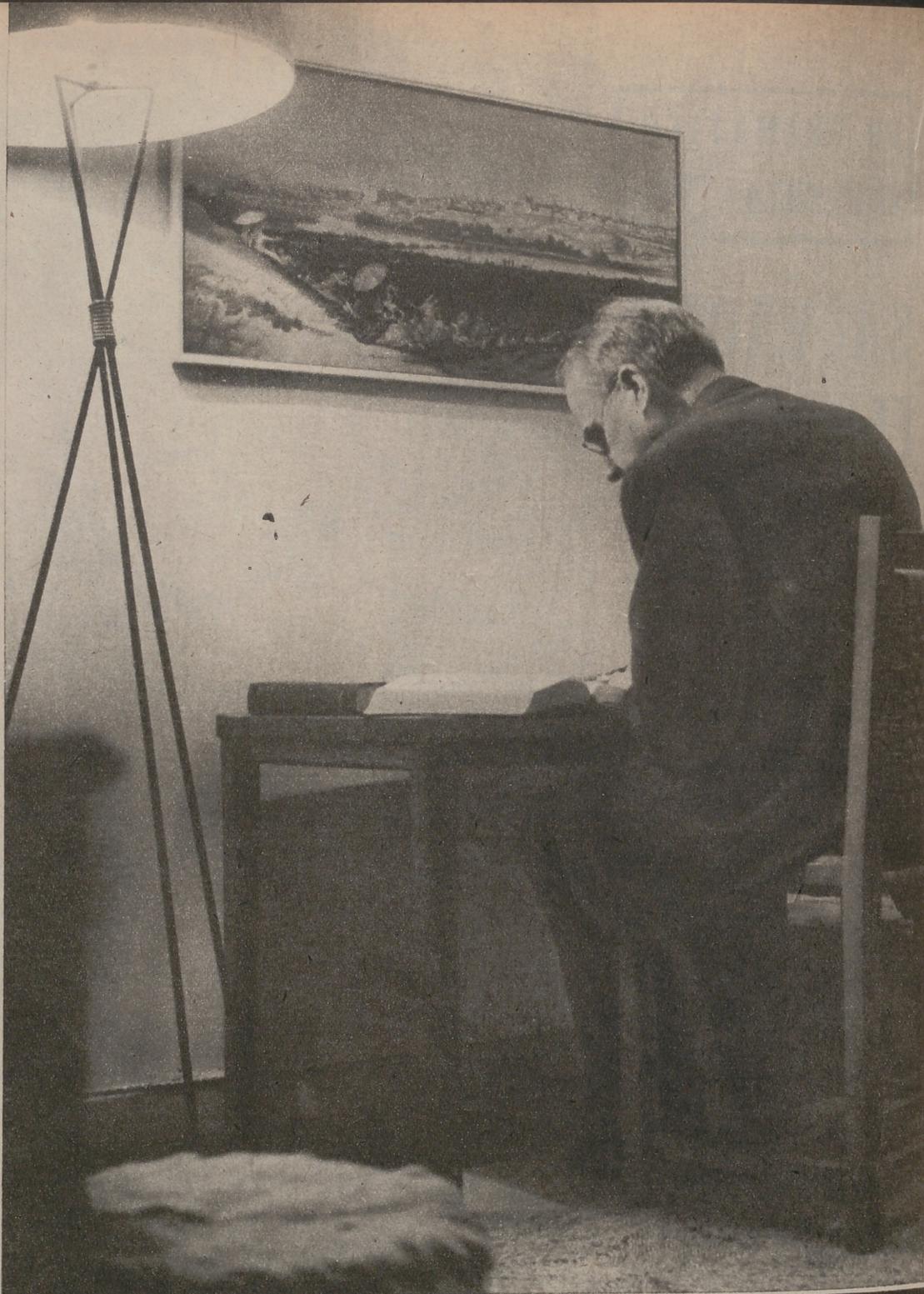
Don Salvador Fernández Ramírez llega a la Academia tras de una importante y escrupulosa labor lexicográfica, después de varios años de dedicación constante

a la lingüística. Viene llamado por su propia aptitud considerado como autoridad máxima en la materia.

HA NACIDO UN GRAMÁTICO

El mejor sitio para hablar con un académico es, sin duda, la Academia. Don Salvador Fernández Ramírez me recibe a las cinco de la tarde en la Biblioteca. Pasamos por los estantes repletos de libros, alineados a lo largo de las dos amplias salas que la componen. Abundan las encuadernaciones en piel, los cantos rojos, los tomos





En un rincón del hogar, bajo la vista de Madrid que nos legó Goya, el estudioso consulta textos

repujados. Ni más ni menos parecen un ejército silencioso que espera el momento decisivo para comenzar la batalla.

—No, no esperaba llegar a académico.

Se le diluye una sonrisa por los labios finos cuando rompe el fuego así. Me ofrece asiento frente a una mesa de despacho. El se queda detrás, un poco a la expectativa. A la izquierda un amplio ventanal tamiza la luz suave y tardeña de Madrid. Se ven las frondas de los árboles a través y en la lejanía las torres y las cúpulas de la ciudad.

—Yo nací en la calle de Tra-

jineros, enfrente del Museo del Prado.

Es madrileño. Eso se le ve nada más echárselo a la cara. Aquí tiene ojos azules, de aguamarina, como los de un niño, hechos a mirar los estanques y los acuarios. Aquí están tras sus gafas ribeteadas de oro. Y todavía es elegante su garbo de madrileño, casi de alta comedia benaventina.

—¿Dónde estudió usted?

—En Madrid, claro es. En mayo de 1896.

Lo primero de todo es el Colegio de Jacometrezo. Son las primeras letras, los primeros garra-

patos gramaticales. Ya le diría cosas la gramática, señor.

Sin embargo el bachillerato lo estudia en el Liceo Francés.

—La verdad es que lo que a mí me gustaban eran las matemáticas. Alguno de mis profesores me llegó a aconsejar que me marchara a Francia a hacerme un gran matemático.

—¿Y usted qué hizo?

—¡Qué iba a hacer!

Lo que hizo fue estudiar a renjón seguido el bachillerato español, por libre, en el Instituto «Cardenal Cisneros».

—¿Cómo se ve usted por entonces?

Don Salvador anda buscando por el recuerdo detalles y detalles.

—Quizá algo desordenado. Pero había cosas que ya me llamaban la atención fuertemente. Por ejemplo: las lenguas.

A la Universidad llega después de un paréntesis de dos años. En 1917 empieza Filosofía y Letras. Es lo que le gusta. Y por eso destacará. Andan por allí haciéndole compañía Ernesto Giménez Caballero, Casaldueiro, Valbuena, etc...

Trabaja en el Centro de Estudios Históricos.

—Ocurría que no tenía confianza en la eficacia lucrativa de la carrera e hice Derecho en dos convocatorias. Pero estudié bastante. Créame.

En 1925 se casa con una chica de Salamanca: Paz González. Gentes que conocen a Unamuno, que se honran con su amistad.

—¿Cuándo sale usted fuera?

Salvador saca un paquete de tabaco americano y prende un cigarrillo.

—Por entonces, Desde 1925 al 26 estuve en Hamburgo. Fui de lector de español. También di clase de Lenguas y Literatura.

Como quien no quiere la cosa le prende la fiebre lingüística, que ya no podrá dejar. Vuelto a España es nombrado secretario del Centro de Estudios Históricos.

—Aquello venía a ser un poco lo que ahora es el C. S. I. C.

Durante la guerra continuó trabajando en los trabajos de su especialidad. Estuvo dos años en el palacio de Anaya en Salamanca, donde se pone en contacto con Juan Aparicio. Hace sus salidas a la docencia. En el Instituto de Palencia es encargado de curso.

—¿Qué explicaba allí?

—Latín.

No le gustaba las oposiciones, pero su alejamiento de Madrid le espolea a hacerlas.

—Las oposiciones están mal siempre. Yo no tengo cualidades de opositor. Fui destinado a Torrelavega. Y al ser creadas las cátedras de Griego en los Institutos acudí al concurso convocado y me dieron la plaza de València. Después me agregaron al Instituto madrileño «Lope de Vega». Hasta que, por último, pasé por concurso al Complutense de Alcalá de Henares.

«DOSSIER» PARA EL SILLON «Z»

Más o menos ese es el periplo docente y casi humano de don Salvador Fernández Ramírez. Pero saltando por entre las ocupaciones y las fechas han ido quedándose catorce años de dedicación entusiasta, agotados en la preparación de su «Gramática española». Sale el primer tomo en 1951. Y le basta para destacarse como una autoridad indiscutible. Tanto que sin duda alguna ha sido la clave de su elección académica.

—Está pensada en cuatro tomos del que sólo se ha publicado el primero. Trata de «Los sonidos, el nombre y el pronombre». E incorpora toda la técnica lingüística de la escuela de Praga, así como las conclusiones de Bühler.

Julio Casares ha dicho que se trata de «un esfuerzo gigantesco,

a más de bien logrado, de los que sólo nos es dado admirar muy de tarde en tarde y que inicia una nueva era en la forma de concebir la Gramática española tal como verdaderamente es y no como trasunto amañado de la Gramática latina».

—¿Tiene carácter normativo o histórico su «Gramática»?

—No. Simplemente carácter filológico. Es una Gramática descriptiva del español de hoy. Aplica y tiene en cuenta las corrientes gramaticales.

El segundo tomo del libro saldrá antes del próximo verano.

—Estudia todo lo relativo al verbo. Y quiero dedicar el tercero a la oración, dejando para el último la derivación y composición.

Don Salvador trabaja en el Seminario de Lexicografía, del que es subdirector desde hace ocho años. Ocho años entre fichas, papeles, raíces, diccionarios. En enero o febrero saldrá a luz los cinco primeros pliegos del primer fascículo del «Diccionario Histórico de la Lengua», del que es redactor jefe.

—Para mayor comodidad en su manejo está organizado por orden alfabético, en vez de hacerlo por materias o ideas. En él se estudia el desarrollo de las voces desde que aparecen como también el

área geográfica en que se desenvuelven.

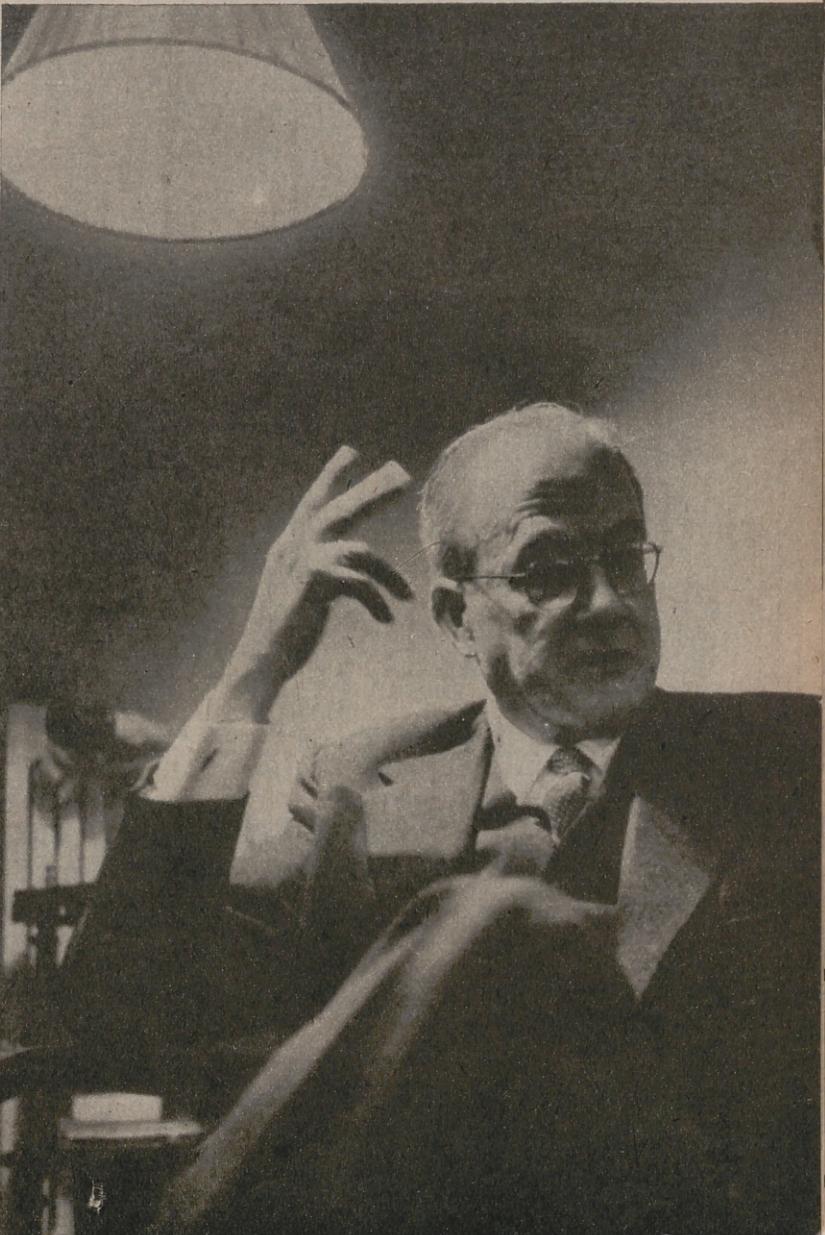
Obra importantísima a lo que se ve. Diez años lleva preparándola. Y sólo el primer fascículo está dedicado a la letra «A», abarcando hasta la palabra «abolir».

A VUELTAS CON EL LENGUAJE

Don Salvador viste con sobriedad y elegancia. Lleva un traje gris, camisa blanca y el chaleco abotonado. De cuando en cuando levanta las manos y asoma unos puños blancos, impolutos. Suenan unas campanadas que parecen venir de la cercana iglesia de los Jerónimos. La luz languidece y nos cerca con su intimidad. Hablamos del lenguaje para variar.

—Lo que importa, más que el aprendizaje de la Gramática, es el conocimiento de la lengua. Y en eso estamos muy mal. Hay un divorcio total entre la minoría y el público. Hoy la cultura lingüística es sólo de ciudad. Convendría mucho que esta creación literaria se fundiese de nuevo con la línea tradicional y popular, rota ahora.

«La Academia es un código de señales para no perderse en la babel lingüística...»



—¿Puede hacer algo la Gramática?

Don Salvador aprieta los labios para precisar la respuesta:

—No creo que pueda hacerlo todo. Hace falta que la gente lea, puesto que lee poco. Es necesario no sólo el habla espontánea, sino también el habla escrita y universal.

Un tema a considerar es el de la obligatoriedad de la Gramática. Arranado del mismo carácter evolutivo del lenguaje. Para el nuevo académico el lenguaje es un hecho de cultura que se produce según unas leyes muy peculiares.

—Con arreglo al uso que es la norma. La norma obedece a leyes de orden interno—puntualiza.

Ha pasado media hora larga y la biblioteca proyecta muy opaca la sombra guillotina de las estanterías y de los libros.

—¿No cree usted que el lenguaje evoluciona independientemente de la Gramática, tal y como se ve en las conversaciones y en los libros?

—Desde luego. Pero ahí está el problema. Nada quiere decir el que se propongan unas acepciones o significados que luego caen en desuso o no consiguen el calor popular. Es como en las modas. Un vestido se acepta o no se acepta. E incluso se acepta y en seguida se desecha. Sin embargo, el lenguaje es necesario. Y la mejor política lingüística es la de la unidad, pues nos es vital entendernos.

Don Salvador sostiene la mirada para comprobar si me ha convencido. Continúa a manera de explicación de lo anterior.

—Es ésta la razón por la que se atiende al uso más general en el análisis de las palabras. De ese uso generalizado se saca la consecuencia más oportuna.

Me habla a continuación de los escritores. De los escritores como hombres de una capacidad expresiva fabulosa.

—Esto es un don. El escritor inventa las palabras con verdadero instinto. Nosotros hemos tenido escritores así. Con verdadera conciencia creadora de lenguaje.

UN REPERTORIO DE PALABRAS

Le llega el turno a la Academia. Don Salvador se ha levantado. Tiene que despachar unos asuntos urgentes. Pero seguimos

Salvador Fernández Ramírez, otro gramático en la Academia de la Lengua

hablando hasta la puerta. Otra vez la fila de los estantes a un lado y a otro mientras pasamos. Aunque a hora en la invernata atardecida ya no se perciben los perfiles y todo tiene un pequeño aire fantasmagórico.

—La Academia suministra un repertorio de palabras, pero sin ninguna función rectora. Simplemente recoge los vocablos y los muestra a las gentes, dando unidad, haciendo que nos entendamos sin galimatías.

—¿No sería conveniente que al igual que admite unos vocablos por expresivos debería suprimir otros que han perdido su vigencia y están muertos?

Va delante, pero se vuelve para contestar. Tiene un andar leve de ángel grandón, un tanto ingrátido, como hecho a pisar estas tarimas:

—No hace falta. Aparte de que siempre se puede acudir a esos vocablos y neologismos, poniéndolos de moda. Hay veces que al escribir hay que acudir a algo que nos recuerde una cosa o una expresión determinada. Y entonces el diccionario tiene buen uso. La mayor parte de las veces es un simple fenómeno de olvido.

Me pone ejemplos de palabras «vivas» y de palabras «muertas». Palabras que un día tuvieron un florecimiento extraordinario, que las llevó a las obras próceres del idioma y que hoy han desaparecido no sólo de las conversaciones, sino también del lenguaje escrito.

—¿Qué problemas tiene planteados el idioma hoy como más agudos?

—Son siempre los de tipo técnico. Todas las lenguas tienen puntos más débiles que otros y allí la vacilación y la duda son más grandes.

En Hispanoamérica han llegado voces y avisos de peligro. Si renazcos de corrupción del lenguaje. A este respecto añade don Salvador Ramírez:

—En América han transformado el español. Esto hasta un punto, ni es malo ni es bueno. El problema está sólo en entendernos o en no entendernos. Hoy está claro que el ceceo de allá no es sino el trasplante del ceceo de la Península, pues la duda está aclarada. El entenderse es algo instintivo. Los países que están en zona de peligro, como son México y Centroamérica, por lindar con otros idiomas fronterizos, se preocupan grandemente. Están vigilantes y escriben Gramáticas.

Apuramos los últimos segundos antes de que el flamante académico traspase el umbral del Seminario de Lexicografía, donde

se oye un teclear de en actividad incesante.

—El papel de la ¿cuál es en definitiva?

—La Academia es un código de señales para no perderse en la babel lingüística, en la confusión de la lengua, en el tráfico de modismos y vocablos. Es un poco la luz roja o la luz verde que avisa o advierte, que abre brecha.

CERRADO DE SIETE A NUEVE

Esto y otras varias cosas nos ha dicho don Salvador Fernández Ramírez, el catedrático de Lengua Griega en el Instituto «Complutense» de Alcalá de Henares, que ha sido elegido académico de número de la Real Española. Hombre bondadoso, cordial, tiene una vida prieta de trabajo y dedicación enamorada. Una jornada recuadrada de obligaciones que cumple con rigurosidad. Sabe que la mejor «inmortalidad» es la que perenniza el esfuerzo y cumplimiento del deber.

—¿De qué va a tratar su discurso de ingreso?

Ha respondido llanamente:

—No, no lo he pensado todavía.

Tiempo tendrá, claro es. Ahora ha de seguir el ritmo normal de actividades. Su «Gramática». Su «Diccionario Histórico». Sus clases. Y es que plan, pianito, cada mañana don Salvador coge el autobús que ha de llevarle al «Complutense» de Alcalá de Henares en la calle de Alenza. La mañana transcurre allí enseñando los aoristos griegos y traduciendo el «Azenai» o las «Fábulas», de Esopo con los chicos de letras.

—Antes podía trabajar sin el agobio de ahora. Desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche estoy ocupado.

Los periódicos han hablado de un plano que el académico guarda en su casa de Cristóbal Bordiú. Le viene de casta. Nada menos que del maestro Caballero, cuyo nieto es. Y toca, hay que suponerlo, casi invariablemente el pasadoble «Gigantes y cabezudos».

Le siguen gustando también los números. Y se entretiene con ello.

—Me entretenía...

Ahora manda el tiempo sobre él. Las tardes le caen lentas, laboriosas en el Madrid dormido de los Felipes, en cita con la historia de la Lengua. Pero es la vocación. Y el oficio bien elegido. Y, por tanto, el gozo del trabajo. Al fin y al cabo un gaje del oficio es la elección, premio y compromiso a la vez.

—Me llaman, honrándome con ello, y allá voy, a trabajar en lo que me manden con toda humildad y con todo fervor.

Don Salvador Fernández Ramírez es así. Cordial y sencillo. Discreto ante el honor y generoso en el servicio. Con sus sesenta y tres años, su bagaje lingüístico de primera mano, sus ojos de aguamarina, sus fichas y sus papeles, lleva a la Academia un puñado de aire nuevo, dinámico, un tesón animoso y a prueba. Como no le gustan las oposiciones, ha entrado sin «oposición».

Florncio MARTÍNEZ RUIZ



UN ANALISIS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

Por Jean PARVULESCO



En la guerra revolucionaria todo debe ajustarse al clima del instante, provocando disturbios en los momentos favorables

«La misión principal de la Revolución y su forma suprema es la conquista del Poder por las armas, es decir, por la guerra. Este principio revolucionario del marxismo-leninismo vale para todos los países.»

Mao Sse Tung.

«La sociedad comunista no es ya para nosotros un milagro que deba llegar después de siglos; es ya un hecho concreto, que será penamente vivido por nuestra generación.»

«Scrip ja Vasar», Tallinn, 5-12-1958.

«Queremos, en definitiva, asumiendo una vez más nuestro papel de Adelantados de la Civilización, salvar al mundo entero de la ruina fatal y segura a la que le conduciría el triunfo del comunismo.»

Franco, 2-11-1958.

LA «Pravda» de Moscú, citada por el general Díaz de Villegas en su libro «Guerra Revolucionaria», aparecido en Madrid en el otoño de 1959, escribía que «... Cada línea de nuestros periódicos y diarios, cada palabra de la Prensa bolchevique, debe obedecer a la misión fundamental de educar a las masas del pueblo trabajador en el espíritu del comunismo.» Y a propósito de este mismo problema de la misión de educación revolucionaria de la Prensa, cuyo deber fundamental es el de cambiar la mentalidad de las masas. Vichinsky, de quien nadie pensará poder negar las sombrías competencias, escribía, él también, y con mucha razón, por otra parte, que «en el régimen soviético, naturalmente, no hay, y no puede ser absolutamente que exista, libertad de Prensa, de palabra o cualquier otra para los que no son socialistas. Cualquier tentativa que vaya en un sentido contrario a esta posición debe ser considerada como un crimen contrarrevolucionario», y, por consecuencia, diremos nosotros, que hace necesaria la liquidación física.

Exteriormente rodeado por la revolución mundial del comunismo, que impulsa hacia adelante a los

nacionalismos subversivos de los pueblos subdesarrollados; interiormente podrido por el sabotaje permanente de los agentes soviéticos que actúan bajo la cobertura del neutralismo o a través de la conjura masónica, siempre potente, más dispuesta que nunca, el Occidente, si quiere sobrevivir, si no quiere quedar en la sombra de la abyección sin nombre de la esclavitud comunista, debe hacer frente revolucionariamente a cualquier acción revolucionaria dirigida contra sus posiciones básicas, subversivamente contra la subversión, y con guerra contra la guerra.

El ejemplo de España debe probar, de una vez para siempre, que a la revolución sólo se le puede oponer la revolución; a la violencia, otra violencia. A la voluntad implacable del crimen, del mal y de la conjura activa de las fuerzas subversivas, la voluntad monolítica de un bloque que defienda por la fuerza y ofensivamente los principios de la libertad y de la civilización cristiana.

Por eso es por lo que saludamos, en medio de la indiferencia general, una acción de educación política e ideológica como la que las Ediciones Europa, de Madrid, no han dudado en emprender desde hace dos años.

Después del libro del general Díaz de Villegas «Guerra Revolucionaria», creemos saber que las Ediciones Europa han elegido publicar el estudio de Horia Soma, que hemos podido conocer en manuscrito, sobre la doctrina nacional de José Antonio y de Corneliu Codreanu, fundador este último de la Guardia de Hierro rumana, muerto asesinado como mártir de su Fe cristiana.

Director de Plazas y Provincias Africanas desde tiempo ha, el general Díaz de Villegas es uno de los militares españoles más al tanto de la subversión comunista en África.

La situación general a partir de la cual el análisis del general Díaz de Villegas se hace posible al mismo tiempo que técnicamente válido, se encuentra perfectamente definida en el «prólogo» del libro, por el contraalmirante Luis Carrero Blanco, Subsecretario de Estado en la Presidencia del Consejo.

El contraalmirante Carrero Blanco define la coyuntura mundial actual como una proyección política directa de los acontecimientos, conocidos o desconocidos, que entre 1939 y 1949 cambiaron el destino del mundo, dando a la U. R. S. S. y al aparato mundial del bolchevismo esa oportunidad calculada que faltaba aún a la revolución para

que se hiciera mundial no solamente en el plano de la subversión política, sino también en el plano último de la guerra política, en donde se forja la Historia.

«Que el nacionalismo alemán y el fascismo italiano tenían sus puntos censurables? Evidentemente; pero de este choque entre ideologías e intereses, en especial de intereses, la U. R. S. S. iba a ser la beneficiada», escribe el contraalmirante Carrero Blanco.

Y prosigue: «A la U. R. S. S. le interesaba la desaparición de aquellos malos ejemplos con su solución del nacionalsocialismo. ¿Qué más podía desear sino que fuesen destruidos por los Estados capitalistas? Por eso, el defraudado en Munich fue Stalin.»

Pero la guerra estalla, y la U. R. S. S. se hace con esta oportunidad suprema: *¿Cuál fue la conclusión de la segunda guerra mundial? ¿Qué es lo que la libertad, la civilización, ganaron con ella?* Esta es la pregunta que se hace trágicamente el contraalmirante Carrero Blanco, para responder a la misma seguidamente con una gran claridad de pensamiento, con un valor evidente:

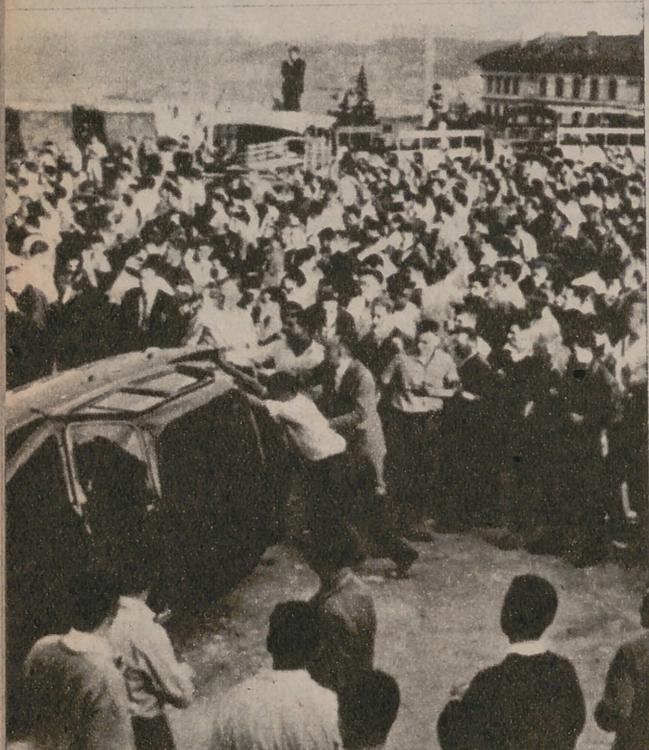
«Al quedar aniquiladas la Alemania nacionalsocialista, la Italia fascista y el Imperio japonés desaparecen de Europa y Asia las únicas fuerzas que representaban una positiva barrera a la expansión comunista. Lo que venció, ideológicamente, en la lucha por parte de los aliados de Stalin, no ha podido ser más favorable a los intereses comunistas. Lo que venció fue la fórmula política de la democracia inorgánica y el prejuicio anticolonialista de Roosevelt. La democracia inorgánica, puesta de moda por la victoria, ha permitido la libre actuación de los partidos políticos comunistas y sus afines en las naciones occidentales, con el consiguiente debilitamiento de la mayor parte de ellas, y la fiebre de independencias de los territorios coloniales ha venido a agravar seriamente esta debilidad. Por otra parte, la absurda actitud de Roosevelt en todas las entrevistas de los «tres grandes» permitió a la U. R. S. S. el logro de unas bazas que difícilmente hubiera soñado antes.» («Guerra Revolucionaria», pág. 18.)

El principio fundamental de la estrategia revolucionaria del comunismo, enunciado por Stalin, y según el cual «el triunfo del socialismo en un país no es un fin, en sí, sino un medio de desarrollar y sostener la revolución en otros países», podría dirigir ahora, a partir de la China—al fin conquistada y poseída—, de Europa del Este y de Alemania, sacrificadas en conjunto, la marcha implacable del bolchevismo hacia su destino de dictadura mundial.

Después de haber estudiado brevemente la guerra convencional y la guerra revolucionaria en la dialéctica de su devenir común y siguiendo lo que en la una y en la otra es inmutable, a saber, los principios mismos de la guerra, el general Díaz de Villegas llega al corazón del problema, escribiendo: «La guerra interpretada por el comunismo internacionalista, en definitiva, no es una lucha entre naciones. Es una lucha integral de clases, revolucionaria. La retaguardia gana así una trascendencia insospechada caso de una guerra a juicio del marxismo. Según Vorochilov, retaguardia es todo lo que constituye la vida, la actividad del sistema estatal, social, político y económico; la producción, ideología, ciencia, estado moral, etc., de un pueblo, además de «otras cosas». La retaguardia es, así, todo. Alimenta la guerra no sólo en medios humanos o materiales—concepción clásica—, sino también morales. Stalin, termina tajante: «Un Ejército no puede subsistir sin una retaguardia fuerte.» «Ni un Ejército puede ser victorioso—termina— sin una retaguardia estable.» De aquí la conclusión inmediata: importa, sobre todo, en la guerra, de una parte, conservar íntegramente estable la retaguardia propia y, al mismo tiempo, aniquilar la retaguardia enemiga. Convengamos que, por otra parte, los medios modernos son aptos, como jamás lo fueran, para actuar contundentemente y desde el primer instante sobre la retaguardia.»

¿Cuál es, entonces, la esencia de la revolución; cuál es la esencia de la contrarrevolución, en qué consiste su oposición y qué hay de dialécticamente común entre las dos?

El general Díaz de Villegas afirma que la esencia de la revolución es su ecumenicidad: «El comunismo entiende que será ecuménico o no será.»



Argelia es una fase general de la guerra revolucionaria en el Norte de África

Pues «para el comunismo internacional la revolución es indispensable en el resto del mundo aún no ganado por él. Es una cuestión de vida o muerte». (Páginas 108-109.)

Desgraciadamente, el general Díaz de Villegas no cree necesario definir dialécticamente la contrarrevolución como la única ecumenicidad legítima y verdadera frente a la abyección revolucionaria.

En un correo confidencial francés que representa a los grupos católicos más activos del Ejército de la nación se puede leer, sin embargo:

«Si hemos querido volver sobre el problema del orden occidental es porque nos ha parecido útil, a reserva de repetirnos sin cesar, insistir sobre la unidad necesaria de la contrarrevolución frente al bloque subversivo.»

«No sin cierta inquietud encontramos en ciertos textos una crítica sistemática y sin contrapartida suficiente de cualquier noción de unidad política en el seno del campo de la Verdad.»

«Se deja al adversario materialista el beneficio de una concentración mundial de las fuerzas que puede aplastar a placer cualquier localización contrarrevolucionaria.»

«Por vía de consecuencia inmediata, cualquier iniciativa contrarrevolucionaria queda como esencialmente local, aislada, por tanto, ante el peso temible de un bloque mundial. Al contrario, toda iniciativa de la subversión se ve inmediatamente relevada, defendida, sostenida, amplificada en todo el universo por el aparato de la revolución mundial.»

«Parece que la contrarrevolución se mantenga sobre posiciones parciales, mientras que la revolución, por su parte, ataca en el conjunto del frente y rebasa regularmente las posiciones de sus enemigos, cogidos de improviso.»

«Cualesquiera que puedan ser las cuestiones de planteamiento y de oportunidad, creemos, por nuestra parte, que se trata en este caso de imperativos que presentan tal carácter de urgencia y de necesidad (frente al asalto mundial de las fuerzas subversivas desencadenadas contra Francia), que no pueden estar ya ausentes del pensamiento, de los escritos y de los actos de la contrarrevolución. Condenada a ahogarse bajo la tiranía casi universal de la subversión, la contrarrevolución, como la revolución, será mundial o no será.» (Jean Parcé, «Correo Confidencial Contrarrevolucionario», de septiembre de 1959, editado en la Sena.)

En el capítulo cuarto del libro, que consagra al análisis de la guerra revolucionaria, el general Díaz de Villegas persigue el *hecho revolucionario* a través de toda la historia moderna, desde la revolución bolchevique de octubre de 1917: A las revoluciones que siguen después de la primera guerra mundial se encadenan las revoluciones comunistas de después de 1945: Europa del Este, Grecia, Irán, China, Indonesia, Malasia, Indochina, África del Norte, Argelia, América latina. Al análisis de la guerra revolucionaria de España (capítulo quinto, páginas 167 a 194) sigue el análisis del proceso mismo de la guerra revolucionaria, *éste siempre en función de una coyuntura*:

«Infiltración, cristalización, organización, agresión, guerra abierta y expansión. Con frecuencia los métodos no se reemplazan: se yuxtaponen, se mezclan e incluso se anticipan o retrasan en cada caso. En la guerra revolucionaria todo debe ajustarse con precisión exacta al clima del instante.»

El capítulo séptimo está consagrado a los principios de la contrarrevolución activa, definida esta última según las condiciones que la hacen posible psicológica y socialmente.

«La victoria de la contrarrevolución no es imposible. La historia de nuestra propia guerra de Liberación, y tantos ejemplos como ya han quedado expuestos en este mismo libro, prueban la falsedad histórica de semejante conclusión. La contrarrevolución será difícil, y lo es más cuando el proceso subversivo está avanzado o, sobre todo, cuando ha vencido, incluso; pero no es imposible.»

EN ÚLTIMO ANÁLISIS

En último análisis, el general Díaz de Villegas, al proyectar el proceso activo de la dialéctica revolución-contrarrevolución en la coyuntura mundial actual, llega a las cuatro tesis siguientes:

1. Siendo así que el comunismo marxista-leninista tiende a la dominación mundial, desde 1917



El comunismo impulsa hacia adelante los nacionalismos subversivos de los países subdesarrollados

BAYER
BAYER

Cafiaspirina

VENCE AL DOLOR

RESTABLECE EL BIENESTAR Y EL OPTIMISMO

no hay ya paz en el mundo, y no la habrá hasta el día en que el comunismo se haya adueñado del mundo libre, a menos que el mundo libre aniquile al comunismo.

2. Según la propia enseñanza de Mao Tse Tung. «los iguales se curan con los iguales».

3. Por consecuencia, la contrarrevolución no será más que la inversión dialéctica de la revolución, de sus técnicas, de sus principios de acción, de agitación, de organización y de encuadramiento.

Con fines esencialmente, absolutamente opuestos, medios idénticos.

4. El punto de desarrollo último del comunismo soviético (U. R. S. S.) se sitúa en África: África comunizada. Europa, América latina, los Estados Unidos deben caer matemáticamente, implacablemente, como tantos frutos podridos en el interior.

AFRICA: LA BAZA EN EL COMBATE SUPREMO POR LA DOMINACION DEL MUNDO

Transformar los países coloniales, de reservas de las fuerzas capitalistas del mundo, en reservas del mundo comunista

Sin duda, la parte más lograda, la más vigorosa del libro del general Díaz de Villegas sobre la guerra revolucionaria, es la dedicada al avance de la subversión revolucionaria comunista en África, encontrándose ésta bajo la luz intensa de una visión precisa del objetivo, de las condiciones positivas (nuestra propia lucidez, nuestra decisión), así como de los fallos del conjunto estratégico occidental en África. Pues es en África, así lo creemos, en efecto, en donde la suerte del Occidente y del mundo libre se encuentra definitivamente comprometida.

Y África, para el Occidente, es Argelia.

«La guerra de Argelia es, a la postre, una fase general de la guerra revolucionaria en el norte de África. Como ésta lo es de la guerra revolucionaria en toda África. Y como, en definitiva, ésta, incluso, no es más que parte del todo general: la guerra revolucionaria por el dominio mundial. He aquí lo que importa no olvidar, cualesquiera que sean los matices de la lucha. Que cada guerra es siempre, como dice Mao, un caso particular.»

Y en la página 361:

«¡África, sin duda alguna, en primer término! África significa el envolvimiento militar del occidente europeo. Y así como Asia significa, para el esclavismo ruso, el camino de Europa de siempre, es lo más probable que África signifique, también ahora para el marxismo-leninismo, no sólo la duplicación de esa misma ruta, sino también el camino de América. Hemos aludido antes, al efecto, a lo que significan los propósitos ruso-chinos para dominar el mundo. He aquí, a nuestro efecto, dentro del marco general de la «guerra global», lo que parece significar, para la estrategia económica y social del comunismo, la conquista de África, como objetivo inmediato y concreto.»

UN CIERTO NUMERO DE CUESTIONES

«La guerra de España continúa: es la lucha de los mismos contra los mismos.»

Pierre Sidos, 1954.

Con el gran Joseph de Maistre, con Bonald, y más tarde con Gobineau y Drumont, el pensamiento contrarrevolucionario francés se ha elevado hasta cimas irrebalsables.

Desgraciadamente, hasta 1954 la contrarrevolución en Francia no fue nunca más que teórica; dejamos voluntariamente fuera de la discusión al lamentable, al dramático fracaso de Vichy. Después de la pérdida de Indochina, el Ejército francés ha podido darse, en menos de cinco años y contra todas las previsiones democrático-marxistas, poderes subversivamente establecidos sobre las ruinas de la nación, una doctrina de acción y de organización contrarrevolucionaria de vanguardia.

Hay, pues, actualmente en Francia dos direcciones activas de la contrarrevolución católica y europea: una dirección teórica mayor, espiritual e ideológica, y, al lado de ésta, una doctrina de ac-

ción y organización contrarrevolucionarias de vanguardia, militar y civil. Pero estas dos líneas de acción contrarrevolucionaria no se reúnen, no se encuentran integradas por un tercer término, a la vez «teórico» y «práctico».

Es debido a que el marxismo-leninismo es una ideología revolucionaria de combate que integra una doctrina de la organización y de la acción revolucionarias, por lo que el comunismo se halla en camino de conquistar al mundo.

En Francia, el último país del mundo occidental en el que la contrarrevolución constituye en la hora actual un problema que concierne a las estructuras activas de la nación (Ejército, Sindicatos, Agrupaciones de activistas), la teoría contrarrevolucionaria, en su más amplio sentido, en su último sentido, se encuentra como separada de lo que se hace concretamente contra las posiciones subversivas del comunismo y de la masonería democrático-liberal.

¿Qué interpretación dar a este estado de hecho?

Es que Francia no dispone de una experiencia histórica total de la contrarrevolución, como España. Pues es un hecho evidente: después de la victoria obtenida en 1939 por Franco, en nombre del país vivo y de la tradición católica y nacional de España sobre las fuerzas criminales de la conjura del comunismo mundial y de la masonería, España pasó a ser, sobre las mismas bases de la victoria que legitimaban una nueva conciencia nacional, una nueva conciencia del destino español en el mundo, un Estado nacional contrarrevolucionario. Por la esencia constitucional de su nuevo destino, por la sangre de los mártires de la Fe, que se encuentra en la base de su nueva identidad histórica, España es hoy el último bastión de la libertad occidental. Pues, como acabamos de decirlo, España es, por su estructura de Estado, por su doctrina gubernamental, por el hecho mismo de su historia actual, un Estado nacional y católico, un Estado contrarrevolucionario.

Por muy extraordinario que pueda parecer, sin embargo, la contrarrevolución no es en España, como es el caso actualmente de Francia, un problema ofensivo, un problema de acción directa y total, un problema político.

En Francia, la contrarrevolución, ideológicamente y organizacionalmente más potente que nunca carece de fundamentos históricos; en España, fundada históricamente y legitimada por la victoria del Caudillo en 1939, la contrarrevolución carece de una doctrina de acción vuelta hacia Europa, hacia las instancias últimas del destino occidental.

Creemos que los destinos de la contrarrevolución, y compartiendo la última oportunidad del Occidente, residen, irrevocablemente, en el sobrepasar dialéctico de la teoría y de la práctica contrarrevolucionarias por un tercer término que integrando estos dos elementos hiciera también que España y Francia vuelvan a encontrar su destino común frente a lo que se alza en la hora actual en el mundo para aniquilarlas, para aniquilar todo lo que es Occidente, o fidelidad a la Fe revelada de Jesús.

Ese es nuestro camino, y lo que se deba hacer será hecho. Es un juramento.

En definitiva, la integración activa de las fuerzas contrarrevolucionarias de España y de Francia no hará otra cosa que reportar en el plano de Europa, en el plano de la universalidad cristiana y occidental, el mando básico de la contrarrevolución en Francia, tal como éste se encuentra definido en el «manual de servicio» de Pierre Joly: «Contrarrevolución, Estrategia y Táctica».

«Luchar en un solo plano o contra un solo adversario es, pues, vano. Para ser eficaz la contrarrevolución debe aplastar la conjura enemiga por doquier se manifiesta y cualesquiera sean los instrumentos gobernantes, facciones, partidos; y, en lo inmediato, abatirla antes que intervenga el contrataque con el partido comunista francés sobre el territorio metropolitano de la guerra revolucionaria de clase.»

Con esta perspectiva, estaremos conformes en considerar el libro del general Díaz de Villegas, del que acabamos de dar cuenta, como una toma de posición irrevocable en favor de estas tesis de acción contrarrevolucionaria.



años al servicio de la enseñanza!

1939-1959 250.000 alumnos

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA
AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL



APARTADO 108 SAN SEBASTIAN
DELEGACIONES:
MADRID: Preciados, 11
BARCELONA: Av. de la Luz, 48

hacer resaltar la eficacia de las enseñanzas CCC preferimos los propios alumnos quienes opinen. Nada podría compararse a estos testimonios, elocuentes en su sencillez, de que espontáneamente nos inundan a diario nuestros alumnos agradecidos.

INGLES (con discos o sin discos).
...estoy lleno de admiración y entusiasmo por su maravilloso método...
LA. 17.696 - F. Sierra - MADRID.

FRANCES (con discos o sin discos).
...es el método más claro, más preciso, más didáctico de cuantos conozco...
LB. 7.932 - T. Sanz - ZUERA (Zaragoza).

ALEMAN (con discos o sin discos).
...me han gustado mucho, muchísimo las lecciones por su claridad y sencillez...
LC. 1.325 - A. Aguiló SOLLER (Balears).

ENGLISH LITERATURE (con discos o sin discos).
...un admirable método que me ayuda mucho en el perfeccionamiento del idioma inglés...
LLA. 616 - T. Molina - JAEN

FRANÇAIS LITTERAIRE (con discos o sin discos).
...con este admirable curso superior espero lograr mi mayor ambición...
LLB. 602 - D. Ramírez - CARTAGENA (Murcia)

LATIN (con discos o sin discos) de reciente aparición.
...un método vivo y ágil para el estudio de una lengua clásica, exigida por la cultura y la ciencia modernas...
LL. 5.010 - Palaestra Latina - BARASTRO (Huesca)

SOLFEO (con discos o sin discos).
...es el método más eficaz de aprendizaje de Solfeo por correspondencia...
XX. 223 - C. Romero - TERUEL

ACORDEON (con discos o sin discos) de reciente aparición.
...un curso que hace de la difícil técnica del Acordeón un puro gozo...
XA. 10.004 - Maestro Cisneros - MADRID

DIBUJO
...su estudio ha sido para mí como un pasatiempo muy provechoso...
DJ. 1.736 - G. Sánchez - BADAJOZ

RADIOTECNIA
...siempre estaré dispuesto a dar inmejorables informes a quien lo desee...
TA. 1.096 - F. Deben - SAN SALVADOR - (Cádiz)

JUDO
...he podido comprobar la excelente organización CCC...
DB. 1.322 - L. Merino - CASTELLON

MECANOGRAFIA
...es la única manera inteligente de aprender a escribir a máquina...
M. 370 - A. García - PUERTO DE SAGUNTO (Valencia)

- 13 TAQUIGRAFIA**
...nunca llegaré a comprender cómo por correspondencia se puede aprender tan fácilmente...
D. 5.066 - M. Catalán - ZARAGOZA
- 14 SECRETARIADO (de reciente aparición).**
...preparado con gran acierto para que de simple oficinista, como yo, llegue a ser alguien en su empleo.
BC. 99 - V. Moreno - MADRID
- 15 REDACCION COMERCIAL**
...gracias a su método, me creo en condiciones de igualarme con el mejor redactor...
B. 10.373 - L. Ruiz - BURGOS
- 16 CORRESPONSAL**
...me encuentro muy satisfecho de este curso que acabo de finalizar...
BD. 3.063 - A. García - BADAJOZ
- 17 CONTABILIDAD**
...he pasado de no tener idea de esta materia, a resolver con facilidad toda clase de asientos...
A. 50.815 - F. Fernández - MADRID
- 18 CONTABLE ADMINISTRADOR**
...CCC es compendio de Garantía, Dinamismo y Seguridad...
AC. 6.005 - A. Nozal - CIEMPOZUELOS (Madrid)
- 19 CALCULO MERCANTIL**
...terminada la jornada de trabajo, mi curso es para mí como un sedante...
C. 9.515 - P. Corral - LEON
- 20 TRIBUTACION**
...sinceramente creo que he acertado en dirigirme a ese Centro...
T. 1.200 - P. Serrano - GIJON (Oviedo)
- 21 CULTURA GENERAL**
...nunca pensé que llegaría a comprender tan claramente las lecciones...
H. 9.112 - T. Rubio - TOMELLOSO (Ciudad Real)
- 22 ORTOGRAFIA**
...tienen en mí un ferviente defensor de la enseñanza por correspondencia...
E. 11.045 - A. Gracia - ALICANTE
- 23 CORTE Y CONFECCION**
...es ideal para personas muy ocupadas, ya que puede hacerse en ratos perdidos...
F. 26.938 - M.º D. Guerra - VALLADOLID

Nuestra organización descansa sólidamente sobre las encomiables opiniones de millares de alumnos, que han podido formar un juicio del valor didáctico de los textos, del sistema en sí y de la asistencia real y efectiva del Centro CCC durante los estudios.

CORTE O COPIE Y ENVIE ESTE CUPON

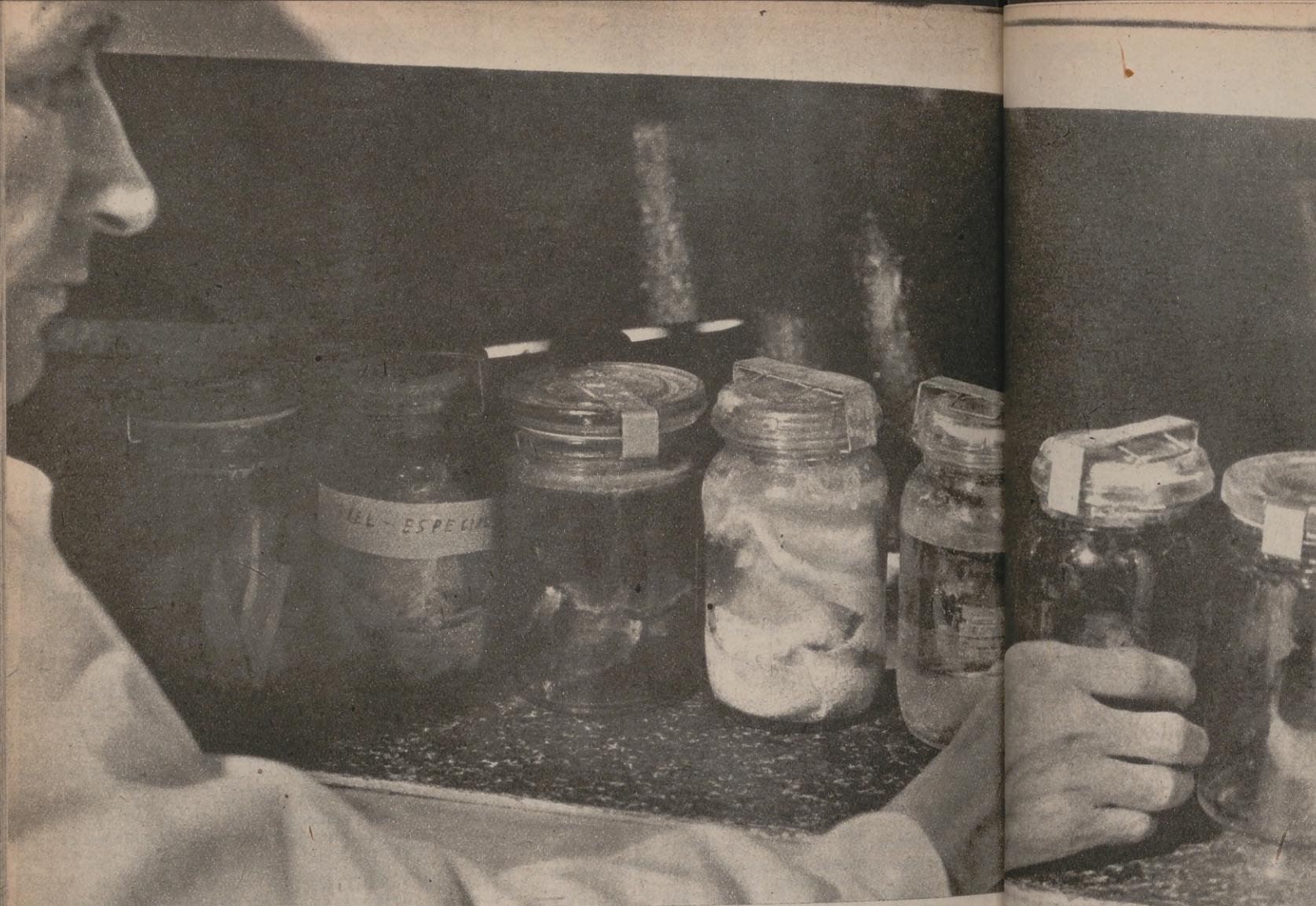
Envíeme información GRATIS sobre el curso o cursos de

NOMBRE

DOMICILIO

POBLACION PROVINCIA

REMITASE A CCC - APARTADO, 108-GA156-SAN SEBASTIAN



BANCOS DE HUESOS

INJERTOS PARA CURAR ENFERMEDADES Y RESTAURAR BRAZOS Y PIERNAS

--MADRID, Madrid, póngame con el 259370. Aquí, Córdoba. ¿Es el 259370?

--Sí, aquí es.

--Esperen un momento, que les van a hablar.

--¿Es el Banco Nacional de Huesos?

--Sí, sí. ¿Qué desean?

--Nuestro hijo padece osteomielitis y el cirujano nos ha dicho que debe hacerse un injerto de hueso.

--¿Tienen ustedes la solicitud?

--Ya la ha extendido el doctor y acaba de salir una persona para Madrid. Esperamos que le faciliten lo solicitado.

Con bastante frecuencia llegan peticiones idénticas a ésta al Banco Nacional de Huesos, ubicado en el Instituto Español de Hematología y Hemoterapia, Ge-

neral Oraa, 15, Madrid. Se sigue el mismo procedimiento para solicitar una transfusión de sangre. Al hacer la solicitud es preciso indicar el tipo de hueso que se necesita para el injerto (compacto, esponjoso o mixto), cantidad, centro donde ha de utilizarse y dirección del mismo, hora y fecha fijada para la intervención, médico peticionario, nombre del enfermo, diagnóstico e intervención a realizar. La entrega del material óseo se hace en la sede del Banco. La persona que lo retira firma la etiqueta del envase con la indicación de la hora y fecha que se lo lleva. Cuando los injertos se van a practicar fuera de Madrid la pieza se entrega en envases isotermos, en donde el hueso se conserva a una temperatura constante.

Hace ya nueve años que la Ley acogió y reglamentó la innovación quirúrgica de los injertos como medida terapéutica destinada a corregir defectos, a curar enfermedades, a restaurar partes del cuerpo humano destruidas o deterioradas por traumatismos o quemaduras. De acuerdo con la Ley de 18 de diciembre de 1950 y la Orden Ministerial de 30 de abril de 1951 se autorizó a ciertos establecimientos hospitalarios españoles para obtener, preparar y utilizar injertos y trasplantes, tejidos y órganos.

El primer centro en aprovecharse de esta legislación fué el hospital de Madrid. En octubre de 1951 el Servicio de Traumatología, que dirige el doctor Sanchis Olmos, empezó a estudiar todos los problemas que plantea

la organización de un Banco de Huesos. Meses después estaba ya en marcha.

UN CUBANO HACE POSIBLES LOS INJERTOS

El primer caso históricamente conocido de utilización de hueso heterólogo (no humano) en una persona fué citado por Ollier. Parece ser que en 1670 un noble eslavo recibió de un tártaro un sablazo en la cabeza que le arrancó un pedazo del hueso del cráneo. El cirujano, para cerrar tan formidable brecha, mató a un perro y de su cabeza le fabricó al eslabo una placa de hueso, cuyo injerto prendió perfectamente, salvándose el herido.

Se pueden citar varios casos más coronados por el éxito. Pero la inmensa mayoría de las veces el injerto fracasaba, porque sobrevenía la infección, a pesar de encontrarse la cirugía en plena era de la antisepsia y de la asepsia. Por tales razones no prosperó la técnica del injerto de huesos en las intervenciones quirúrgicas. Nadie conseguía conservar los huesos, preservándoles de la infección y de la putrefacción. Las operaciones quedaban reducidas a extraer el hueso del donante e injertárselo inmediatamente al paciente, lo cual limitaba muchísimo el campo de acción y de aplicación.

Fué al cubano Inclán a quien



Los Bancos de huesos permiten disponer de los elementos precisos para los injertos quirúrgicos



se le ocurrió la feliz idea de aplicar el principio de la congelación de la carne de vaca (que facilita su conservación y transporte) a los huesos. Desde 1936 empezó a utilizar piezas de hueso humanas conservadas a dos grados bajo cero. Esto sólo se le podía ocurrir a un hombre de los trópicos acostumbrado a luchar contra el calor.

Igual que con la penicilina, lo mismo que con la penicilina, los ortopedicos no tardaron en darle partido práctico, estandarizando la técnica. En 1945 el doctor William H. Von Lackum, el New York Orthopedic Hospital, indicó la posibilidad de organizar un «banco de huesos» similar a los ya difundidos bancos de sangre, recurriendo al sistema de la refrigeración para conservar las piezas óseas. Inmediatamente se puso en marcha. La cosa al principio era bien sencilla. Bastaba un «frigorifero» y una colección de frascos de cristal de boca ancha, semejantes a los que se emplean para conservar mermeladas. Desde entonces se guardaron las piezas de huesos que antes se tiraban en el curso de distintas operaciones, conservándose en refrigerador a temperaturas entre 2 y 5 grados centígrados. En los últimos años los bancos de huesos u «osteotecas» se han extendido por Europa y América, funcionando en casi todos los centros quirúrgicos de alguna importancia.

La técnica de la refrigeración intensa (entre 15 y 20 grados bajo cero) presenta notables ventajas, entre las que destacan el elevado coste de adquisición y sostenimiento de las neveras especiales para la refrigeración intensa, la pérdida de tiempo en la

toma estéril de piezas de hueso, ciertos peligros de orden inmunitario. Además, la entrega a otras clínicas requiere especiales condiciones de transporte, que (como se ha visto) nuestro Banco Nacional de Huesos ha solucionado con los frascos isotermos.

Menos utilizado es el empleo de soluciones conservadoras antisépticas, que en España usa el Banco de Huesos del Hospital Provincial de Madrid, dirigido por el doctor Sanchis Olmos. Entre los diversos antisépticos ensayados destacan el parafenol y el mertiolato.

Otra técnica utilizada para conservar el hueso es la liofilización o criodeseccación. Este método consiste en la desecación en el vacío, por sublimación, del hueso previamente congelado.

Los bancos de huesos que han desempeñado una importante misión en los pasados años están llamados a desaparecer, en especial los pequeños, o a cambiar totalmente su funcionamiento. Cuando se generalice el empleo de la liofilización, el hueso liofilizado, preparado en gran cantidad en centros especializados, con una total garantía, se podrá enviar a cualquier parte y conservarse indefinidamente a temperatura del ambiente, lo que permitirá a los cirujanos tener a mano en cualquier momento tejido óseo (piezas de hueso) suficiente para realizar cuantas operaciones requieran esta sustancia biológica.

APARTE DE LOS HUMANOS, LOS HUESOS PREPARADOS SON LOS DE TERNERA

Las piezas utilizadas en injer-

tos óseos son clasificadas por los especialistas de acuerdo con su procedencia, de la naturaleza de su donador. Si el hueso lo suministra el propio interesado se llama autógeno, autólogo o autoplastico. Si es un hueso humano también, pero procede de otra persona, se denomina homólogo, homólogo o humoplástico. Pero cuando procede de otra especie zoológica (de monos, perros, vacas, caballos, etc.) se le conoce por heterólogo, herógeno o heteroplástico.

La implantación de injertos autógenos (que para muchos sería el ideal) tropieza con grandes dificultades. Requiere una intervención previa o simultánea con la consiguiente prolongación del tiempo operatorio. En los niños es prácticamente imposible.

Bastantes cirujanos emplean huesos homólogos (de otra persona), obtenidos de toracoplastias, amputaciones o excisiones por diversas intervenciones ortopédicas en individuos vivos o cadáveres frescos que reúnan determinadas condiciones. El donante debe estar indemne de toda infección, cualquiera que sea. Es indispensable practicar previos exámenes serológicos y sanguíneos. No ha de padecer enfermedad de los huesos ni tampoco tumor alguno, y es preferible que las adquisiciones procedan de una persona joven. Los huesos deben obtenerse cumpliendo todas las reglas de la asepsia y la técnica de obtención no difiere en nada de una intervención quirúrgica.

La difusión del injerto homólogo tropieza con dos diques. Uno de orden psicológico y emotivo, y otro, técnico. En cuanto al primero, no todos los enfermos so-

MINISTERIO DE LA GOBERNACION
DIRECCION GENERAL DE SANIDAD

BANCO NACIONAL DE HUESOS



Abierto el tubo exterior por un ayudante no estéril, el cirujano (provisto de guantes) toma el tubo interior totalmente estéril, para depositarlo en la mesa del instrumental.

NORMAS DE CONSERVACION Y EMPLEO

Para conservar indefinidamente el hueso refrigerado, manténgase en la cámara de conservación a temperatura de -15° a -20° centígrados.

Para su utilización (una vez fuera de la cámara) pueden permanecer los envases hasta 12 horas a la temperatura ambiente, sin perder sus cualidades. Si una vez fuera del refrigerador han de transcurrir más de las 12 horas indicadas hasta su empleo, habrá de utilizarse un envase isoterma o bien ponerlo en una nevera corriente (de 0° a $+4^{\circ}$) en cuyas condiciones podrá permanecer el hueso hasta 48 horas.

Para su aplicación quirúrgica (cuando el injerto acabe de sacarse del refrigerador) deberá descongelarse, siendo suficiente para ello tenerlo a la temperatura del quirófano durante 2 horas.



Destapado el tubo interior (estéril) el cirujano coge con pinzas el injerto óseo.

Para la buena conservación de los huesos se distribuyen instrucciones, como la que aquí se reproduce



portan la idea de llevar dentro de su propia carne un pedazo de hueso de un muerto o de una persona que lo perdió por una desgracia o en un hecho violento. Por lo que concierne a las dificultades de tipo técnico, la principal radica en que no siempre se dispone de material suficiente ni aun en los grandes centros quirúrgicos.

Los Judet, ante las dificultades de disponer de hueso homólogo (humano), decidieron utilizar hueso heterólogo (de animal). Aunque se ha empleado en cirugía humana huesos de múltiples animales, como perro, cordero y cerdo, en la actualidad sólo se usan el potro y la ternera, preferentemente ésta última.

La preparación de injertos totalmente estériles hace necesario que el animal donante no padezca ninguna enfermedad, que esté absolutamente sano y que la extracción se realice con las pertinentes garantías para evitar contaminaciones. La colaboración de un veterinario es imprescindible, ya que únicamente este sanitario se halla capacitado para decidir sobre el estado de salud del animal sacrificado, lo que debe practicarse después de un escrupuloso reconocimiento previo.

Las piezas óseas para injerto que proporciona el citado Banco Nacional de Huesos de Madrid son heterólogas, obtenidas de terneras. El uso de este tipo de injertos reporta diversas ventajas.

«Evita tomar el injerto del paciente, lo que acorta la operación, suprime las cicatrices y las molestias y complicaciones propias de la extracción.

Proporciona una cantidad de

material (compacto y esponjoso) prácticamente ilimitada.

Permite modelar el injerto a medida de las necesidades.

Los huesos de animales injertados se comportan como elementos vivos y no como piezas de prótesis (por ejemplo, el metal o la resina de una dentadura postiza). Sin embargo, esta clase de injertos, aun cuando prende muy bien, parecen más sensibles a la invasión microbiana (a la infección), necesitando una asepsia muy rigurosa.

LA SUERTE DEL INJERTO

Los profanos creen que una vez injertado el hueso éste se conserva indefinidamente dentro del cuerpo del enfermo que curó. Con semejante idea hablan de que Fulano anda con el calcáneo (el hueso del talón) de un atropellado; que Mengano se mantiene erguido con la vértebra de un muerto y que Perengana hace calceta moviendo el hueso del brazo que le amputaron a no sabemos quién. Así presentada la escena, parece que vivimos una moderna danza macabra o de mitología egipcia.

En realidad, la misión principal del hueso injertado (aparte de la hipotética de sostén) es la de facilitar sus sales minerales. En cuanto a la suerte que corre el hueso injertado, a la evolución del injerto, pueden ocurrir muchas cosas:

1.º A veces el hueso injertado muere y es rehabilitado en su totalidad por un hueso nuevo. El injerto se conduce entonces como una verdadera prótesis provisora que permite la invasión por el tejido óseo nuevo.

2.º A veces el injerto no muere

En estas fotografías pueden observarse con detalle trozos de hueso y de piel para ser utilizados

más que parcialmente, pero la invasión se verifica de la misma forma y en su totalidad.

3.º A veces el hueso injertado muere y no es rehabilitado nada más que parcialmente.

4.º A veces, por último, el injerto muere sin ser rehabilitado. El hueso forastero se fija, se adhiere íntimamente al hueso vecino, pero sin confundirse con él, formando entonces una verdadera prótesis interna definitiva.

Se sabe que la velocidad de reabsorción del tejido óseo depende de su densidad, de su dureza y que está condicionada por la cantidad de tejido conjuntivo que contiene el hueso. Cuanto más compacto sea, menos se reabsorbe, y hasta puede no hacerlo. El tejido esponjoso, por el contrario, es absorbido rápidamente. El ataque al hueso se verifica por las partes menos duras, por la pared interna de los diminutos canales que atraviesan su estructura laminar. Progresivamente, y desde cualquier parte, el hueso nuevo sustituye al antiguo. Esta evolución del hueso injertado sigue en todos los casos las mismas etapas, ya se trate de un injerto auto, homo o heterólogo. En definitiva, todos los injertos prenden en condiciones favorables.

Lo que quede del injerto tal vez pudiera revelárnoslo la moderna técnica de los isótopos radiactivos. Habría que marcar, haciendo radiactivos todos los elementos químicos que integran el injerto, para seguirles luego la pista. Pero estas son técnicas delicadísimas

que escapan a la intención del presente reportaje.

Los médicos suelen aconsejar el trasplante de hueso en las fracturas que evolucionan hacia la pseudoartrosis, en las pérdidas extensas de substancia ósea (osteomielitis, tumores), en las afecciones del juego articular en que se pretende lograr la anquilosis, limitación de este juego articular o corrección de deformidades.

La intervención se verifica en las mejores condiciones por lo que se refiere al estado general del enfermo. El injerto debe demorarse mientras que el paciente tenga focos de infección, ya en la boca, ya en la garganta o en cualquier parte de su cuerpo, pero sobre todo en la piel. El estafilococo, uno de los mayores enemigos del hueso (es el culpable de la osteomielitis o forúnculo del hueso), suele vagabundear por la piel esperando la más pequeña oportunidad para introducirse en la armadura calcárea de los huesos, y este riesgo ha de ser eludido, ahora más que antes, puesto que cada vez hay menos antibióticos activos contra este vulgar microbio.

Las fuentes más convenientes para la obtención de piezas óseas son la tibia y el peroné (esqueleto de la pantorrilla), el iliaco (hueso de la cadera), las costillas y la escápula (las pequeñas alas de la espalda). La elección depende de la forma y tamaño de la lesión y de la función de la parte que se pretende sustituir. Cuanto más esponjoso sea el hueso, tanta más sangre contiene y más rápida ha de ser la curación. En lo posible, los cirujanos procuran obtener un injerto de un hueso que posea una función similar a la de la parte en déficit. Si se trata de reparar un hueso activo habitual a la carga, se tomará el injerto de la tibia. Si se trata, por el contrario, de reemplazar un hueso cuya función es pasiva, tal como los del cráneo o los de la cara, se tomará de las costillas, cresta iliaca, etc.

EL BANCO NACIONAL DE HUESOS

Se creó el Banco Nacional de Huesos por Orden del Ministerio de la Gobernación de 12 de mayo de 1952, adscrito al Instituto Español de Hematología y Hemoterapia. El Banco posee el material necesario para la operación aseptica de extracción de huesos; es esterilizado adecuadamente en las instalaciones del Instituto Español de Hematología y Hemoterapia, así como el material instrumental, envases, etc. Inmediatamente después de la llamada para efectuar una extracción de huesos, un Equipo del Centro, previo acondicionamiento del material, recoge al cirujano y ayudantes de extracción, quienes efectúan ésta, colocando el material óseo extraído en envases adecuados, que son convenientemente etiquetados.

El material óseo recogido se deposita en la nevera instalada al efecto para su congelación. A las veinticuatro horas se almacena definitivamente en la nevera de conservación.

El Servicio de Conservación se ocupa de la adecuada conservación de todas las clases de injertos óseos, no sólo de los directa-

mente tomados por el equipo de Extracción, sino de todos los que pueda tener el Banco, cualquiera que sea su origen y tipo de conservación.

La petición de material óseo se efectúa de la misma forma y en impresos semejantes a los utilizados para la petición de un servicio de transfusión especificando todos los datos que figuran en el impreso de petición.

El material óseo va etiquetado de forma que quede reseñada la cantidad, calidad y procedencia del injerto remitido, así como de la fecha de extracción y forma de conservación.

Existe la ficha del receptor que sirve para que el Banco lleve el debido control científico y estadístico de los resultados inmediatos y diferidos de los injertos realizados con el material facilitado por el mismo.

Junto con el material óseo solicitado se entrega al cirujano un ejemplar de este modelo de control que ha de rellenarse con un extracto de la historia clínica del enfermo, diagnóstico, fecha, técnica de la intervención efectuada y resultados inmediatos a los quince días de su ejecución se remiten al Banco.

A los quince días, el médico que ha efectuado la operación debe comunicar el resultado inmediato de ésta. A los seis meses debe igualmente comunicar los resultados tardíos. Todos estos datos son recogidos y archivados para efectuar un estudio de los resultados del médico.

Todos los gastos que ocasionen la extracción, preparación, conservación y suministro de huesos son cubiertos por los usuarios, estableciéndose una tarifa de tres escalas: Primera, para personas pudientes. Segunda, para el S. O. E. y entidades de carácter análogo. Tercera, completamente gratuita para los enfermos de Beneficencia. Dichas tarifas, establecidas con el visto bueno de la Dirección General de Sanidad, se modifican según las necesidades.

EL PRIMER BANCO DE HUESOS ESPAÑOL

El primer Banco de Huesos funcionó en España en el Hospital Provincial de Madrid a partir del último trimestre de 1951, constituyéndose en íntima colaboración dos equipos de trabajo: uno extractor o recolector, formado por personal del Servicio del profesor Sanchis Olmos, y otro conservador, integrado por personal de los Servicios Farmacéuticos.

El equipo extractor envía el material en las condiciones exigidas previa comprobación de todos los datos de tipo clínico y biológico necesarios, como reacciones de lúes del sujeto donador, examen morfológico de la sangre, ausencia de tumores, etcétera, y en los Servicios Farmacéuticos el equipo conservador clasificaba el material estudiando el tipo de envase más conveniente y el líquido antiséptico de mayor garantía y más fácil manejo, efectuando las comprobaciones de esterilidad necesarias por siembras periódicas en medios acrobios y anaerobios. Se conservan así las pie-

zas entregadas, que se devuelven en condiciones de absoluta esterilidad al Servicio de Traumatología cuando son solicitadas para su utilización, obteniéndose desde los primeros ensayos resultados altamente satisfactorios.

El material utilizado hasta la fecha ha procedido siempre de individuos vivos y ha sido aportado casi siempre por el Servicio de Traumatología (en dos ocasiones fue facilitado por el Servicio de Urgencia y del de Neurocirugía). Los donantes han sufrido amputaciones, generalmente de origen traumático, o se han aprovechado pequeñas piezas. Todos tienen sus datos clínicos que aseguran la posibilidad de uso de las piezas donadas.

El equipo extractor (distinto del operatorio) se hace cargo en el mismo quirófano de la pieza extraída, manipulando siempre en las condiciones de escrupulosa asepsia que son de rigor; los huesos se conservan íntegros, sobre todo cuando son de pequeño tamaño, para su posible utilización posterior en sustituciones totales (tal ocurre con los huesos de la mano y del pie, incluso el calcáneo), y si son largos se fragmentan cortándolos longitudinal o transversalmente con sierra eléctrica.

En el mismo quirófano existen ya, previamente acondicionados por el Servicio de Farmacia, frascos de boca ancha de distintos tamaños, con cierre hermético y convenientemente numerados, que contienen solución estéril de mertiolato al 1 por 1.000.

El equipo extractor, una vez acondicionada la pieza o piezas extraídas (período quirúrgico extraordinariamente laborioso en el que juegan importante papel la pericia y rapidez del cirujano), la introduce en los frascos apropiados en cada caso y las envía al Servicio de Farmacia.

En los Servicios Farmacéuticos los frascos recibidos, con el parte de extracción, se registran en las fichas que se tienen a este efecto y se llevan al frigorífico, donde quedan sometidos a temperaturas que oscilan entre -2 grados y +2 grados centígrados.

Al suministrar el frasco con los huesos al quirófano donde va a ser practicado el trasplante, se acompaña copia de la ficha del donante, que se conserva en el Banco, y los cirujanos rellenan otro impreso o «parte de recepción» con las anotaciones que estimen pertinentes.

Al utilizar el material del Banco el cirujano procede, antes de transplantar la pieza, a un lavado de la misma (que ha sido colocada en una pequeña batía) con suero fisiológico estéril, para eliminar la solución antiséptica que lleva adherida en toda su superficie.

En todo el tiempo que ha venido funcionando el Banco de Huesos del Hospital Provincial no se ha recibido ni una sola reclamación, ni se tienen noticias de fracasos quirúrgicos imputables a la conservación del hueso, a pesar de haberse suministrado en ocasiones material con más de un año de permanencia en las soluciones antisépticas.

Doctor Octavio APARICIO



El anfiteatro romano de Mérida

CAMINOS DE PIEDRA POR LA EXTREMADURA

DE CIUDAD EN CIUDAD, DE PUEBLO EN
PUEBLO, LAS SEIS CALZADAS DE ROMA

MÉRIDA, CENTRO DE RADIACION
EN TIERRAS ALTAS Y BAJAS

APRENDIZA de arqueólogo, me pides una carta de la tierra natia: el apartado rincón —no aldea, villa— sumido en Extremadura. Tú ya preferes si te hablo de la tierra, pero gustaría de llevarte como de la mano, paso a paso, por viejos caminos con huella de tus linajes.

Hay la Alta Extremadura, o tierras de Cáceres, y hay la Baja Extremadura, que es Badajoz Corre, por las tierras altas un río encajado: Tajo; por las bajas, Guadiana: un río divagante.

Un río es un camino. Muchos son los caminos de Extremadura. Caminos que suben y bajan, y surcan, atrochan, riegan el mapa de las Extremaduras. Como de siempre, tienes el camino de piedra: la Calzada.

A un lado y otro lado, siguiendo esta calzada, se te aparecen las ciudades, frutos de construcción entre cuyos muros

presientes el legado —el alma— de la raza y todavía alienta la voz de los muertos.

Media docena de calzadas tendió Roma para comunicar esas ciudades. De todas sus calzadas, yo ahora me quedo —y por ella te echo a andar— con la Via Argentea o Camino de la Plata.

Primer meridiano en el cuadrante de Extremadura, la Via de la Plata sube en busca de Astorga, Astúrica Augusta, Asturias de los cismontanos, donde la tierra es bermeja, pámpana el campo y los pueblos se rodean de ejido con lagares. Sobre la piedra antigua, por allí, la carretera corta secas barrancas de cardos.

Pero imagínate —no que vases— que vienes, a contra Calzada, y eso es desierto de luna, blanco feldespató loco mirando a Torde-sillas, y turbión el Duero, revuelto, a sus pies.

Bien has visto cómo el Orbigo tuerce en servicio del Esla. También ellos andarían por aquí, Torral de los Guzmanes para abajo. Amasando tierras que tú no ves porque se las han bebido, ya sabes, los embalses.

No te sales de la Calzada, y es esto: roja en Benavente, pedrera parda en Zamora, áspera en el Sayago. A la mano izquierda se expanden los campos de la Lampreana; a la derecha, el puente —la puente, se escribía— de Manzanal. Pasas, y en Zamora, Ciudad para estar, y hasta para quedarse, duele que se te diga: "¡Vamos!"

Paralela, se descuelga la raya con Portugal. Cruzado el Duero, los nombres se nos confunden: sobre pizarras visigóticas, tú lees: Bajo León; y yo a la par delecto: Alta Extremadura. Tierra de pan orilla el río; tierra del vino enfrente, a la otra orilla. Se vislumbra, "alto soto de torres", Salamanca.

EN EL PUERTO

No deseó, la Calzada, abrigo de los valles. Entre Tormes y Alagón se pega a la carretera. Estás al Extrema-Durium o los Extremos: sur del Duero. En la Peña de Francia, junto a unos manantios, se encuentra este pueblecito: Frades. Ahí nació el poeta; como en las gargantas del Alagón. ¿Te detendrías a beber, espumosas, tu boca en la fuente, las locas aguas?

Toca en Frades la carretera, pero no se viene con el río; hilo que se rompe, torrentoso, remansa en pantanos y se mide en poesía de un ante que ya conoces: pequeño burgo, campero. Desde Frades de la Sierra, un poeta del pueblo baja por ese río, paso a paso, y busca enterramiento en Guijo, de la comunidad de Grandilla, donde el Alagón es represado para que sus aguas tomen nombre de Gabriel y Galán, el poeta que las rimó, soñándose las alegrías de su tierra; el poeta de esta tierra.

Sólo que la Calzada prefiere el puerto: Béjar. Ya se acerca, se cruzan, se intensieren la vía romana, la carretera y el camino de hierro. Poco es el campo: ni para desparramarse ni campo de presumir; no da para un lujo. Se respiran finos aires;

aires de 900 metros sobre el nivel del mar.

Tramontana, conocedora de los puertos, la Calzada abandona Béjar. Al saliente, la sierra de Candelario; traspuesta la sierra, Tornavacas. De un golpe te plantas en 738 metros: un bajón. Es la mansión sexta por el itinerario de Antonino, y ya sabes que andas como para atrás, porque las mansiones se cuentan desde el arranque de la Calzada, a partir de Mérida.

LOS MAS BELLOS PUEBLOS

De trecho en trecho se te aparece un corte y puedes ver el pavimento de la vía: piedrecitas cuarzosas blanquecinas, un suelo duro, resistente, de color gris pálido, que luce su claridad de plata: azulea la piedra, con la hermosura y solidez de una obra de romano; la traza es llana; la construcción, un esmero.

Se llega a la provincia de Cáceres, tu provincia, entre Montemayor y Segura; nombre éste que te recuerda los orígenes: Torral, Segura de Toro. Celtíberas reses de roca marcan ahí otro de los caminos reales de esta tierra: la trashumancia.

Si es Montemayor, ¡qué antiguo y fresco pueblo! Su iglesia es pequeña; la torre, cuadrada, ruda; escalofría en la torre esa escalera exterior, al aire. No hallará un ocio tu vocación; aprendiz de arqueólogo, no sé si vas a permitirme que ahora yo te diga: entra en Santa Catalina, una iglesia del siglo XVI; en el retablo —¡es, no es la segunda columna!— hay una tabla castellana de seco patetismo: la «Oración del Huerto».

¿Te alcanzó la noticia? Ayer, como quien dice, en el certamen de embellecimiento de los pueblos cacereños, Montemayor, Baños de Montemayor ha sido galardonado. Y otra distinción significativa ha correspondido a Hervás.

Poco más de una legua de Calzada une a Baños con Hervás. En anfiteatro de peñas y de árboles se te queda Montemayor. Viene una larga quebrada. Camino del Sur, cosa de un kilómetro, reptea el Hervás, claro río.

Y media legua a la izquierda, ese nombre, Hervás, se hace pueblo, cabeza del partido. Sobre las aguas exangües el sofoco de los juncos gaya un puente en cuyo pretíl se ha erguido un caballero que yacía sepulcral en armadura de granito.

Si te adentras hay en Hervás, intacto, viejo barrio judío. Las calles se llaman del Rabilero, de la Sinagoga, y se componen de casas a dos plantas: la principal, saldiza; son los aleros volados; los muros, de roja tierra apisonada.

En Hervás, cuadrada, antigua, altiva, poderosa, la torre te ofrece otra escalera al aire, como aquella de la que te sorprendieras en Baños de Montemayor. Recursos del genio: las ruinas se aderezan, y esa torre de homenaje en el castillo templario abre altos arcos para las campanas, y con maestría de obra, desafia a la razón y tira, a las estrellas, esa escalera de relojero.

¡Y bien! Camino de Mérida sigue el eje de la Calzada, que ahora parte en dos un muy partido pueblecito. Los nombres de este pueblín ya te parecen claros, explicativos: Aldeanueva del Camino. Si los tuviera que decir, esos nombres se encadenarían: Así: Aldea-Nueva-del-Camino; Puebla, nacida para sustituir —o acompañar, no es evidente— a otra vieja Puebla: Aldea-Vieja, en la Calzada, o camino.

Nació partida: la mitad perteniente de la aldea perteneció a señorío de Grandilla; su otra mitad, de la Calzada al Este, señorío de Plasencia. Medio pueblo era castellano y medio leonés. Una bandera que se mantuvo: sobre la Calzada, luego Camino, se afirmó la carretera y hace, esta carretera, de calle principal: a un lado tienes Aldeanueva de Abajo; Aldeanueva de Arriba, al otro lado.

La población se agrupa en dos parroquias, semejantes en todo; una y otra, del siglo XVI. Nuestra Señora del Olmo, correspondiente a la parte oriental o Aldeanueva de Arriba, estuvo en diócesis de Plasencia; San Servando, parroquia occidental, se levanta en Aldeanueva de Abajo, y eclesiásticamente en la jurisdicción de Corta.

¡Qué voluntad de escisión! Y triste alegoría. La Calzada, que en la hora de Roma une, con su puente en medio de la aldea, sobre el río Garganta de la Población, separa en las taifas medievales: Reino de Castilla; frente por frente, Reino de León. Se cierra España, y la Iglesia mantiene su poder territorial en pugna fronteriza: dos diócesis, separadas por estrecha calle; santo contra santo.

Y... ya estás conmigo, bajo los arcos del templete romano, en campos de Cáparra, famosa. Vamos a ver dos caminos próximos y paralelos. Gentas del lugar vendrán a decirte: «Esta es la Calzada romana, y ésta, la Via de la plata.»

Tú mides, mido, y poco más o menos, da la anchura, la misma anchura. Si que la Calzada muestra sus piedras marginales como a una cuarta sobre el suelo, y sus tramos, empedrados; mientras, para mí que la Via es terrera; y su piso, de piedra menuda, a nivel de la campiña circundante. Nos ponen de acuerdo los arqueólogos: piensan que se trata de una desviación para reparaciones.

Bien por una o por otra, por la Calzada o la Via, nos sabemos en un final de etapa: es la quinta mansión, itinerario veinticuatro, a partir de Mérida; es Cáparra, el más señalado lugar después de Norba. A mano izquierda, unos montes, y tras la sierra este hilo de aguas verdedadas: Jerte; menos sumiso, a la derecha, el río Alagón.

Pero, lo acabo de escribir. Transierra. Y la Transierra tiene su eje: la Calzada. Tiene vertebra fastuosa: el Taño. Dos ordenadas para marcar tierra de Extremos.

De Cáparra a Galisteo, hacia la raya con Portugal, nos saldría el camino de Coria; al otro la-

do, Plasencia. Traspuesto el Alagón se anda la dehesa de Buhona: un descanso de omanos, en término de Plasencia. Viene ahora un pueblo, y en el indicador, junto a los paradores, dice: Carcaboso. En sus calles, columnas y miliarias, memorias de Roma, empotradas en un portallito, en el postigo de la iglesia, en unas fachadas.

Dejando Carcaboso, y como a la media legua, cerca de la casa de San Pedrillo, buscaríamos un viejo puente conocido por los libros. Ya no hay puente. El libro sobrevive a la piedra; la estatua, a la ciudad. Y... aquí está Galisteo.

Unas lisas murallas en polígono, que cierran media colina, casi llana. Son largos lienzos, renegridos, a cal y canto; las almenas, cuadradas. Se yerguen al saliente las ruinas de un alcazar; por el Poniente, el foso del río. Dispondría el recinto de muy figuradas puertas: ¡Mentuda ésa del Norte que se adelanta! Pues ¿la oriental? Doble, a siete metros de altura; aparece al fondo una segunda puerta, en arco.

LA MARCA DE LOS EXTREMOS

La Calzada ha bajado por Baños de Montemayor, ha tocado en Hervás y ha partido en dos el pueblecito de Aldeanueva; ha seguido, hasta colocarse entre Gargantilla, Segura de Toro y Casas del Monte, a un lado; Granadilla, al otro lado. El monte, a que alude el nombre de esas Casas, es la Trans-Sierra o montes de Tras-la-Sierra.

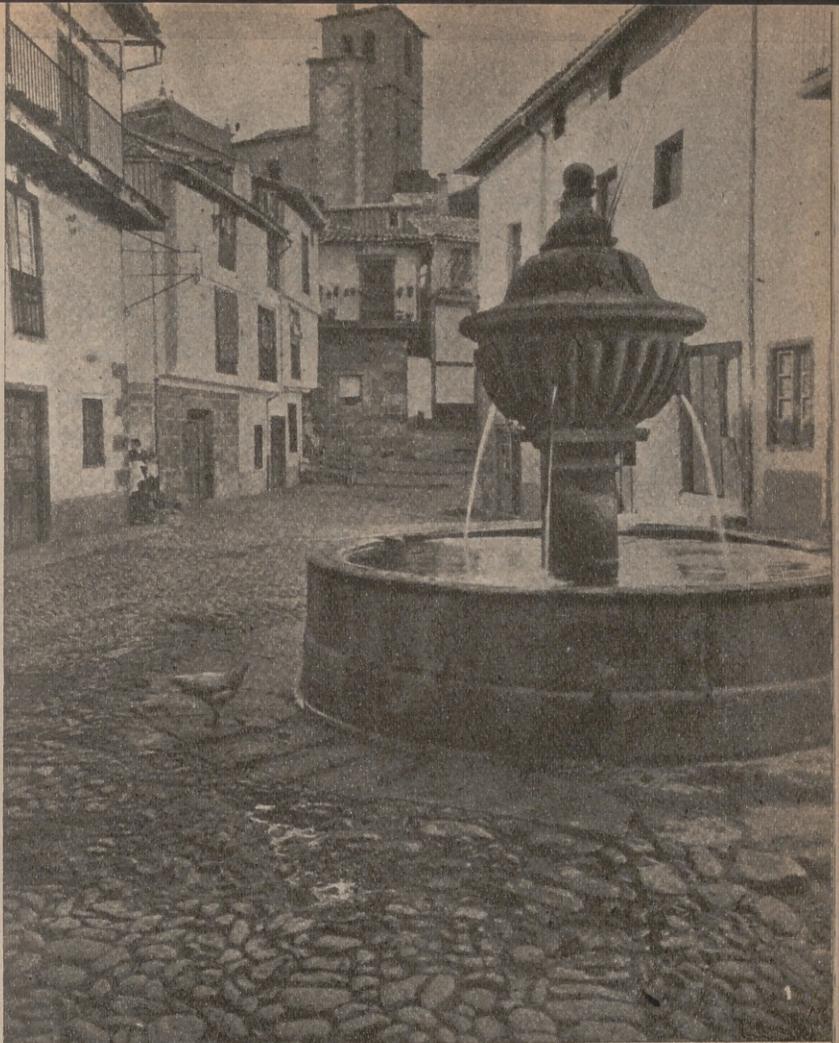
Hay, a la izquierda, una Trans-Sierra castellana; a la derecha, la Trans-Sierra leonesa, con su cordón de torres frente a Castilla, y caminando para Cáceres, paralela, una sucesión de fuertes sobre la raya de Portugal. Fernando II el loco, Rey de León, corría en finitas audaces y recorría este pasillo; a uno de los flancos, el castellano vigilaba; era, el otro flanco, portugués, belicoso y altivo; abajo, le contenían las murallas de Badajoz, las líneas moras. Toda la originaria Extremadura es un ir y venir, una tierra de nadie, una marca; zona, después, de polémica, pasos que se llaman dudas, reyertas. Y su camino real, la Vía de la Plata: la Calzada.

Que, alejándose de Galisteo, remonta el cerro de las brujas; se desvía a Rioloños, entre Alagón y Tiétar. Tierras de vega, por aquí asentaba la cuarta mansión en los tiempos de Roma.

A cuatro leguas, juntan aguas Tajo y Almonte. Camino de Mérida ya la Calzada bordeando la sierra de Santa Marina: toca en Grimaldo; escala el Cañaveral y se pone a 800 metros de nivel. Pasado el puerto de los Cas años, rasado ahora el ferrocarril, a la vista del Portezuelo, se descuiga como un rayo sobre el Tajo.

Ya en las cercanías de un puente célebre, la Calzada ha envejecido; apenas se hallarán vestigios de su clara piedra plana, plateada. Reconstruido, Alconétar—que es el puente—quedó a la custodia de aquellos caballeros de largas capas a bas, templarias. La Orden cayó y el puente tornó a hundirse.

Ellos pasarían el Tajo en barca;



Soledad recoleta en las calles de Hervás. El agua que canta, los caminos de piedra

con recuerdos de Roma alhajaba su portal la casa de los barqueros... De las aguas emergen viejos pilares romanos. Todavía hemos de andar cuatro leguas hasta Cáceres. Por estas tierras la Calzada tomó el nombre de Quinea; tomó otro nombre: Vía Lata. Era llana y sus piedras azuleaban, de tan blancas.

No hay que perderse, entre montañas, sucesora de Alconétar, su vieja aldea: Garrovillas, cerca hoy del partido. En la plaza, casas del siglo XVI; fantasea las casas de dos pisos, con arcos: la planta baja, de portales; en la superior, galerías de antepecho corrido. Una de las casas, gótica, trae a cuestras manbranzas; del siglo XV. Es una plaza como para en ella soñar las leyendas de Alconétar...

Que fue villa; su puente—puente de Mantible—se tendía sobre el Tajo; el norte daba a la vía romana; por ahí está el cerro de la Horca. Midió 250 metros largos, de sus trece arcos y mantiene en dos y los pilares incompletos, rotos. Se ha comprado este puente al de piedra y madera del Danubio, cuando la conquista de la Dacia. Su construcción se atribuye a Tiberio. Hubiéramos visto, en Cáparra, un busto del resentido; se lo llevaron para el Peñón a Plasencia.

¿Ea? Ya desde aquí no pararemos. Podría, lo más, hacerse un alto, fugacísimo, en el Casar de Cáceres; cosa de medio kilómetro, quizá se encuentre una miliaria y, en la miliaria, un nombre de em-

perador: Trajano. Podríamos salir de la carretera y asomarnos a los espejos de la tierra: la charca, las cien charcas de Cáceres. ¿Un momento?

CHARCA BOYAL

Te encontraré en cada pueblo una charca. A la orilla del pueblo; en tierra de comunes, como abrevadero boyal. Llegarás a descubrir, todavía invisible, tú de lejos, como a la vista de los saigazos o por el vuelo de las aves se adivina la tierra desde alta mar.

Sobre la charca, las apretadas nubes, las turbias nubes densas se congregan. Viene un suave circo de barrancas, vegetadas de garduñas. Intensamente verde se te presenta la cortina vegetal de los mimbrales o de las cañaveras, en ruedo. Hondos camiros ha marcado, en la tierra apisonada, el releje de las carretas.

Liegándote a la charca, andas una tierra de pasto mojado, olorosa de la grama rastretera, alta de juncias, fresca por la umbría de los helechos. Reconocerás las negreantes raicillas del helecho macho; las planas hojas pálidas de la ninfea, florecidas; las amargas barreras, el poleo de menta en los caños... Evoco y entre las luces del anochecer, con el verano, la charca se me enturbia, da tercianas, toda flauta de su

pos, encelados, que timbran el aire con la sonería de sus dos notas, alternantes, dulcísimas, de tintileo de esquilas.

Un aire corrompido, aire de nubes de mosquitos, poblado, pulverizado como tras una caravana de tierras de Antiguo Testamento. Vuelvo a ver esa charca, en los pueblos de la memoria, y es un fondo de légamo, de yerbas y de algas, de campanillas, de cencerros. Verde agua estancada, venenosa, de sanguijuela y de malaria que inyecta su tinta amarilla en el blanco de los ojos y un calorío a los caminos del encinar. Puesto el sol, todavía la cigüeña garabatea en las revueltas de la ciénaga; se ha bañado en el abrevadero la tórtola y en el horizonte rebota el eco de los cuclillos. Rasga los tules de mimbranos una libélula, de recortados vuelos repentinos. Yuntas y mozas merodean estas aguas doyentes, encendidas de luna. Aguas con su nivel a ras del cieno, secadero de adobes.

Malsana agua, mortal, que, ahora mismo, verías henchirse de otoño; pupila de los encinares y cuadero de tencas, de carpas; las anchas carpas doradas, difíciles y fieras, con el rojo aletazo de la muerte. Acaso un guijo de pastor silba, cortando las aguas de orilla a orilla; acaso cae, y se hunde entre collares azules en la calma de las aguas. Charca de pueblos extremeños, con su paisaje de buyes, de juncos, de gamones...

CACERES AL PASO

Cuesta abajo, tranquila, sobre tierras de ribero, la Calzada nos deja lo más cerca posible de Cáceres. Por la vía romana, hemos salvado ásperas pizarras; lajas de canto, verticales, sin suelo vegetal; soledades cenicientas, raídas; en la hondonada, o el tajo,

gargantas de pedernal y, en los alcóres, la encina de bronce, la pegajosa jara, la rafia de lentiscos.

Cáceres tiene su hora propia. Convendrá no demorarse, a sólo dos etapas de Mérida. Es la Calzada, eje de estas esencialidades: Cáceres-Mérida; ciudades que no envejecen. Si Cáceres en ruda piedra, Mérida estrecha y blanca.

Partes de Cáceres y, a una legua, se estampa la ermita de Santa Olalla. A mano izquierda, la estepa de gredas, de llanos alomados, centinelas de roca herrocal en suelo parvo de labranza; por la derecha otra estepa: arenisca y granito blando.

No te apartas de la Calzada; sigues la actual carretera número 630, Cáceres-San Juan del Puerto. Has subido el montañero paso de las Gamellas, entre dos cerros suaves, gemelos: el cerro de los Romanos, a 556 metros de altura; enfrente, el otro cerro, levemente más empinado, de Santa Ana.

Cruzas, por su puente Mocha, el río Salor. Claro que gustarías de sentarte y descansar, un momento, en esa cerca: las Herguijuelas; castillos, a la última, y ciervos en libertad, multiplicando el parque.

CLARO DE LUNA

Haré todo lo posible porque la noche me alcance—solo—en el camino. Al acecho de la luna, me detendré, frente a los castillos de las Herguijuelas. Ay, si hubiere la ventura de un plenilunio...

Desde la carretera, tras el muro de cantos del cercado, ya se recortan poderosas las siluetas de las Herguijuelas: la casa fuerte, arriba, entre pinos añosos con nidos de cigüeña, y abajo, más para Cáceres, la otra casa, deshabitada, entre dos palmeras. Se extiende una tierra de agujas de pino, un lago diminuto, unos ma-

cizos de flores de jardín y alguna salvaje adelfa.

Estoy al aguardo como de la belleza imposible: la brama. De aquí a nada habrá de surgir, sobre el ruedo alblísimo de luna, en un claro del coto, en tierra de bellotas y madroñas, el viejo macho, las ciervas delicadísimas.

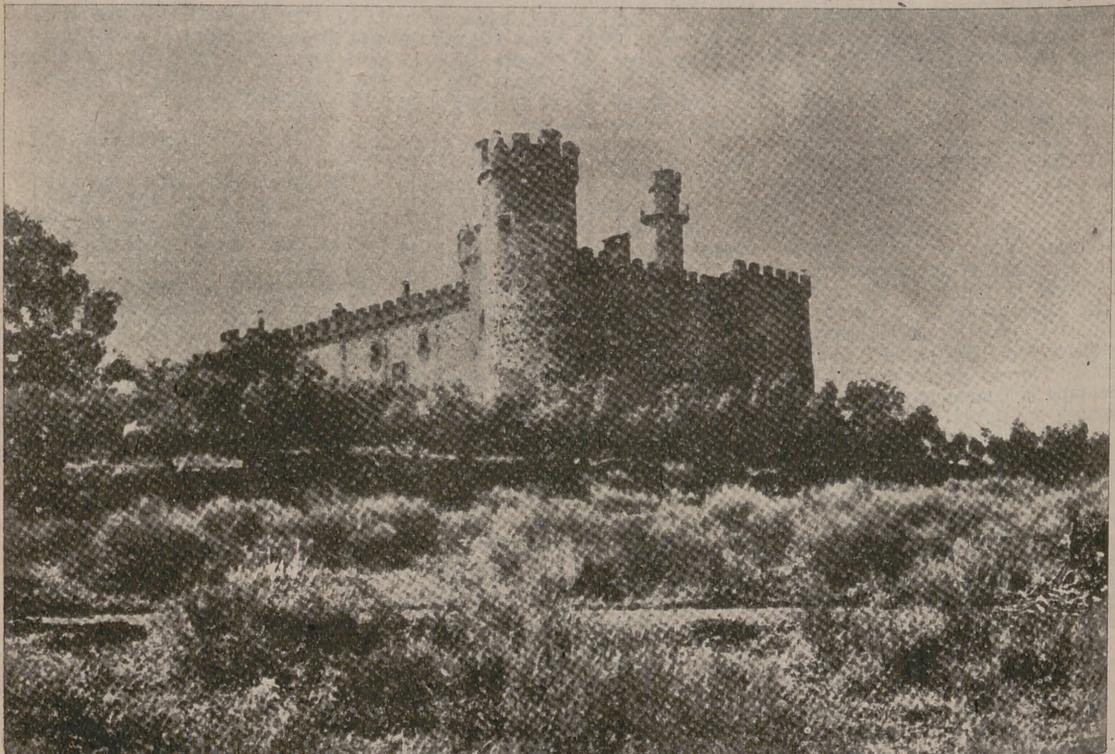
Ese rodal de luna, es el picadero. Ya se escuchó el bramido, rumoroso y templado, como de caracola. Y, de repente... No había yo visto las aliagas, no me fijé en ese brezo, ni estas matas que juntan el tomillar por donde acaba de súbitamente aparecer el amoroso ciervo: retador; al amor retado, y a la muerte. Porque ya, contestando a su brama, viene otra brama, quebrada, ronca, anhelante. Es... el otro: ciervo que ha recogido el desafío y acude, en el nocturno y se aproxima, seguido de las hembras.

Esto no es montería; no se correrá caza; no se elude, se lucha: naturaleza, amor y muerte. El morro al cielo, corvo el cuello hacia atrás, solemne la estameta, el solitario ciervo, retador, replica la brama, y, todo tenso, espera.

En sus cabos finísimos se le llega el otro afilándose al aire lúnero las puntas de la cuerna. Brinco y fuga, las ciervas rodean el encuentro.

Chocan los cuernos, se cruzan las garcetas, cargan todo el poder de la vara con su corona de candiles, forcejean macho y macho jadeantes, la boca abierta. No logran traspasar al enemigo, la recia piel de la garganta; no aciertan al brazuelo, clave del arco de la vida.

Y... al fin. Huye, ¿es el más joven? El victorioso ciervo le persigue, acosa, alcanza y—¿en qué remota soledad?—allí sin lucha, de costado, con embestida feroz, lo clava... Un instante en suspenso,



Carretera de Cáceres a Mérida. Junto a la Calzada de la Plata, el castillo de las Herguijuelas

las hembras acuden al llanto del
ciervo malherido:

*¡Para nada, para nada
me sirven ya mis alfanjes,
mis picas y mis espadas!*

*¡Ay mis espadas floridas
de anémonas coloradas!*

*¡Ay mis alfanjes guerreros,
tintos en moras, moradas!*

*¡Picas mías, coronadas
de limonares luneros!*

Y la brama del polígamo triunfante, acarrea las hembras y las encamina por los oscuros, entre los dos castillos de las Herguijuelas.

CARRETERA DE MERIDA

Adelante. Viene ahora de dehesa de las Cerveras. Viene Aldea del Cano: un pueblo de tierras de labor y casas de cantería, con sus tejados de apenas vertiente y, ésta, a dos aguas, fachadas enlucidas de yeso, zaguanes solados de cal. Hay en el término fincas que se llaman El Moro; carretera adelante, sierras con apelativo de La Mezquita. En los alrededores, dehesas, como la Atalaya; baldíos, como Santiago de Bencáliz; torres, como la de Mayorazgo, primer linaje de los condes, asentado en la capital. Rastrean, entre las retamas, de flores amarillas, la torvisca de raíz venenosa, la cicuta amarga.

Santiago es casa fuerte; una torre entre el Salor, tributario del Tajo, y Ayuela, que desemboca en el Salor. Se levanta, Santiago, a dos pasos de Las Casas—en el nomenclátor Casas de Don Antonio—, una villa, de canchallera arrogante. Mansión de la vía romana, los caballeros santiaguistas articulan, junto a esa villa, el cordón de torres defensivas que, desde la Atalaya de Santa María, por Torreogaz, Zamarrilla, Trasmorales, Herguijuelas y las Cerveras. Torre de Mayorazgo y baldío de Bencáliz, toma el camino de la sierra y se pone en Carmonita, de avanzada en la trocha de Portugal. A la sombra de las encinas de Bencáliz, a la vista de sus torres, Casas de Don Antonio celebra romería cada primero de mayo, bajo la advocación sorprendente de Santiago el Menor.

Si la Aldea es tierra labranza, centran Las Casas un término de minas, de bosque, de emigrantes; mirando a Mérida, desde Las Casas se columbra las calles del Calvario, en la sierra de Alcuéstar. Una columna marca el número de pasos —veintiséis mil— como seis leguas, para Mérida. ¡Y aquí, en Las Casas, se encontraron!: antiguos linajes que bajaban la Calzada, camineros por el duro cordel; y linajes maternos que vendrían al amparo de la sierra, siguiendo el Tajo...

Desde Las Casas, en una recta larguísima, la carretera se estira hasta el puerto de las Herrerías, en medio de una dehesa de alcornoque y encina, como carretera forestal que te lleva por el corazón de Extremadura: dehesa perfecta.

En las Herrerías, con su nombre de hierros de unas minas ro-



Casas de don Antonio. El cronista junto a la reja de la habitación en que nació. La casa es de piedra y en la reja campea la cruz de hierro de los Caballeros de Alcántara

manas, a la carretera le acude el ramal que se descuelga de Montánchez por la sierrilla de Alcuéstar, bajo un suelo de madroñas y de naranjos, entre manchas de jara.

Hacia Mérida, el suelo, débil, se tornaría movedizo. Lo pisa, lo fija la sierra, atravesada en el camino, bajando como el sol, para Poniente, donde la parla suena a dulce lengua lusa. Alza montes de carrasca, ásperos contrafuertes, el Norte: brezos, rozas, descuajes. Por Mediodía hay un verde zócalo de encinas y el rojear de los descortezados alcornoques.

La tierra, ¡qué otra!, se crece; levanta esa bisagra entre guadalupana y portuguesa que es la sierra de San Pedro; pasado el puerto de escorias de las Herrerías, se extiende la campaña: vegas de suelo moreno, huertos moros; los poblados, pocos, alternándose a una vera y la otra de la Calzada.

Traspuesto el puerto, se explica una ancha terraza, espesa de rafiadas, a cuya caída corre, al Guadiana, el arroyo Aljucén, por muy labrado valle, hondo, en tierra de vinos amarillos. La puebla de Aljucén se te sienta a dos leguas de Mérida. Todavía has de tocar el otro pueblecito: El Carrascalejo; a una legua —legua corta— de Aljucén, y otra legua —legua larga— para Mérida: tres kilómetros andas de Aljucén a El Carrasca-

lejo; y en El Carrascalejo aún faltan once kilómetros para llegar a Mérida.

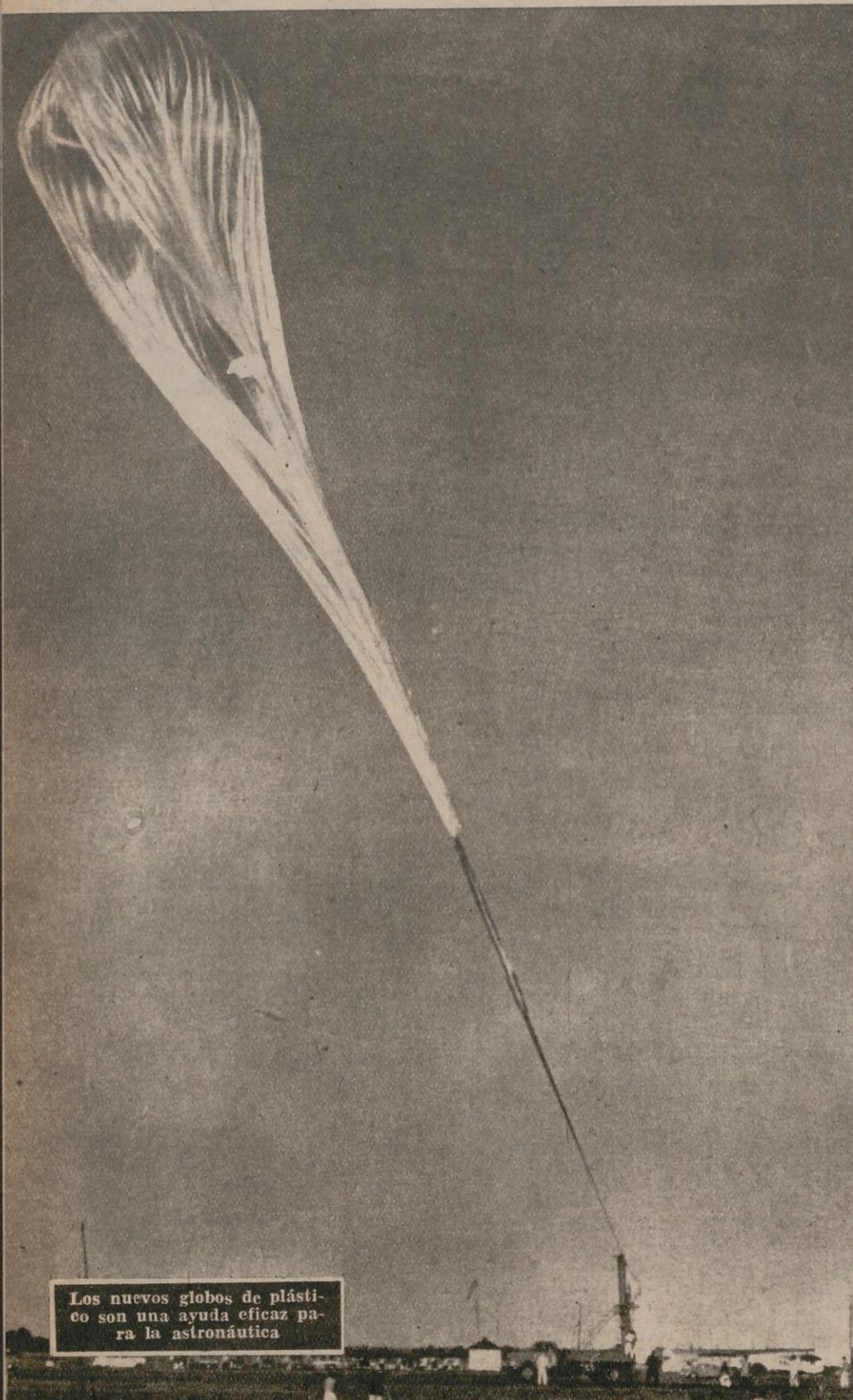
Junto al camino, bajo la tierra trabajada; sobre la piedra clara y derecha, Roma te habla: columnas antiguas, templos derruidos... Y cuando acabas de pasar el último puente, el cesáreo puente del río Albarregas, estás en Mérida. Mira si no los pilares del acueducto, rojo y blanco, de equilibrio romano, severo equilibrio inverosímil, que se llaman los Milagros. Primera piedra de Extremadura, Mérida: memoria.

Prono, a la luz de las estrellas, las mismas, en el Guadiana se copian la columna y el arado romano: Mérida; las palmas y la noria mora; Badajoz. Estrellas de los alrededores iluminan: en Plasencia, catedral; en Cáceres, palacios, en Trujillo, plaza, y en la plaza, dos ventanas: a Guadalupe, que es el Monasterio; a Yuste, o la selva: América... Por donde también el extremeño se echo a andar, pensativo de la Calzada.

(Envío. — A Esther: que a la busca de piedras escritas, fue recogiendo flores por el Camino de la Plata.)

Pedro de LORENZO
(Especial para EL ESPAÑOL.)

VENUS, MAS CERCA DE LA TIERRA



Los nuevos globos de plástico son una ayuda eficaz para la astronáutica



El helio es el gas más seguro para las ascensiones hasta la alta atmósfera

A 26.75 METROS DE ALTURA DOS ASTRONOMOS AMERICANOS CUBREN AGUA EN EL SEGUNDO PLANETA

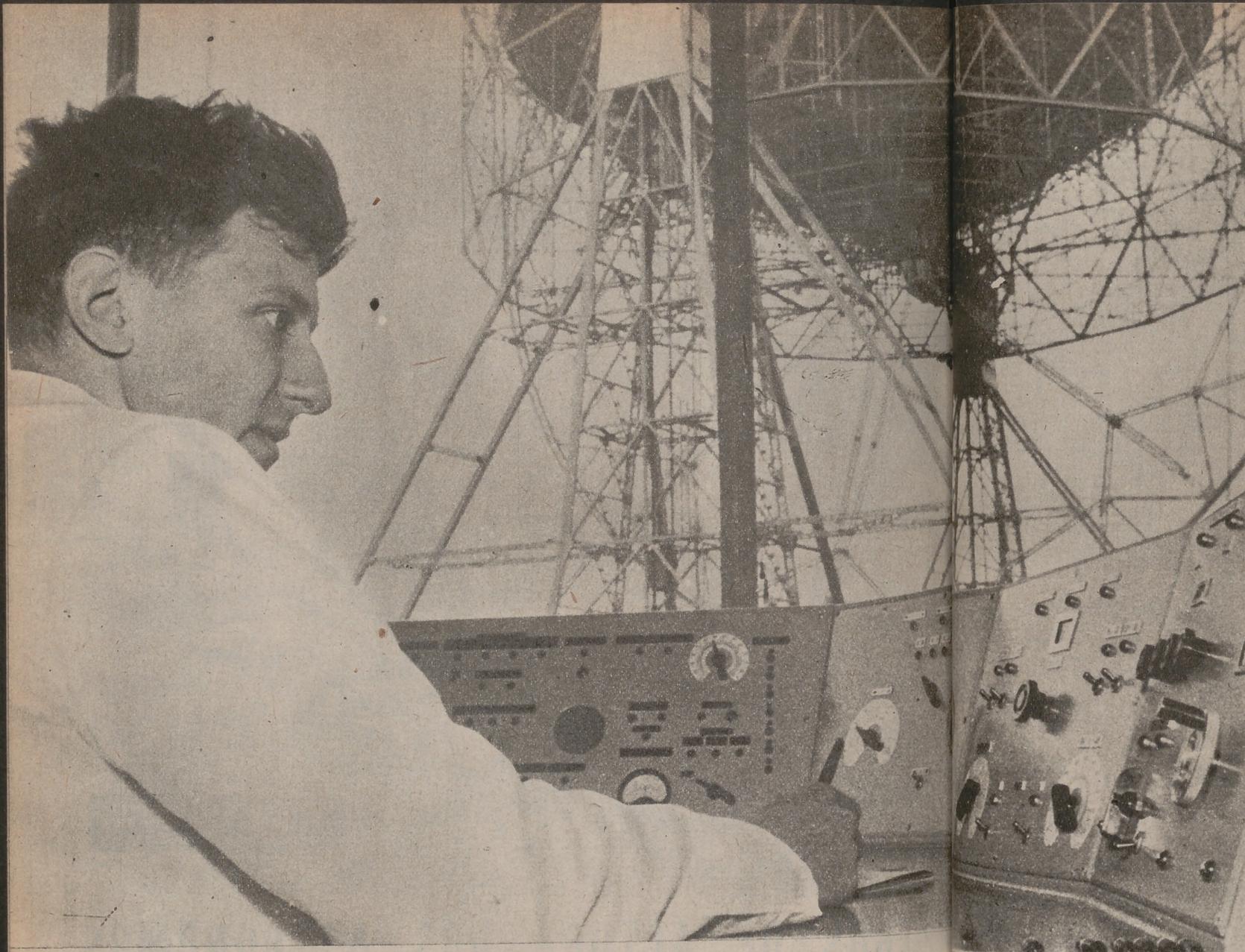
UN "ANILLO POLVO" PODRA CONVERTIR LA NOCHE EN DIA

DEBAJO de las nubes de la tierra, las superficies de las granjas de Kansas. Para llegar a ellas hay que cruzar miles de kilómetros en línea vertical y hacia abajo. Hace ya un rato que ha puesto también en movimiento el barómetro marca sesenta y cinco. Si hubiera agua helada sobre la superficie del globo de plástico se apreciaría en las nubes de la estratosfera. El globo parece anclar en el espacio, perpetuamente. Y, sin embargo, está descendiendo; el frío reduce el volumen. Dentro de unas horas el globo se volverá a elevar

entonces sus tripulantes estarán interesados en descender. Ahora querrían subir cuanto les fuera posible. Están, sin embargo, satisfechos con lo conseguido. Por las ventanillas se miran hacia arriba. La negra sombra del globo destaca con claridad sobre un extraño cielo donde las estrellas y los astros del sistema solar parecen brillar con mucha más fuerza que cuando se contemplan desde la superficie de la Tierra. Los dos tripulantes tienen que cerrar los ojos cada poco tiempo o apartarse de las ventanillas. El globo, pese a su aparente estancamiento, se halla en un movimiento casi incesante. Gira sin parar, aunque con lentitud, sobre sí mismo. La falta de puntos de

referencia hace que, dirigiendo la vista hacia el cielo, parezca que sean los astros los que describan amplios círculos sin interrupción. Sobre el techo de la cabina se alza un extraño apéndice que levanta un ojo de cristal hacia las estrellas. Los dos tripulantes se turnan en su manejo. Es un telescopio de reducido alcance montado mediante un artilugio especial que permite disminuir sensiblemente los efectos de las oscilaciones de la cabina. Junto al telescopio asoman otras extrañas protuberancias; son los equipos protectores de los aparatos fotográficos que manejan los aeronautas. Los dos tripulantes apenas se mueven; sus desplazamientos en el interior de la cabina, hasta el

simple movimiento del brazo, están cuidadosamente controlados. Cualquier gesto brusco o movimiento demasiado violento puede provocar la alteración, el semiequilibrio que tiene el globo en estos momentos; puede hacerle descender, girar aún más de prisa o desplazarse en sentido horizontal. Ninguno de los dos hombres pierde el tiempo. Han pasado varias horas dedicados a la tarea de observar el planeta Venus, y así seguirán hasta que llegue el día, mucho antes siquiera de que las primeras luces del amanecer se insinúen sobre las tierras que aparecen bajo ellos. El descenso es difícil. El globo se interna en regiones de gran inestabilidad atmosférica. Las corrientes de aire pueden arrastrar



Con los radiotelescopios se ha observado el desarrollo de las tormentas en Venus

trarlo a muchos kilómetros del lugar donde aproximadamente estaba previsto el aterrizaje. El sol, calentando el gas, empuja al globo hacia arriba. Y en este peligroso juego hacia arriba y hacia abajo el aerostato desciende varios miles de metros.

Los dos aeronautas están cansados. Es preciso disponer de un sistema nervioso excelente para resistir durante largas horas el prolongado encierro en una cabina, sin otra comunicación con el exterior que la radio, a veces extraordinariamente debilitada.

La superficie está ya muy cerca. No hay cables de alta tensión ni grandes superficies de agua que pongan en peligro la vida de los aeronautas. De repente la tierra parece acercarse con una velocidad vertiginosa; allá va libre el globo, que acabará por caer al suelo dentro de poco tiempo. Más tarde los dos hombres sufren un fuerte tirón,

después un golpe seco: es la tierra.

ARRIBADA A KANSAS

Manhattan no es sólo el corazón de la gran urbe neoyorquina; es también un pequeño pueblo del Estado de Kansas. A las tres y media de la tarde del 30 de noviembre sus habitantes divisaron a un globo que descendía con gran rapidez.

Casi inmediatamente, con tractores y pequeños vehículos, se organizó una pequeña caravana que trató de llegar hasta el punto donde parecía iba a tocar tierra el aerostato. La empresa no fué fácil. Los vehículos tuvieron que dar largos rodeos por malos caminos; además un fuerte viento desviaba constantemente al aerostato, que perdía gas progresivamente.

Cuando ya faltaba poco para que la cabina tocara tierra, un dispositivo automático provocó su separación del aerostato. La cabina aceleró su marcha hacia el suelo, casi instantáneamente fué frenada por la acción de un

gran paracaídas abierto sobre su techo.

A los pocos instantes la cabina rebotaba, casi con suavidad, sobre las tierras de Manhattan. Pero el viento arrojaba e infló pronto el paracaídas. La gigantesca tela arrastró a la cabina. Los que acudían estaban todavía lejos. Desde el interior del cubículo nadie intentó salir a la superficie; resultaba demasiado arriesgado. Lo mejor era esperar a que el viento se calmara o a que la cabina se detuviera sin excesiva fuerza ante cualquier accidente del terreno.

El paracaídas alcanzó por fin una cerca de alambre espinoso. El fino tejido se destrozó en breves minutos y del interior de la cabina saltaron apresuradamente dos hombres. Los jirones del paracaídas hacían también vibrar a la cabina. En un golpe de viento uno de los tripulantes fue arrojado sobre los espinos metálicos; el otro le auxilió inmediatamente. Pocos minutos después los dos hombres levantaban la vista hacia arriba. Muy cerca de ellos se posaba un helicóptero de

socorro llamado precipitadamente por los habitantes de Manhattan cuando presenciaron el arrastre del globo.

El herido fué transportado inmediatamente al aparato, que se elevó rumbo al hospital de la base aérea de Schilling. El ileso permaneció junto a la cabina.

Los habitantes de Manhattan llegaron en seguida y le saludaron como a un triunfador. El sonrió con calma y luego se marchó en un automóvil de las Fuerzas Aéreas que había acudido a buscarle. Era el doctor Charles Moore. Su compañero, el capitán Malcolm Ross, permanecería tan sólo veinticuatro horas en el hospital.

Los dos aeronautas habían despegado a las diez horas y veintiséis minutos del día anterior de la base de Rapid City, situada en Dakota del Sur. Su objetivo era estudiar más perfectamente la atmósfera del planeta Venus, evitando en lo posible los entorpecimientos que origina la capa gaseosa que rodea a la Tierra. El globo, aquel aparato considera-



Ciento cuatro globos que se elevaron a doce mil ochocientos metros

do como anticuado en los primeros tiempos de la aviación, es hoy insustituible en este tipo de pruebas. Un avión no puede ser destinado por razones elementales para la observación astronómica. En un globo se reúnen todos los requisitos imprescindibles para este tipo de pruebas.

Moore y Ross volverán a la alta estratosfera. Es necesario completar las observaciones sobre Venus, determinar la exacta proporción de oxígeno en la atmósfera de Marte cuando este planeta se acerque a la Tierra y efectuar otros trabajos astronómicos sobre la galaxia de Andrómeda, la nebulosa de Orión y la captación fotográfica de Mercurio.

LA MARAVILLOSA TARDE DEL SABADO

El doctor Strong es el diseñador del nuevo sistema que facilita la observación con un telescopio desde la cabina de un globo. El también ha sido quien ha hecho en Salina (Kansas) las más importantes revelaciones en torno del significado de la ascensión. «El planeta Venus —ha declarado Strong— se halla rodeado de vapor de agua, y este hecho ha sido comprobado por las observaciones efectuadas por los dos aeronautas americanos.

Strong, que dirige el Departamento de Astrofísica de la Universidad Hopkins, en Baltimore, ha señalado que la altura total alcanzada por el globo de plástico fue de 26.750 metros, y que las observaciones se efectuaron con un telescopio de 40,6 cms. «Ascendiendo a mayor altura y utilizando un telescopio más potente —advirtió— se podrá determinar si existe vida en Venus y cuáles son sus características fundamentales.»

«Todo fué sencillamente maravilloso», declaró el capitán Malcolm Ross desde su lecho del hospital. Yo no había visto jamás nada tan extraordinario como la puesta del sol en la tarde del sábado. Pudimos ver caer la noche sobre la superficie terrestre y encenderse las luces de las aldeas, pero donde nosotros nos hallábamos era aún pleno día.

Por dos veces hemos visto colores de una viveza totalmente desconocida en la Tierra: a la puesta del sol y al amanecer. El cielo entero estaba jalonado con bandas de color marrón vivo, rosa violeta y de todas las gamas del color amarillo. Todas estas coloraciones se producen cuando

los rayos del sol alcanzan las pequeñas nubes de las alturas superiores. En estos momentos, si la atmósfera está clara se pueden ver las manchas pardas y verdes de la superficie terrestre y distinguir los ríos y las montañas. Es un espectáculo único e inolvidable que fascinaría a cualquiera», ha declarado el capitán Ross.

EL ANILLO DE POLVO

La observación astronómica en la alta atmósfera puede quedar interrumpida en algunas zonas dentro de unos años si llegara a hacerse una realidad el proyecto de Cherenkov.

Valentín Cherenkov es un ingeniero soviético que ha expuesto recientemente en el «Komsomolskaya Pravda» sus planes para la supresión definitiva de la noche. El ha ideado el método que puede hacer eficaces en un próximo futuro todos los sistemas de iluminación artificial.

El ingeniero ruso cree que sería posible constituir en torno a la Tierra un inmenso anillo de partículas de polvo análogo a los tres de Saturno, formados, al parecer, por fragmentos de mayor tamaño. Cherenkov prevé la colocación en órbita alrededor de la Tierra de 500.000 toneladas de polvo. El espesor de este cinturón sería de 100 kilómetros y estaría situado a 1.500 de la superficie del tercer planeta.

Las partículas de polvo, señala Cherenkov, permitiría reflejar la luz solar sobre las regiones sumidas en la oscuridad; el anillo permanecería siempre luminoso y enviaría las vibraciones luminicas a la Tierra. Según los cálculos realizados por Cherenkov, el anillo de polvo podría reflejar una cantidad de energía equivalente a 270.000 millones de kilovatios.

Sus colegas soviéticos se han apresurado a darle las más expresivas felicitaciones, vaticinando una pronta realización del proyecto. Otra ha sido la reacción de los hombres de ciencia de Occidente, para los que el proyecto de Cherenkov es tan grandioso como irrealizable. Ellos han aducido diversos obstáculos a cual más insuperable.

¿Cómo se colocarían en órbita las 500.000 toneladas de polvo? Cherenkov se ha apresurado a aclarar que serían trasladadas en «sucesivos» viajes por proyectiles-cohetes. Un simple cálculo permite hacerse idea de las dificultades de la empresa. El «Saturno», el mayor proyectil americano,

que comenzará sus ensayos en la primavera próxima, costará unos 240 millones de dólares y sólo podría transportar hasta una órbita terrestre quince toneladas de carga útil. Calcúlese la cantidad de «Saturnos» o proyectiles análogos que serían necesarios; téngase en cuenta además que, dado el gran número de proyectiles empleados, también sería muy grande la cifra de fracasos en los lanzamientos, y ello haría aumentar extraordinariamente el coste de la operación.

Es muy posible que a pesar de todo la empresa resultara rentable... para los hombres que vivan dentro de 1.000 años. Hasta entonces la economía mundial estaría hipotecada por este grave desembolso.

La realización de una empresa de este tipo plantea también una unificación económica en la actualidad inalcanzable. Sería necesario fijar las cuotas de todos los países en relación con su capacidad económica y con los beneficios que pudieran obtenerse. Habría que indemnizar también a todas las Empresas suministradoras de energía eléctrica para el alumbrado nocturno, urbano y doméstico.

¿Qué garantías podría dar Cherenkov de que el anillo de polvo permaneciese perpetuamente en órbita? Un desprendimiento siquiera fuese de algunos miles de toneladas y la caída de éstas hacia la Tierra podría dar lugar a una gigantesca catástrofe. El bombardeo de meteoritos, particularmente intenso en algunas épocas del año, afectaría a la cohesión del gigantesco anillo.

CON EL OXIGENO A LA ESPALDA

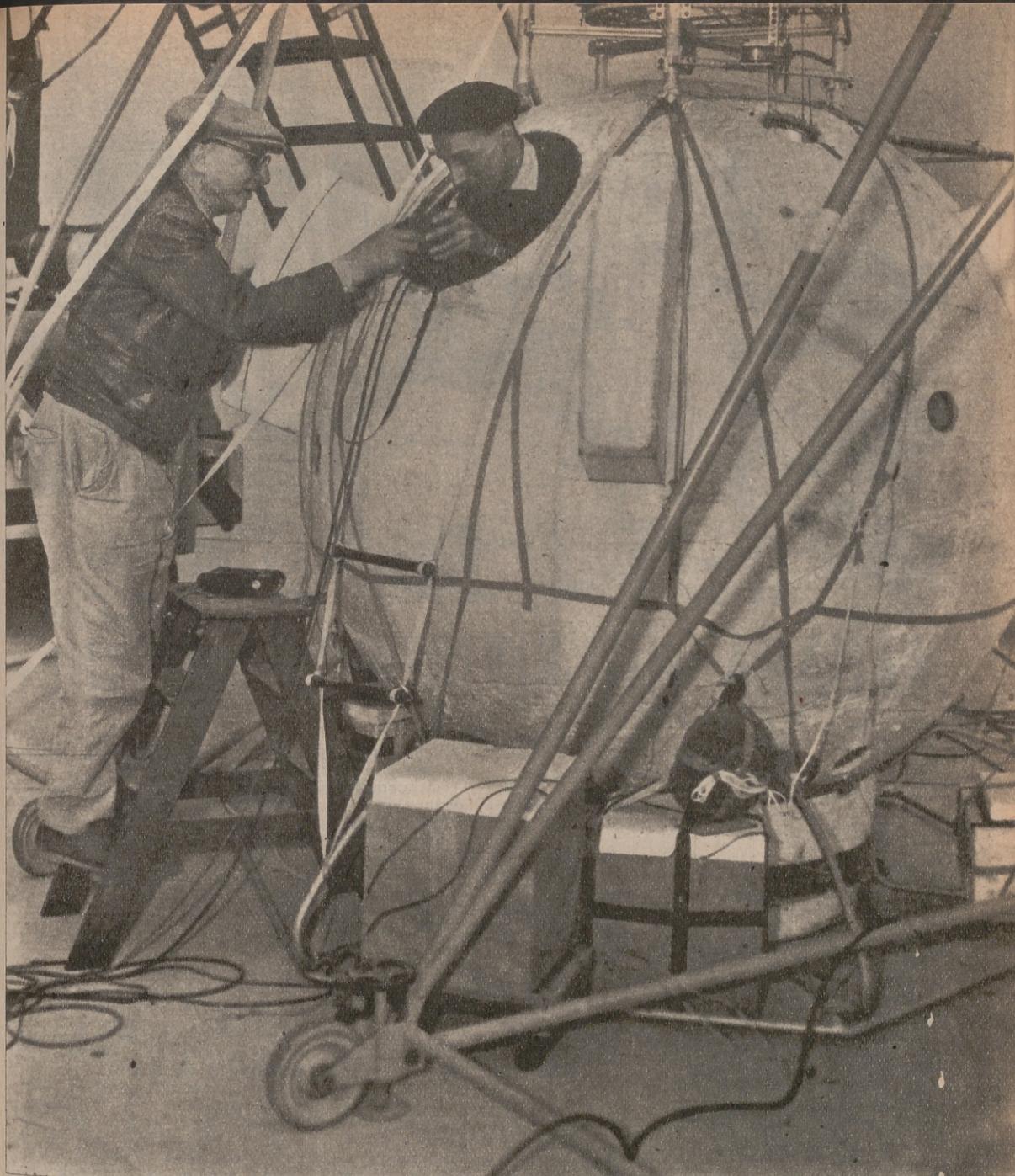
Los observadores de Venus han utilizado aparatos que les garantizaban en cada momento el suficiente suministro de oxígeno. Este es, naturalmente, uno de los requisitos más elementales del acondicionamiento, mucho más complicado de lo que suele suponerse. Durante la ascensión del mayor Simmons para observar los efectos fisiológicos de las grandes alturas hubo un momento en que se registró en la estrecha cabina herméticamente cerrada una composición anormal; había demasiado bióxido de carbono.

Los investigadores de Medicina espacial que observaban desde los laboratorios terrestres lo advirtieron antes que el propio Simmons. Ellos recogían cuidadosamente el

Gaceta de la Prensa Española

PUBLICACION ESPECIALIZADA EN MATERIAS DE INFORMACION

Administración: Pinar, 5. - MADRID



ritmo respiratorio del aeronauta y anotaron pronto las irregularidades. Cuando se las comunicaron a Simmons a través de la radio, éste ya se había percatado de que ocurría algo anormal. Bastó que se introdujera dos veces la máscara de oxígeno para compensar la diferencia.

¿Qué hubiera sucedido si los observadores terrestres no hubieran podido avisar a tiempo a Simmons del peligro que corría? Es posible que el aeronauta lo hubiera advertido por sí mismo y hubiese solucionado rápidamente la situación; también pudo suceder, sin embargo, que hubiera perdido el sentido y le hubiera llegado progresivamente la muerte. Los especialistas en Astronáutica creen que éste es uno de los más graves problemas a que habrán de hacer frente durante sus viajes espaciales; durante gran parte del recorrido extraterrestre perde-

rán la comunicación por radio con la Tierra y nadie podrá advertirles de los peligros que corran.

La futura exploración de astros sin atmósfera, como la Luna, plantea aún más graves dificultades respecto de la respiración de los exploradores. En la literatura de ciencia-ficción se ha resuelto generalmente este problema adjudicando a cada astronauta investigador un sistema de botellas semejante al que utilizan los «hombres-ranas». La cuestión es, sin embargo, mucho más compleja. Una avería en ese sistema bajo el agua puede ser con frecuencia lo suficientemente pequeña como para permitir al buceador elevarse sin demasiada rapidez que hiciera peligrar su sistema circulatorio. En la Luna, por ejemplo, la caída accidental de un astronauta y la consiguiente apertura de una vía de aire en las botellas determinaría su inmediata

Charles Dollfus fracasó en su experiencia por averías técnicas

ta muerte. Al no existir presión exterior, el oxígeno escaparía casi instantáneamente por la pequeña brecha abierta y el astronauta podría alcanzar difícilmente una cabina de presión donde seguir respirando.

En Los Angeles se ha construido recientemente un aparato que garantiza reservas de oxígeno para seis horas. Con este instrumento colocado a la espalda, un explorador puede recorrer a pie la superficie lunar. En opinión de algunos científicos americanos, este aparato portátil constituye uno de las más eficaces mejoras técnicas en relación con la futura exploración lunar.

W. ALONSO



MAÑANA NO VIVIREMOS

Novela por
Manuel PILARES

*Sus heridas cuenta el soldado;
y el pastor, sus reses.*

PROFERCIO

I

TENGO una pena muy grande y por eso la cuento. La cuento en primera persona, a sabiendas de que los literatos que se reúnen en el Gran Café Gijón dirán que escribir en primera persona es tan fácil como criticar a un compañero ausente.

Facilísimo, ¿eh? ¡Ya, ya! Ahora veremos.

Yo, la verdad, ni puedo ni quiero compararme a ningún escritor. Es cierto que últimamente me he ganado la vida escribiendo. Pero fue escribiendo para el cine. Y escribir para el cine también es una pena, aunque muy distinta a la que voy a contar.

He vivido de muchas maneras. He sido minero, peón de albañil, labrador, ferroviario y hasta llegué a estudiar unos cursos de bachillerato que me sirvieron para hacer de maestro municipal y enseñar a leer a más de doscientos niños. Pero mi ilusión siempre ha sido la de llegar a ser un buen tratante de ganado. Sobre todo entonces, que yo era un rapazuelo muy soñador. Veía a los tratantes de ganado como si fueran tipos de otro planeta. ¡Cómo los envidiaba! Iban de feria en feria con sus largas garrotas y sus amplias blusas azules, con sus abultadas carteras y sus altas botas de suelas gordas y llenas de tachuelas... Iban de feria en feria... Sabían todos los caminos y todas las fechas festivas de todos los pueblos y ciudades. Sabían desarmar el cazurro recelo de los campesinos con unas cuantas frases ajustadas, campechanas y precisas. Eran tipos marrulleros, avisados, fachendosos, reservos es..., según. ¡Por mi madre, lo juro! Cuando pienso en el talento que derrocho para convencer a los productores de películas que la última memez que se me ocurrió escribir es el mejor guión que salió de cerebro humano, se me afloja la correa del pantalón. Daré nombres y todo: no quiero que se me califique de tramposo como a cualquier escritor.

Ahí está, sin ir más lejos, José García Nieto, que ha colaborado conmigo en lo de escribir guiones. Puede llevarme al Juzgado, si miento. ¿No es verdad que lo difícil es venderlos; y más difícil todavía, cobrarlos? No es que nos deban nada. Eso no. Es que el país es así. Uno se descuelga con el consabido poema a la angustia, con el resabido artículo sobre la crisis del teatro... Y un o tarda en cobrarlos el tiempo suficiente para darle cuenta de que la angustia dura meses y meses

sin que acabe con nadie y que la crisis del teatro es tan eterna como el mismo teatro.

En cambio, a los tratantes de ganado no les ocurre estas cosas. Si compran, pagan. Si venden, cobran. Todo en un abrir de ojos y de cartera.

Pero estoy en que tengo una pena muy grande y muy anticinematográfica. Y estoy aquí, en primerísima persona, dando el callo sobre los folios y no charlando a lo loco en una mesa del Gran Café de Gijón.

Con permiso.

II

Y vamos a la pena.

¡Ay!

Fue una mañana de abril aromada y húmeda. Estábamos acampados en una aldea medio destruida, a muy corta distancia del frente, en el conejo de Llanes. De vez en cuando se oía el canto del cuco. Y de vez en cuando se oían esos disparos que jalonan las pausas de la guerra; esos disparos solitarios y como avergonzados, con más de bostezo que de miedo y con más de sueño que de vigilia. Disparos tontos, porque son disparos destinados únicamente a matar el tiempo. Un tiempo que el canto del cuco no hacía más que prolongar y prolongar... Pero, ¿qué es el tiempo? He leído bastantes explicaciones sobre lo que puede ser el tiempo, y ninguna me ha convencido. Yo creo que el tiempo es esa cosa que siempre nos desespera: o porque pasa muy rápido, o porque no le sentimos pasar, o porque no quiere pasar a la velocidad que deseamos. Puesto a filosofar por mi cuenta, me atrevería a decir que el tiempo es la moeda de Dios. ¡Ay, si Dios me diera una feliz eternidad! Aquella mañana el tiempo era una dolorosa desesperación.

Yo tenía que fusilar a mi mejor amigo.

Coplaré la carta en la que él mismo me lo pidió. Es mi defensa. Y es la prueba de que procedí como debía.

«Querido Manolo: Sabrás que voy a morir fusilado nada más que amanezca. Esta carta tiene el objeto de pedirte por favor que tú me ayudes. Te lo pido por lo que más quieras, pues tengo miedo que los que formen el pelotón se emocionen y no tiren bien, por lo que en vez de apuntar a la cabeza o al corazón apunten a las piernas o a la barriga y me hagan sufrir inútilmente hasta el extremo que tengan que rematarme en el suelo. Por lo que te pido que te presentes voluntario al pelotete que así se lo dije al capitán y él me contestó que no le daba más. Tú tienes buena puntería, acuérdate de cuando tirabas en las barracas

de las romerías, que siempre sacabas alguna cajetilla de rubio. Pues yo te ayudaré a que apuntes bien poniendo la mano sobre el sitio donde tengo el corazón y tú apuntes a la mano y aprietas el gatillo. No te achantes, Mañolo, y hazme este favor que te pido a la hora de la muerte. Tú conoces mi letra, puedes ver que escribo sin temblores, de modo que harás lo posible por no temblar tampoco. Dile a mi mujer que muero con todo el conocimiento y sin arrepentirme de nada. Yo maté a uno y aunque le maté en combate, el caso es que maté a uno y hay que pagar. Mañolo, no me niegues este favor. Te mando un millón de abrazos. Tu amigo, Juan.»

Desesperante o no, una buena cosa tiene el tiempo: su seguro paso. No es moneda falsa, ¡o.

Me presenté al capitán y supe con tremenda sorpresa que todo el batallón conocía la carta de mi amigo. La carta me había sido entregada al amanecer, pero había sido escrita al comenzar la noche. Y ninguno de cuantos conocían el contenido de ella me había dicho una palabra. Quisieron, sin duda, que pudiera dormir en paz.

Yo sabía que Juan estaba condenado a muerte. Ignoraba cuándo se cumpliría la sentencia. Mejor dicho: yo, y como yo casi todo el batallón, confiaba en que no le matarían. Creíamos que el Consejo de guerra había sido formado para asustarle.

III

Mi amigo Juan tenía unos diez años más que yo. Le conocí en la mina. Fui su ayudante en el mismo tajo. Él era picador y yo rampero. Juan trabajaba como un oso; todo lo que tenía de fuerte lo tenía de torpón. No pertenecía a ningún partido político; era, según él mismo decía, «un anarcuista puro».

Cuando estalló la guerra se fue voluntario al frente. Una noche, Juan, estando de escucha en una avanzadilla fue sorprendido por una patrulla nacional. Se cambiaron unos cuantos disparos, la patrulla se retiró y Juan vio que había matado a un enemigo. Los soldados que formaban la patrulla no pudieron retirar al muerto. Juan le vio al amanecer y dio la novedad al cabo. Seguidamente lió el macuto, dejó el fusil en el parapeto y se largó a casa. Días después le detuvieron y fue conducido al batallón. Interrogado por el comandante contestó que no pensaba luchar más, que para él la guerra había terminado. Alegó que si cada uno de los que están en el frente hubiera matado a un contrario, la guerra estaría ganada; que, por lo tanto, él había cumplido con su deber; y que se consideraba licenciado. Insistió en que obligarle a matar a más de uno era obligarle a ser un asesino. «Dispongo de una vida: la mía —dijo muy sereno en el Consejo de guerra—, y una vida me jugué en el frente. Gané una vida. Si me hubiera tocado perder, hubiera perdido una vida, mi vida. Obligarme a que siga jugando no es de seres humanos. Cada soldado sólo debe matar a un contrario. Soy uno que cumplió con su misión. Nadie será capaz de convertirme en un criminal.» Eso dijo, en resumen, mi amigo cuando le indicaron que si alegaba algo en su defensa.

¡Qué valiente fue!

IV

En los últimos minutos de su vida, en aquella mañana pálida y como con fiebre y aliento de niña; en aquel camino lleno de metralla y tejas rotas que atravesaba aquella siega parda y como con lepra y estertores de vieja, mi amigo conservó su serenidad y su convicción de haber obrado lealmente.

—Imagínate que un aviador... Un aviador sabe que cada bomba que deja caer en la retaguardia puede causar muchísimas víctimas—le decía yo, camino del paredón.

—Los que están en retaguardia construyendo esas bombas no ignoran que van destinadas a la retaguardia enemiga. Si haces números verás que intervienen en la fabricación de las bombas tantas personas como víctimas pueden causar. El aviador es un recadero de la Infantería. El artillero, el marino y el que está con una ametralladora... Todos los especialistas son recaderos.

—El aviador que va montado en un caza...

—Si yo hubiera sido piloto de caza—me interrumpió rápido—y derribo a un enemigo y com-

pruebo que le he aniquilado, no salgo otra vez a volar. Una vida sólo vale una vida.

—Según eso, si el enemigo es superior en número...—intenté argumentar.

—El enemigo nunca es superior en número para el que piensa como yo—dijo en tono cortante.

No pude contenerme. Traté de hablar y sin saber por qué solté una estruendosa carcajada. Todo el pelotón se detuvo como si hubiéramos oído una ráfaga de ametralladora disparada a quemarropa. El capitán gritó:

—¡Venga, venga!—y se llevó la mano a la pistola. Mi amigo, sin volver la cabeza, dijo muy tranquilo:

—Es que los nervios... Son los nervios, ¿sabes? (Si, sí, Dios mío, los nervios. Y aquella luz cada vez más pálida, y aquellas pisadas de madera seca, y aquellos largos signos de fúnebre admiración que relucían en el pavonado de los fusiles.)

Odié a mi amigo. Un loco. Eso era él: un loco.

Pero cuando le vi ante un trozo de pared, cuando vi que su mano izquierda se colocaba sobre el sitio donde tenemos el corazón... No, no, no, no... No seré capaz, no seré capaz, no seré capaz. Mi corazón lo decía, lo repetía... ¡No, no seré capaz! ¡¡No seré capaz!!

Sentí que iba a desmayarme. Oí una voz:

—¡Apunten!!

Y disparé. Disparé antes de caerme. Disparé antes de oír la voz de ¡fuego! Disparé a la mano de mi amigo. Vi brotar la sangre de la mano. Vi que mi amigo caía al tiempo que yo.

Cuando me reaninaron estábamos llegando al cuartel. El capitán me dijo:

—Le has fusilado tú solo. Nos has dejado acoquinados. El, ni se dio cuenta siquiera. Se conoce que no esperaba la muerte tan pronto. Eres un jabato. ¡Lástima que después te hayas desmayado!

V

La muerte. Creyentes y no creyentes, hemos de sufrir antes de llegar a esa meta fatal un entrenamiento que dura varias horas todos los días: son las horas del sueño.



El creyente piensa en la muerte como en un sueño del que despertará para ser juzgado por Dios.

Para el no creyente la muerte es un sueño eterno. Pero rebasada la meta nadie vuelve a repetir la carrera. Por eso, cuando muere un joven, hay algo en mí que me hace protestar igual que protesto en el campo de fútbol cuando el entrenador saca un equipo deficientemente preparado. Y afirmo que si nos entristece menos la muerte de un viejo que la de un joven, no es porque el viejo haya vivido más; es porque sabemos que el viejo ha dormido más, es porque nos hacemos a la idea de que el viejo está perfectamente entrenado para morir.

Nuestros nervios, nuestros huesos, nuestros músculos han sido formados de tal manera, que ellos mismos avisan cuándo han rebasado la madurez de la vida. Son varias las señales: unos ligeros fallos, unos débiles dolores, unas simples palpitaciones, unos tenues ruidillos al respirar. E blanquecino y tímido aviso de las primeras canas.

Tratamos de liar un cigarrillo. Estamos tan traquilos charlando de esto y de lo otro. O estamos tan campantes pensando en esto y lo demás allá. Y de repente...

Bien.

Yo fumo en pipa desde que una vez, al liar un cigarrillo, encontré en el librito de papel u a hoja que decía: «Aviso: Quedan cinco hojas.»

Y no permaezco en las tabernas que tienen ese azulejos que dice: «Hoy no se fía; mañana, sí.»

¡Lectoras y lectores, no pretendo daros coba!

Mañana no viviremos.

No habrá vuelta de hoja.

No habrá vuelta.

No

¡Escuchad! ¡Habéis oído? ¡Es el corazón! Es el corazón que, terco, repite: no, no, no, no...

Pero, ¿hasta cuándo le durará esa terquedad?

Hasta mañana.

Hasta un mañana que jamás veremos

Mañana mismo.

¡Mañana!

¡Lectoras y lectores! ¡No pretendo daros coba, no pretendo asustados!

Sólo os pido que os pongáis en mi caso. En primera persona. ¡Es... facilísimo!

VI

Después de haber fusilado a mi amigo me volví tan pensativo y triste que nadie se atrevía a decirme una palabra. Me acometían tentaciones de pegarme un tiro en la cabeza. Por suerte, a los pocos días llevaron a nuestro batallón a la línea de fuego.

Empecé a tomarle gusto al oficio de guerrear. Eso de tener un fusil y municiones sin tasa es algo que encandila mis ojos mejor que el vino. El olor de la pólvora me parece incomparablemente más grato que el del mar. ¿Y el miedo? ¡El miedo! Os juro que el miedo me produce una sensación más embriagadora que los goces del amor. En los más feroces tiroteos, cuando a lo largo de la línea de fuego se extiende ese trueno continuado que rasga los horizontes como si fueran retales de pana, cuando los proyectiles hacen hervir a la tierra, a la tierra temblorosa sobre la que uno está tumbado, abrazado, pegado, y, de repente hay que levantarse, saltar, atacar...

Pero cosas así nadie sabe contarlas. Quizá los únicos que puedan tener una fugaz idea de ese placer son los enfermos incurables, los enamorados del azar, los pilotos de pruebas. La guerra es una feria de verdad. Se va a ella con música, con ruido, con aparatos asombrosos, con muchísima gente. Y si se vuelve, si se tiene la suerte del volver, se gana un nuevo modo de mirar, de amar y de rezar... Y una pena tremenda, una pena sólida, ancha, honda, capaz de cimentar lo que tengamos de bueno en nuestro corazón.

VII

Terminó la guerra y entré en la paz. Vivi en varios sitios distintos, tuve varios oficios y por último me hice escritor.

Cuando volví al pueblo habían pasado cerca de diez años.

Era sábado y en mi pueblo los sábados son los días del mercado. En vez de ir derecho a casa no

pude resistir el deseo de ver primero a los tratantes de ganado, a los desconfiados campesinos, a las inocentes reses. En la plaza encontré alguna cara conocida. Disimulé y pasé de largo. Sin entretenerme con nadie llegué al prado de la feria.

¡Cielos! ¿Qué especie de tratantes eran aquellos? Vestían ostentosas canadienses, usaban mulletas con vuelta forrada de badana, fumaban cigarrillos de tabaco americano, no regateaba, señalaban un precio y... ¡pagaban con cheques!

Lleno de confusión me dirigí a casa de mis padres. Durante mi ausencia no les había escrito ni una sola línea.

Tuve que llamar a golpes para que me abriera. La antigua cerradura de larga y pesada llave que se escondía en un hueco de la pared, esco dite que conocían todos los vecinos, había sido reemplazada por un moderno cerrojo de llavín. Y no había escondite; las paredes estaban revocadas y pintadas...

Mis padres, como es natural, me recibieron con tanta alegría como sorpresa. Estaban más viejos, sí; pero no tanto como había supuesto. Quizá las ropas... Sí, eran las ropas. Yo recordaba a mi madre con chambra y faldas de paño, y a mi padre con chaqueta y pantalón de estameña. Y ahora mi madre usaba un vestido de algo parecido a crespón, y mi padre llevaba americana de cheviot y pantalón de franela

—¿Qué ha pasado en casa?

—Mi padre contestó campechano:

—Nada. Los tiempos cambian, eso es. El campo vale. ¿Te has fijado en todo? Hemos comprado una radio... A propósito. ¿Tú qué opinas? ¿Podrán los rusos adueñarse del mundo?

VIII

¡Lectoras y lectores! ¡No pretendo tomaros el pelo! Este es mi estilo de hablar y de escribir. Y sé por ajena experiencia que si hablar por hablar es de imbéciles, escribir por escribir es doble imbecilidad. ¡Lectoras y lectores! Todavía no sé decir las verdades de golpe. Es preciso que descanse de cuando en cuando, que las lleve a trozos, que las diga en veces. Así.

La mujer, la viuda de Juan, era muy hermosa. Se llamaba Charo. Vivía a la salida del pueblo, bajando a mano derecha en dirección al río, junto a la fragua.

¡Charo, amor mío! ¿Recuerdas el día que volví al pueblo? ¿Recuerdas que salí de casa con la carta de Juan en la mano, que llevaba la carta igual que un pañuelo doblado, que un pañuelo que se niega a decir adiós? Era ya mediada la tarde y en todas las casas comentaban mi llegada. Tu sabías que yo tenía que visitarte. Todo el pueblo lo sabía. ¿Recuerdas que en todas las puertas había gente mirándome, gente silenciosa, y que yo iba temblando con la carta en la mano hasta tu puerta?

¡Sí, amor mío; sí lo recuerdas! ¡Tú tampoco podrás olvidar!

Es difícil contarlo porque las verdades siempre han sido difíciles de contar y nuestra verdad es la más increíble de todas. Pero tengo que contarlo. Ya que no puedo recobrar mi ingenuidad de rapazuelo soñador, quiero que, al menos, mi paso se vuelva ligero, que mis palabras salgan sin tropezar con tanto dolor. ¡Charo, amor mío; ayúdame!

Estabas en el sombreado umbral de tu puerta, con tu pelo negro reverberado, con tu frente de manecida, con tus verdes ojos, y con tu naricilla, tu boca, tus hombros...

Y con tu mejor vestido.

Estabas esperándome.

Y yo me acercaba a ti como si en vez de llevar un papel en la mano llevara una losa de mármol en la espalda.

Y en todas las puertas, en todas las esquinas, había gente mirándome.

Iba temblando. Traté de hablar, de gritar. En mis oídos resonaban las palabras de Juan: «Es que los nervios... Son los nervios... ¿Sibes?» Hubiera querido soltar una estrepitosa carcajada, hacer algo que desatara el nudo que llevaba en la lengua. Pero no podía decir nada, no podía detenerme, no podía huir. Llegué a ti y alargue mi mano con la carta. Vi tus lágrimas. Y no supe que yo también estaba llorando hasta que te vi decir:

--Pasa... No llores... Pasa... Sabemos cómo fue... Nadie te culpa de nada...

Tuve que apoyarme en ti. No podía hablar, no podía dar un paso más. Casi arrastrado me hiciste traspasar el umbral. Sentí que iba a caer. Te abracé. Vi tu cara alzada hacia la mía. Vi tus labios acercarse a los míos. Y en aquel instante oí un insulto cruel. Sentí un golpe punzante en el hombro. Caí.

LA

El techo de madera desnuda, aquellas tablas en cuyas vetas se habían enredado tantas veces mis impacientes miradas de muchacho, fue lo primero que vi en cuanto recobré el conocimiento. Estaba en mi habitación, en mi cama. ¿Había soñado? ¿Era posible que aún estuviera soñando?

Volví la cabeza y sentí un ligero dolor en el hombro.

Sentada al lado de la cama estaba Charo.

--Cuidado... No debes moverte... Ya te contaré lo que pasó... Tu madre está en la cocina; nos relevamos para velarte...

--Pero...

--La herida no es grave. Tenías falta de sueño, eso dijo el médico... Debes dormir...

--¿Qué hora es?

--Hace un rato que amaneció.

--Charo, perdóname.

--¿Yo? ¿Yo no tengo nada que perdonarte! Soy yo la que debo pedirte perdón... Cuando te encuentres bien... Ahora duerme, haz por dormir. Es muy temprano todavía...

Cerré los ojos. Todo mi cansancio había desaparecido. Mi cerebro empezó a funcionar como si durante el tiempo que estuve inconsciente hubiera almacenado una enorme presión. Fingí dormir. Estaba seguro de que a pesar de la herida que me escocía en el hombro podía levantarme y andar. Pero ¿quién me había herido?

Apenas había cerrado los ojos cuando sentí que mi madre entraba en la habitación.

--¡Fuera!--oí decir a mi madre con un tono apagado y lleno de ira comprimida.--¡Fuera!

--¡Cállese! ¡El acaba de despertar y se ha vuelto a dormir! ¡Déjele descansar! ¡Ya tendremos ocasión de discutir!

--¡Fuera! ¡Habéis querido matarle!

--¡Y dale! ¿Quién ha querido matarle? ¡Padre nos sorprendió cuando él intentaba besarme! ¡En el momento de entrar en casa!

--¡Mentira! ¡Mi hijo nunca besará a una cualquiera como tú!

--¡Cállese! ¡Fui una buena mujer hasta que mataron a mi marido!

--¡No intentes culpar a mi hijo de lo que le pasó a tu hombre!

--¿Quién quiere culpar a su hijo? ¿Quién?--la voz de Charo se hizo apasionada, valiente, como si fuera una voz a ras de tierra, una voz decidida a tomar por asalto un fortín.--¡Sépalos de una vez! ¡Quiero a su hijo desde que empezó a usar pantalones! ¡Le quiero más que le quiere usted, más que quise a mi marido, más que nadie podrá querer!

(Abro este paréntesis para decir que nunca como en aquella ocasión me costó tanto trabajo tener cerrada la boca, para pedirlos a vosotros, lectoras y lectores, que guardéis un minuto de silencio y si os fuera posible que intentéis pelear durante ese minuto en mi situación para suspender lo que los guionistas cinematográficos llaman «suspenso»; para que los críticos menosprecien mi manera de escribir, y para que tú, Charo, comprendas que necesito todavía, ahora mismo, al recordar aquellos instantes, un poco de aire fresco y un mucho de serenidad.)

--Me voy--siguió diciendo Charo después de una pausa que mi madre llenó de muda sorpresa.-- Me voy de esta casa y me iré de este asqueroso pueblo. ¿Por qué crees que su marido me dejó entrar aquí y velar a su hijo? ¡Pregúntele! ¡Atrévase a preguntarle!

Charo salió de la habitación. Mi madre se reclinó sobre la cama y estuvo llorando mucho rato, mucho rato. Y yo, mientras fingía dormir, no hacía más que abrir paréntesis para llenarlos de dolorosas sospechas, para cerrarlos, avergonzado... y volverlos a abrir.

Cuando dejé de oír los sollozos de mi madre me incorporé muy despacio, sin ruido. Mi madre dormía. La recosté en mi lecho, me vestí sin gran esfuerzo y me dirigí a la cocina. Mi padre, sentado



en el escaño, dormitaba. Al alcance de su mano había una botella de anís seco y un vaso. Bebí unos tragos.

--Padre...--murmuré a su oído.-- Padre...

--¡Ah! ¡Cómo! ¿Cómo te has levantado?

--Padre, dime la verdad. ¿Qué hay entre Charo y tú?

--Pues... nada. Resulta que la moza es guapa y suele recibir visitas... Eres un hombre... Anduviste mundo... Yo... No te extrañe. Yo quise visitar a Charo... ¿Y sabes qué me dijo? Pues que conmigo no podía ser. ¿Qué estaba enamorada de ti desde que eras un crío!

Sali a la calle y me dirigí a casa de Charo. La puerta estaba abierta. Entré. Llamé:

--¡Charo! ¡Charo!

Nadie me contestó.

--¡Charo! ¡Charo!

Ruido de pasos apresurados. Y una fuerte voz:

--¡Si te mueves, te mato!

Desde el descanso de la escalera, el padre de Charo me encañonaba con una escopeta.

--¿A qué vienes a esta casa? ¿Qué quieres? ¡Contesta!

Le miré sin pestañear. No soy valiente, pero la indignación o acaso el gusto de pasar miedo me hizo decir con calma:

--Ayer me apuñaló por la espalda...

--¡Quietito! ¡No te muevas!

Descendió los escalones sin dejar de apuntarme. Se acercó a mí. Con el cañón de la escopeta fue tocando mis bolsillos. Luego se puso a mi espalda para registrarme el bolsillo trasero del pantalón.

--¿A qué has venido a esta casa?

--Quiero hablar con Charo.

--Charo no está. Se fue. Dijo que se iba para siempre.

--¿A dónde?

--No lo sé. No se lo he preguntado. Ni quiero saberlo. Se fue a la estación.

--Pues entonces nada tengo que hacer aquí. Adiós.

--No. Tú no sales de aquí sin haberme oído. Has de oírme por las buenas o por las malas.

Me hizo pasar a la cocina.

--¡Siéntate!--exclamó, sentándose a su vez frente a mí. Y seguidamente, con un tono quejumbro-

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

100 MALETAS SOBRE UN TECHO O LOS VIAJES ORGANIZADOS

Por G. ABECASSIS



EL turismo es quizá uno de los aspectos de la vida moderna más propenso para que el humorista pueda hacer en él fácil presa. Dejando aparte lo que hay en él de hecho sociológico y serio, existen también una serie de facetas donde la vanidad e incluso la estupidez humanas encuentran favorables circunstancias para desarrollarse. G. Abecassis, veterano guía de viajes colectivos, ha resumido en un delicioso librito sus múltiples experiencias y ha sabido sin poner mucha fantasía recoger en un conjunto de anécdotas que, pese a su autenticidad, no dejan por eso de ser menos divertidas. Completa el libro una colección de dibujos de un humor muy adecuado a la índole de los relatos, debidos a la pluma del gran humorista francés Mosé.

ABECASSIS (G.): «100 valises sur un toit ou les voyages organisés». L'Humour contemporain. Hachette; 193 págs

JAMAS habría pensado escribir este libro si un día, durante el pasado verano, en el Iraq, no me hubiese encontrado con un inspector de la Compañía Hidráulica. Por casualidad seguimos itinerarios casi idénticos, lo que hizo que visitásemos juntos los «suks» de Teherán y los Santos Lugares de Jerusalén. Ahora bien, cada vez que volvíamos a toparnos no dejaba de maravillarse de mi oficio, lo que tenía la virtud de irritarme prodigiosamente.

LA RAZON DE UN LIBRO

En el pórtico de la gran mezquita de Bagdad me lo volví a encontrar, y no desaproveché tampoco la ocasión para volver sobre el tema:

—¡Ah! ¡Qué oficio más extraordinario el vuestro! ¡Qué suerte la de viajar permanentemente! —me dijo con una mirada llena de desdén—. ¡No sé si se da usted cuenta de la dicha que tiene!

Y durante toda la visita no cesó de darle vueltas al asunto, siempre con variantes atormentadoras. Desgraciadamente para él, yo estaba aquel día muy lejos de sentirme entusiasmado con mi suerte y su entusiasmo me enfurecía.

—Escuche, querido señor—le dije para terminar de una vez—. Esta mañana me han robado dos maletas. Uno de mis turistas ha perdido su pasaporte. Ayer y esta noche también tendré que dormir en el autocar, así como otras tres personas, pues el hotel está completo. Si quiere usted mi puesto, se lo cedo.

Después di media vuelta para dirigirme al hospital, en donde otro de mis viajeros acababa de ser operado de apendicitis. ¡Ciertamente las cosas iban bien!

Desde aquel día existe la idea de este libro. Lo he escrito para el inspector de la Compañía Hidráulica y sus semejantes. Me ocurre que no pue-

do hablar seriamente de mi oficio sin ver aparecer en seguida el rostro de mi interlocutor sonriendo con segunda intención.

«He aquí uno que ha encontrado un filón», tiene siempre el aire de pensar. Como si mi oficio no tuviese otra misión que pasarme de Estocolmo a Capri, de Londres a El Pireo, en compañía de una banda de alegres turistas. Una auténtica sincura que le permite a uno recorrer los países.

Esta concepción errónea me ha hecho siempre rechinar los dientes. Y es por ello por lo que, entre dos trenes, dos aviones y dos viajes, he decidido atraer la atención del gran público sobre los mártires del turismo, esos miserables forzados del viaje organizado cuya vida está enteramente consagrada al placer de ese exigente personaje que es el turista.

GRUPOSCOPE

Paralizado en invierno, vigorizado en Pascuas, el enorme aparato turístico se pone en verano en pleno movimiento. En cerradas columnas los turistas se lanzan sobre las carreteras para consumir a grandes tragos su copioso itinerario. Violando la paz de los museos y el silencio de las iglesias, los guías, a fuerza de chillar para dominar la voz de sus colegas, acaban por perder la suya.

Tras ellos pelotones de turistas a punto de quedarse sin respiración le siguen a trote lento. Bajo la mirada burlona de «La Gioconda», al pie del «David» de Miguel Angel o en las estrechas habitaciones de la casa de El Greco, el mes de julio arrastra incansablemente sus olas de visitantes.

Únicamente en el torbellino vertiginoso, en el seno de esta inmensa batahola, ciertas personas guardan la calma. Son los vendedores de tarjetas postales, que esperan prudentemente a la salida. No pierden su tiempo, pues el gran carrusel del verano, de la «temporada», como ellos dicen, funciona a pleno rendimiento.

Entre estos museos, palacios y ciudades millares de autocares cubiertos de maletas circulan en todos los sentidos. ¿Cuál es su contenido? ¿Quiénes componen un grupo de turistas? ¿Es innumerable su variedad? Pues bien, por curioso que esto parezca el abanico es siempre el mismo.

Detengámonos en uno. Y en este autocar cogido al azar encontraremos invariablemente ese conjunto de personajes, esa pequeña selección de personajes que, usted conoce muy bien porque se ha cruzado con ellos en clase, en la casa o en la oficina. Sí, allí están todos.

Como milagrosamente, todos los caracteres pueden encontrarse siempre en cualquier grupo pequeño. ¿Será tan limitada la diversidad de la especie humana?, me he preguntado muchas veces. De todos modos, reunid a treinta personas a la buena de Dios, ponedlas entre mis manos y he aquí los tipos que formarán mi grupo.

Allí estará inevitablemente el turista pedante, el que lo sabe todo y no vacila en demostrarlo. Desde el primer día coge al guía local con motivo

de una fecha. Al cabo de algunos días, tras la primera admiración, no se podrá soportar a este personaje fastidioso, a este permanente ocasionador de complicaciones que ataca a los guías por detalles insignificantes. ¿Qué más nos da que esta iglesia sea barroca o rococó y tal cardenal no haya sido asesinado aquí, sino a unos metros de distancia? Que deje a los guías tranquilamente, ¡Lo que quiere es impresionarnos con su sabiduría! Haría mejor estar puntual por la mañana, llegar a tiempo al autocar y no acaparar siempre el mejor sitio.

No falta la bestia negra del guía: el mal dormidor. No se puede escapar de él. Cada grupo posee invariablemente una muestra, algunas veces varia, y ello significa para el responsable del viaje un auténtico calvario. Siempre recordará a los dos mayores descontentos que he tenido el infortunio de acompañar. Se trataban de un juez de Nueva Jersey y de su mujer. Nada de lo visto había escapado a su crítica. El último día, mientras les despedía en la estación, pensaba lo bien que me lo iba a pasar en cuanto los dejara. Pero apenas llegados se pusieron a escrutar la estación con el fin de descubrir algún objeto digno de censura. «Aquí estoy muy seguro—me dije—. Todas las estaciones se parecen. ¿Tendrán que admitir que no hay nada discutible...?» Pero fue una ilusión; durante algún tiempo y como el marido paseaba su mirada caótica por los relojes que en cada andén indican la partida de los trenes y sin balbucear me disparó:

—¡Vea usted! Hay una veintena de relojes y no hay uno solo que marque la misma hora en este condenado país.

No olvidemos al fotógrafo. El que realiza recorrer tres veces más kilómetros que sus compañeros. Jamás contempla la bahía de Nápoles o el Lago de los Cuatro Cantones; los retrata sencillamente. Y cuando no hace esto está demasiado absorto con su pequeña fábrica ambulante como para admirar el paisaje. Un día en Marrakech uno de mis turistas-fotógrafos estuvo a punto de suicidarse. La situación era dramática. No le quedaba ya un centímetro de película virgen y aquella día era domingo. ¿Qué hacer? ¿Seguir a los otros contemplando las otras cosas sin retratarlas? ¡Por nada del mundo! Prefirió quedarse encerrado en su habitación antes que someterse a tan horrible suplicio.

¿Y que me dicen ustedes del viajero por comparación? Este no ve las cosas por sí mismas, sino en relación con las otras. Un lugar no evoca nada en él si no le recuerda otro. Las fuentes de Tivoli le hacen pensar en Versalles, en Amsterdam se cree en Venecia y cuando franquea el Sión evoca el Gotardo.

Hay el señor o la señora cuidado de su persona, de labios estirados, que no tiene nada que ver con el resto de los pasajeros. Tiene mucha educación para codearse con el resto. Prefiere conservar su dignidad, mantenerse en reserva y no decir nada, aunque por ello no siempre tiene el aire de preguntarse cómo se le puede haber ocurrido participar en este viaje. Los demás también se lo preguntan.

El comprador no ha venido para visitar museos o iglesias. Su único objetivo es comprar lo que sea. Su única preocupación consiste en no tener tiempo libre en las ciudades. Naturalmente, este turista-comprador no estará nunca en el momento de la partida. Cuando todo el grupo está que arde en el autocar porque desde hace media hora está a pleno sol (no hay nunca sombra alrededor de los muros y de los edificios históricos), lo encontrará a tres leguas de allí, donde ha descubierto tarjetas postales dos veces menos caras que a la puerta del museo, lo que ocasiona su alegría y pondrá doblemente furioso al resto del grupo.

MADemoiselle ROSE

Un grupo de turistas embarcado en un viaje organizado no podría concebirse sin la presencia de la adorable, de la deliciosa, de la exquisita mademoiselle Rose.

Mademoiselle Rose es una encantadora solterona que acaba de pasar la cincuentena o no va a tardar en hacerlo. Mademoiselle Rose, que viaja más bien por la Luna que por España o por Italia, no está jamás al corriente de las últimas instrucciones. Cuando desciende por la mañana al hall con media hora de retraso, todo el mundo

está ya instalado en el autocar dispuesto a partir. Se siente desolada por haberselo retrasado a sus compañeros y pide perdón a todos.

Se la perdona, tanto más gustosamente cuanto se sabe que se la perderá una hora más tarde y por toda la jornada. Sí, mademoiselle Rose es incapaz de seguir al grupo cuando se visita un castillo, un museo o una catedral; desde la primera sala se inmoviliza fascinada durante horas enteras. Cuando consigue librarse de su contemplación el grupo no sólo ha salido ya del museo, sino que está varios edificios más allá.

Mademoiselle Rose no tiene cura. Se deja remolcar por otro grupo y recorrerá el castillo utilizando las caravanas que pasan como si fueran tranvías, dejando uno para meterse en otro.

Al terminar la tarde, mademoiselle Rose tiene los brazos cargados de libros, de guías y de catálogos que jamás tendrá tiempo de abrir, pero que tienen un aspecto tan interesante... Mademoiselle Rose comprará, además, los objetos más heteroclitos. Llenará el autocar con sus bolsas sobrecargadas, con sombreros extravagantes.

Antes de dejar una ciudad, mademoiselle Rose sube tres veces a su habitación para asegurarse que no ha olvidado nada. Hace el inventario de sus objetos más preciosos: polvos, perfumes, alhajas, etc. Todo está allí. Se puede partir. Pero he aquí que a 50 kilómetros de distancia hay que volver de nuevo, porque mademoiselle Rose, que no ha olvidado nada importante, se ha dejado, sin embargo, una insignificancia. Una tontería ciertamente: su pasaporte.

No proteste, mademoiselle Rose. Vuestro aturdimiento no conoce límites. ¿Recordáis aquella famosa tarde de Lisboa? Después de haber oído fados toda la tarde, habéis vuelto al hotel canturreando. Habéis pedido al portero del hotel el «503». El os ha dado la llave. Habéis subido a vuestra habitación y habéis hecho correr el grifo de vuestro baño. Y a los diez minutos más tarde, cuando dejábais vuestro cuarto de baño, ha entrado un hombre. ¡Sí, mademoiselle Rose! ¡Un hombre en vuestro cuarto de baño!

Habéis estado a punto de morir de terror y vuestros gritos han despertado a todo el hotel. «¿Qué hacéis en mi habitación?», habéis gritado atemorizada.

No, mademoiselle, no; este señor no está en vuestra habitación, es usted la que está en la habitación suya. Lo que pasa es que usted se ha engañado en un piso simplemente. Su número no era el 503, sino el 403.

Querida mademoiselle, ¿qué serían los viejos organizados sin sus increíbles distracciones y su inimitable candidez? Es usted la que por la pequeña nota de frescura y de poesía que ocasiona mi alegría, a pesar de la superabundancia de fastidio que me ocasiona. Sinceramente deplorable su ausencia.

C. A. V. O.

Día tras días, el itinerario se consume, se recorre. Al comienzo el turista se entrega a él apasionadamente. Nada le detiene. Catedrales, museos, palacios ilustres; todo lo devora vorazmente. Pero en medio del recorrido, si se tiene todavía de pie, no será ya por mucho tiempo. Muy pronto será presa de indigestión. Con las rodillas flojas se derrumba en el autocar. No hay modo de sacarle para que visite una iglesia o un bello triptico. Que se vaya a la porra el triptico; lo que prefiere es respirar un poco.

Al fin del viaje, ni que decir tiene que se saltará excursiones enteras para recuperarse en su habitación, soñando en la pequeña playa tranquila en la que pasará sus próximas vacaciones.

«Se deberá este cansancio a que el itinerario será demasiado riguroso?» me he preguntado algunas veces. No; ciertamente la verdadera razón estriba en que el turista está falto de fuerzas. Existe la equivocación de embarcarse a la ligera para un viaje organizado. La buena voluntad no basta. Su mala preparación y su condición física son tales que en ocho días de ruta está fuera de combate.

Es por lo que yo preconizo un entrenamiento para el viaje. Los turistas serán reunidos en unos campos de deportes. Allí se colocarán bajo la dirección de antiguos guías, ya retirados, que les enseñarán a hacer y deshacer una maleta en el

os minutos, a reunirse en buen orden al primer pitido, a subir y descender las escaleras, a efectuar largos recorridos ante interminables monumentos imaginarios, etc. Después de todo esto el candidato-turista obtendrá su C. A. V. O. (Certificado de aptitud para los viajes organizados).

—Veo, señor, que se ha inscrito usted para un Suiza-Alemania-Países Bajos-16 días.

—No; yo he escogido el itinerario número 2, el mismo recorrido más Bélgica, en diez días.

—¡Ah! ¡Ah! Esto es más serio. Recorra, pues, 5,000 metros a galope y os diré en seguida si podrá participar.

Si su tiempo es muy malo, se le eliminará. Por más que insista, el examinador se mostrará formal.

—Imposible, el itinerario número 2 está por encima de sus fuerzas. No podrá seguirlo. Os aconsejo más bien el «Castillo del Loira, dos días», o todo lo más un «Bretaña-Mont Saint Michel» para ponerlos en forma. Creed seriamente, no estáis todavía madura para los grandes itinerarios.

Por cierto que respecto a las velocidades desarrolladas en las visitas, debo recordar que mi record en la «travesía del Louvre» lo conseguí hace algunos años, en compañía de un americano con mucha prisa. Incluyendo en la visita las tres escalas obligadas ante la «Venus» de Milo, la «Victoria de Samotracia» y «La Giocorda», empleé un total de ocho minutos treinta segundos. No creo que este record haya sido batido hasta ahora, por lo menos hasta que no se levante la prohibición de circular con patines de ruedas por los museos nacionales.

LA TORTURA DE LA MALETA

Ignoro si al escribir que los objetos tienen un alma, el poeta pensaba en la maleta. De todos modos yo la tengo como uno de los objetos más demolidores del mundo, en unión de los botones del cuello y los cordones de los zapatos. Pongámonos en la hora de la partida. No conseguiré cerrarla por muchas fuerzas que hagáis si, no sentís encima a toda la familia o acabáis quitando alguna cosa indispensable.

Otra de sus martingalas favoritas consiste en alteraros el orden de vuestros asuntos. Colocad por la mañana vuestros trajes y vuestros vestidos con un orden meticuloso, tened por seguro que por la noche en el momento de ir a buscar algo, en un indescriptible registro, todo estará como si una violenta tempestad hubiese sacudido vuestra maleta durante toda la jornada.

Además parece que siente el placer de dejarse deteriorar. Sin tener un solo clavo, se engancha a todos los objetos y no estará satisfecha del todo hasta que tenga el aspecto de un colador.

Sería feliz, sin embargo, si en el curso de un viaje no se oculta en algún rincón oscuro en donde se olvidará seguramente, a meros que, como una vulgar seductora, no despierte el deseo en los ojos de un ladrán y os abandone para seguir su destino.

Ahora bien, no hagáis como el ilustrador de este libro. Antes de su partida a Italia se le había dicho a Mose: «Tened mucho cuidado con los ladrones, vigilad las maletas, un segundo de distracción puede ser fatal y serás robado.»

Estas palabras no cayeron en el oído de un sordo. Mose no es de esos tipos que toman las advertencias a la ligera. Sencillamente no le quitó la vista a las maletas hasta el punto de que fue un viaje endemoniado. La realidad es que Mose no visitaba Italia; tenía más bien el aspecto de encontrarse en misión especial, consistente en vigilar su propio equipaje. Por rada del mundo se le hubiese forzado a abandonar su coche con el fin de entrar en un museo o una catedral. Por lo que respecta a los restaurantes, prefería alimentarse de bocadillos. Finalmente, después de quince días de miruciosa vigilancia, volvió a pasar la frontera jubiloso. Es muy posible que no hubiese visto gran cosa de Italia, pero por lo menos volvió con sus maletas y esto era lo principal. Ahora ya podía hacer lo que le viniese en gana, pues estaba en casa. Y por primera vez, desde dos semanas, Mose entró en un restaurante.

—Cuando salió, su coche había desaparecido con sus maletas.

Como toda industria, el turismo tiene su materia prima y sus técnicos: los turistas y los agentes de viaje.

No sé si os habréis dado cuenta, pero las agencias de viajes se han puesto a proliferar desde hace algún tiempo a un ritmo vertiginoso. Si hay una tienda de su barrio hay nueve probabilidades sobre diez de que se trate de una agencia de viajes. Y no os sorprendáis si reconocéis en la puerta a vuestro librero o a vuestro antiguo peluquero.

Y es que, en el fondo, es relativamente más fácil vender viajes que frutas o primores. Entrad, pues, a comprar algo: el almacén está vacío. Sólo los muros están decorados con ciertos grabados que representan los grandes lugares del turismo internacional (los cuales, como se observará, están siempre inundados de sol).

Para apreciar a Venecia o el Mount-Saint-Michel bajo la lluvia tendréis que tomaros el trabajo de ir hasta allí.

Los agentes de viajes son las personas más sedentarias que yo conozco. Buscad su compañía y no lo lamentaréis. Son huéspedes perfectos. Nadie sabe como ellos apreciar la dulzura de un hogar y el encanto de una buena velada junto al fuego.

Tenía un amigo que trabajaba en los seguros y que no soñaba más que con las aventuras y los grandes horizontes. Desde que es agente de viajes, no puede franquear una puerta de París sin sentir la nostalgia de su hogar. Es natural, mientras que usted está toda la jornada en los arrabales o en los bulevares exteriores, él está en relación con la tierra entera. Llama a Zurich, telegrafía a Estocolmo, recibe su correo de Canarias o de San Francisco. Y cuando usted manda a sus clientes a la orilla izquierda, él expide los suyos a Africa del Sur o a Panamá. Se comprende muy bien que se sienta contento de volver a su casa...

Los agentes de viaje no carecen de humor. Últimamente, en Florencia, uno de ellos recibió de su corresponsal londinense la orden de conducir en góndola a sus clientes de la estación a su hotel. El empleado de la Oficina de Londres había cometido un error y había enviado el correo de Florencia a Venecia, y viceversa. No obstante, el agente florentino respondió en estos términos:

«Dear Sir: Hemo, anotado el día y la hora de llegada de vuestros clientes..., pero teniendo en cuenta el tiempo seco que ha hecho este año en Florencia, el traslado al hotel se efectuará en taxi y no en góndola.»

Además, el agente de viajes es el gran inventor de lugares. Cuando usted, habitante de Toledo o de Stratford on Avon, ve durante el vera o sus calles invadidas por turistas no se lo debe sólo al genio de El Greco o de Shakespeare. Sin la hábil publicidad de las agencias de viajes vuestros hoteles estarían vacíos, vuestros museos desiertos y vuestros comerciantes de recuerdos cerrarían las tiendas. Ciertamente, el agente de viajes puede asegurar el éxito o el fracaso de un país, lanzando una ciudad o provocando su olvido.

Todos los años este importante personaje se reúne con sus camaradas del mundo entero y plantea una serie de problemas relativos a su negocio. Como en todas las grandes ferias se hacen transacciones, se negocia, se vende, se compra, se cambia y las últimas noticias relativas al mundo turístico, por ejemplo, el bajo precio de los hoteles de Tombuctú o la alza de tarifas ferroviarias del Gran Ducado de Luxemburgo.

Si Tombuctú persiste en mostrar tan buenas disposiciones, Tombuctú será recompensado y verá al año siguiente afluir en sus lugares sagrados y en sus mezquitas a columnas de turistas que se repartirán las cosas y volverán a partir con las maletas llenas de babuchas y chechias. Esta renovación del interés, Tombuctú se lo tiene que agradecer, no se olvide, a las agencias de viajes.

En el fondo es una profesión muy agradable. Y si usted pasa por un momento de preocupación en la importación o la exportación o en cualquier otro negocio, no se olvide que todavía le queda otro recurso: el de abrir una agencia de viajes.



UNA VIDA ENTRE LIBROS

LUIS ASTRANA MARIN, EL MEJOR BIOGRAFO DE CERVANTES

INVESTIGO DIA A DIA LAS
INCOGNITAS DEL PASADO

ENTRE los libros de investigación, como Alonso Quijano el Bueno murió rodeado por los de caballería. También don Luis Astrana Marín ha sido un poco caballero andante que ha recorrido, en burro, aldeas y pueblos a la busca de documentos inéditos en un archivo de parroquia o en un polvoriento anaquel de alcaldía. Caballero andante en montura menor y sin escudero fijo y titular. Unas veces solo por esos campos de Dios; otras, con algún amigo de la Sociedad Cervantina.

Don Miguel fue, en su juventud, cobrador de tributos al fisco, don Luis, ya en la edad madura, recolector de rastros inéditos por las rutas del Quijote y de su autor.

La labor ingente de buscar miles de documentos inéditos cervantinos como si fueran níscales escondidos en el bosquejo fue, en ese hombre, un cometido particular —una afición intelectual no estipendiada previamente— en la que encontró un gran goce su espíritu independiente y como de navegador solitario por los mares de la investigación. La humildad y el orgullo de servir al común sin costar un céntimo de los fondos públicos es otra de las características. Es un «¡dejadme solo!» ibérico frente al toro más difícil y hasta una humildad franciscana y una confianza en que Dios proveerá. ¿Es que tienen beca los pájaros? ¿Tienen bolsa de viaje las golondrinas?...

Ese espíritu de serranía y ese aire un poco a lo bandolero de la búsqueda científica, siempre con el trabuco naranjero a punto de pieza, quizá le venga de los agrestes y bellos paisajes de su pueblo natal, Villaescusa de Haro, en la provincia de Cuenca.

CUANDO MATARON A PRIM

Su padre, que era militar en familia de militares y tenía varios hermanos de uniforme, estuvo en importantes servicios de América y fue ayudante de Prim, del que era muy amigo. Al morir asesinado el general Prim tuvo tal impresión, que decidió separarse del Ejército y vivir retirado de la vida de la capital. Por eso se fue a Villaescusa de Haro, donde afinó la familia que tuvo dos hijos, un niño y una niña.

El pequeño Luis va diariamente a pie —lo mismo en invierno que en verano— hasta el convento franciscano de Belmonte para aprender bien las letras, primero, y el latín y las humanidades, después. Tres kilómetros de ida y otros tres de vuelta, con las manos en los bolsillos y silbando para espantar el miedo, cuando la anochecida se le adelanta. Parece que ahí hay que buscar el origen de una sordera que le acompañará toda la vida.

A los once años traduce perfectamente el latín y es ya un buen músico en ciernes. Un pequeño sordo con muy buen oído.

Sus dotes literarias se desarrollan ya entre los franciscanos descalzos de Belmonte. Enborrona cuartillas, con muy buena caligrafía, y realiza pequeños trabajos de imaginación en la atmósfera de humildad franciscana de aquella casa.



Astrana Marín rodeado de escritores conqueses, en la ermita de San Clemente, cuando el 18 de mayo de 1959 fue nombrado mayordomo honorario de la Virgen de Rus

A los dieciséis años ingresa en el seminario de Cuenca, donde ampliará sus estudios de latín, de griego, de humanidades, de música y de canto. Se empeña pronto en hondos estudios teológicos y aún le queda tiempo para aprender lenguas modernas: francés, inglés e italiano.

SE DEFINE EN PERIODISTA

Sus aptitudes literarias se desarrollan en los años de seminario en un joven retraído y estudioso que aprovecha incluso las horas de recreo para escribir ensayos acerca de la literatura española, especialmente en torno a Quevedo, y la literatura inglesa, en la que comienza a especializarse en el estudio de Shakespeare.

Una manera de ser un poco tímida y ensimismada, así como la dedicación a profundos estudios, le mantiene un poco alejado del bullir de sus compañeros seminaristas, incluso los ratos de paseo y una gran parte del tiempo de vacaciones los dedica a estudiar. El exceso de trabajo y de tensión psicológica acaba por producirle algo así como una inestabilidad espiritual que finalmente se concreta en un abandono de los estudios eclesiásticos en el año 1909.

Ha sido un conflicto anímico que ha hecho crisis decidiéndose, finalmente, por la vida seglar y por un ansia de ver el mundo que él obedece emprendiendo un largo viaje por Francia, Gran Bretaña, Italia y Portugal.

A la vuelta de su recorrido por el extranjero se establece definitivamente en Madrid y en el periodismo, que comienza a cultivar de una manera muy directa desde la redacción de «El Imparcial», que, durante muchos años, será su punto fijo dentro de la inquieta vida periodística.

En los «Lunes del Imparcial» tiene una sección polémica que levanta polvareda al descubrir la falta de originalidad de algunos escritores. Luis Astrana Marín ama la verdad por encima de todo, y cuando sabe que algo es completamente cierto no duda en

difundirlo y defender su certeza cueste lo que cueste. Un amor a la verdad que comienza a costarle, ya entonces, algún serio disgusto.

AUTOR DE UN PASODOBLE

De aquella época son las dos novelas: «La vida en los conventos y seminarios» y «El sueño de la reina Nab», la comedia «Luz de playa» y el drama «Gitanos», escrito en colaboración con José Monteagudo.

Frecuenta las tertulias, los

círculos literarios y los salones. Es muy amigo de doña Emilia Pardo Bazán, de Palacio Valdés y de Ramón y Cajal.

Su rebeldía juvenil le hace adoptar una postura que a algunos parece extremista. Simpatiza con el radicalismo de los «jóvenes bárbaros» y con cuantos adopten un aire iconoclasta de derribar valores falsos en materia de arte.



El investigador paseando por las calles de Madrid

Vive en una pensión de la calle de la Cruz y forma allí un terceto musical en el que toma parte su amigo el maestro Martín Domingo, que, cuando llega a director de la Banda Municipal, un día estrechará el pasodoble «Los leones», del que es autor Luis Astrana Marín.

Sale varias veces al extranjero como corresponsal periodístico y asiste, muy directamente, en Lisboa a la desintegración política portuguesa que abrirá paso a la revolución nacional en aquel país.

Al terminar el periodismo con las tareas de investigación literaria, en las que realiza estudios sobre Quevedo, Lope de Vega, Séneca y Shakespeare, del que traduce varias obras de teatro en una paciente labor que, al cabo de los años, le llevara a la meta triunfal de haber traducido al español toda la obra de aquel autor al que conoce como nadie en el mundo. En Inglaterra se comienza a considerar a Astrana Marín como el más grande estudioso de la obra shakespirana.

Menuda en apariencia la silueta (varias veces dirá que la Historia no debe nada a los hombres altos), vivos e irónicos los ojos, burlona la boca y unas manos de orfebre como hombre que sólo las utiliza en trabajos delicados. Manos que van y vienen, que describen círculos y que parecen trazar, en el aire, rasgos caligráficos muy gruesos y como de escritura de gigante.

LA LUCHA CONTRA LOS PLAGIOS

Al contrario de lo que hacen muchos aprendices de intelectuales en aquellos años, Astrana Marín topa directamente con la llamada Institución Libre de Enseñanza, con la que emprende un braceo a muerte que ya no abandonará en los años sucesivos. No puede sufrir los monopolios de la inteligencia ni los consorcios y reservas de cátedras. Estalla y se revuelve. Ataca de frente, aun sabiendo que ello le va a acarrear serios disgustos y será causa de que se le cierren muchas puertas.

Termina un libro sobre la revolución de Portugal en 1912. Además de su punto de apoyo de «El Imparcial», escribe en «La Mañana» y «La Correspondencia de España». Más adelante alterna en la crónica de «El Liberal» con Ramiro de Maeztu, Dicenta, Gómez Carrillo y otros grandes escritores de aquella época.

De este tiempo es «El libro de los plagios», que promueve un gran escándalo y le acarrea rivalidades que duraron años. La labor de higiene literaria de esta centinela de las letras que es ya entonces Astrana Marín no es comprendida por todos.

Pero es de esos periodistas espadachines y pendecieros—siempre dispuesto al duelo—que tanto se estilan en el cambio de siglo. Más bien es un hombre ponderado y reflexivo, más dado a la polémica y la lucha del espíritu que a la agresión física y al trompazo.

POR COLÓN, QUEVEDO Y LOPE

Frecuenta ya entonces mucho

los archivos de protocolos notariales a la búsqueda de documentos inéditos y se inicia en los hondos trabajos biográficos, que alterna con obras de menos erudición: «La flor del otro San Francisco», «Cartas a Palacio Valdés», «Cristo y los judíos», «El jardín de Marco Bruto», «El llanto de las cigarras»...

Tras un silencio de casi diez años, publica, en 1929, su primer libro de carácter erudito: «Cristóbal Colón, su patria, sus restos y el enigma del Descubrimiento». Mientras termina la traducción de todo el teatro de Shakespeare, cuyas obras completas prologará.

Tres años después da a la imprenta las obras completas de Quevedo, en las que incluye más de 200 producciones inéditas y un extenso epistolario de aquel autor.

De un monumento literario u otro, ese hombre voraz parece que agota a las grandes figuras. Cuando termina con Quevedo entra en seguida en «La vida azarosa de Lope de Vega», otro esfuerzo inigualado de erudición y estudio minucioso.

«Haces de flechas» será el libro del vaticinio en ese gran patriota que es Astrana Marín, escritor de pequeñas obras que parecen como rellanos de los estudios monumentales que acomete como un titán que se abre paso a empujones.

Trabaja como un artesano, sin secretarías ni mecanógrafas. Todo a mano y con muy buena caligrafía. El mismo va y viene de la imprenta, corrige las pruebas, escoge las fotografías, pone los pies a los clisés, y hubiese encuadernado también si ello en algún momento hubiera hecho falta. Su olfato de periodista goza con el olor de la tinta y el tintinear de las linotipias con esas campanillas que llevamos en el corazón.

EL HORARIO AL REVES

Su horario de trabajo es completamente distinto del de la otra gente. Comienza a escribir a las once de la noche y no abandona la tarea hasta las once de la mañana, en medio del humo de los puros, en la soledad de su gabinete, rodeado de fantasmas de otra época, el sordo investigador escucha los latidos de nuestra gran Historia y rasguea la pluma lentamente como si escribiera a la manera clásica con pluma de ave.

Ese hacer la vida al revés le aparte de la relación social. No va casi a recepciones, veladas, conferencias, y se olvida de contestar a muchas invitaciones. Ello le da fama de hombre un poco al margen, que vive en otro siglo y cena siempre con los clásicos.

También es original en su trabajo de investigador. No hace fichas; no escribe en esos cartoncitos que luego se guardan en un fichero con los datos preciosos. Lee una referencia y la retiene en la memoria punto por punto. Marcha a casa y escribe.

LA BIOGRAFIA PARA CASTELLANOS

Pero si no es un óptimo co-

mensal, si es un miembro de la república de las letras un poco equinado y solitario, si es un buen conversador caustico y acurrente. En su casa se forman pequeñas tertulias. Le visitan los mas íntimos amigos: Antonio de Obregón, Patricio González de Carales, el P. Félix García, Don Justo Pérez de Urbel, el párroco de San Marcos, don Ramón García; el P. Manuel de la Pinta Llorente..., con los que sostiene largas conversaciones eruditas.

En 1953 funda la Sociedad Cervantina, que comienza a adquirir una vida relevante dos años más tarde. Desde el primer momento le ayudan el general Millán Astray, Benavente, Blanca de los Ríos..., y la Sociedad se estructura y comienza su labor.

Su obra de investigación nequista la ha acometido en plena guerra, que pasa en Madrid. Los meses de hambre los salva con paquetes que le llegan del extranjero, especialmente de sus amigos del Brasil, y con alguna ayuda de sus amistades diplomáticas. Y la «Vida genial y trágica de Séneca» nace muy serena de las explosiones y los bombardeos.

Con la paz vuelve a Cervantes, cuya biografía monumental sale a la luz con sus ocho volúmenes. En los que se ofrecen más de un millar de documentos inéditos. Astrana Marín obtiene con Cervantes unos beneficios económicos que son, según dice, los del Príncipe de los Ingenios multiplicados por dos mil.

LA ESTRELLA EN SU LUGAR

«Sólo un castellano puede escribir bien la vida de Cervantes», dice varias veces.

Pero se queja siempre de los editores. Y tiene incluso algún pleito con alguno de ellos por cuestiones de cuentas.

Tiene cuatro hijos, tres varones y una hembra, pero los otros son también hijos de Astrana Marín y su difusión por América le produce una gran alegría. «Escribo más para América que para Europa», dice. Lo cierto es que escribe para la eternidad.

Recibe invitaciones de Colombia, Venezuela, Perú, Nueva York y especialmente de sus amigos del Shakespeare's Survey, institución a la que está muy ligado y de la que es socio de honor. Sus profundos estudios de la literatura inglesa le han hecho anglófilo y se han ganado aquí y allí muchos amigos británicos que le invitan y le visitan en su casa.

Ahora estaba sobre la figura de Fray Luis de León y había reunido una abundante documentación sobre el religioso con quien se que tenía ya puesta a punto su biografía.

Don Luis Astrana Marín, recientemente, a los setenta años, se ha quebrado como una copa que cae. Quien vivía en otros siglos ha sido puesto en actualidad por un momento como para fijarle el lugar permanente que debe ocupar su nombre en el gran firmamento sereno de las letras españolas.

F. COSTA TORRO



TOCA LA BANDA

En casi todos los pueblos de España la música también es una pasión

Veintisiete mil instrumentistas en la Agrupación Sindical de Músicos

Los instrumentos de viento son los que lanzan al aire de todos los pueblos españoles las melodías populares

CORRE por el aire un pasodoble dominiguero: La banda toca:

Hay luz, alegría, ruido y ese olor especial que surge en los pueblos y en las ciudades cuando el día es grande. La banda, la pequeña agrupación de algunos músicos es el elemento principal de esta alegría que bulle por el aire. No hay alegría sin música. Por los pueblos y ciudades de España miles y miles de profesionales de la música, de pequeños grandes músicos, de instrumentistas humildes o menos humildes, personajes anónimos de un arte sin igual, componen el obligado cuadro descrito.

Plaza Mayor o paseo con música. Orquestina en la tarde cuando las parejas se deciden a bailar.

Para todos estos profesionales, importantes y menos importantes, se ha creado ahora en fecha muy reciente la Agrupación Sindical de Músicos, que los reúne, protege y encuadra por categorías.

He aquí quiénes son estos personajes que con sus instrumentos debajo del brazo componen su vida.

Ser músico es cosa seria. También suele ser para el vul-



La música en las fiestas de villas y ciudades es algo inseparable, su comienzo y su fin

go cosa de risa, y de siempre fue arte que fluctuó entre lo sublime y lo ridículo. Si bueno, magnífico. Si malo o mediocre, chifla y rechifla. Nadie más propicio al chiste y a la carajada que

esos negados estudiantes de flautín o un mal ejecutante de trombón.

Por eso el profesional humilde, y aun el que no lo es, están acostumbrados a pasar en el



En el norte de España los txistularis son un elemento más de la alegría popular. En la foto, un grupo vasco en las escaleras del Ayuntamiento bilbaíno

concepto de las gentes de una punta a otra del entusiasmo.

EL TÍO DEL "JUNQUITO" Y OTRAS HISTORIAS

—¡Ahí, va..., músico—decían hace muchos años unos arrapiezos mal educados al paso de ilustres profesores de la Sinfónica, con los estuches de sus nobles instrumentos bajo el brazo. Y lo decían a guisa de insulto.

Porque el arte de la música produce estupor y sobresalto en los menos preparados. Pero también el hombre que ha hecho de tal arte su profesión resulta un poco increíble y como de broma para las mentalidades más inferiores.

Así transcurre la vida del profesional. Se acostumbra a ser mirado como un ser un poco aparte.

—Es músico—y se pone como un susurro en la voz.

O bien:

—Se quiere dedicar a la música y en la familia se produce como en un disgusto.

"El tío del junquillo" llamaban los chicos de una capital de provincia cercana a Madrid al profesor que tocaba el contrabajo. "El tío del junquillo", hombre de arranque por lo visto, solía atizar a los impertinentes que se acercaban en son de burla con el arco de su instrumento, que, como se sabe, es de un calibre bastante más que mediano.

Como de poco más o menos se ha considerado durante mucho tiempo entre las clases medias y bajas el que alguien de entre sus filas hiciera de la música profesión.

Algo hay de incomprensible en lo de que un hombre normal y corriente se dedique a tocar fagot o fliscón, violín o contrabajo. Las cosas, de tejes para abajo, no parecen estar de acuerdo con esta clase de decisiones.

—No va a ser un concertista, ¿para qué quiere tocar?

En primer lugar, todo instrumentista empieza a tocar soñando con el día de su gloria. En segundo lugar, todos esos miles de músicos que pueblan el mundo nunca dejan de soñar con ilusión en un triunfo a veces borroso e inconcreto.

El músico es un poco niño. Vive de ilusión. Una escala buen hecha, un trozo bien ejecutado a solas o en el anónimo de la orquesta o la banda le sirve de sobra para sentirse satisfecho.

Cerca de 28.000 instrumentistas están inscritos en las diversas categorías de la Agrupación Sindical de Músicos. Veintiocho mil profesionales que tocan la alegría de nuestra tierra, que difunden música de altura y folklore. Cada pequeño grupo, como cada gran orquesta, es un motivo de pasión para los aficionados y paisanos.

CUANDO "LA MUSICA" LLEGA

El dominio de un instrumento exige dedicarse a su estudio muchas horas diarias durante toda la vida. No hay tregua para el que estudia. Solista, concertista, profesor de gran orquesta o músico humilde, la vida del estudio no se acaba nunca para aquel que quiere dominar un instru-

mento. Y nunca, nunca, se termina de aprender.

Ocho horas diarias de estudio eso es mucho para el alumno. El profesional, cuando no está en el ensayo, en el concierto, en la grabación de discos o películas, ha de estar estudiando.

Nosotros vemos aquí más al instrumentista anónimo que al gran profesional. Más a esa innumerable, interminable lista de agrupaciones musicales que se desperdigan por nuestra geografía.

No hay pueblo español sin banda, ni ciudad que no se prece de su Agrupación orquestal. Y en los pueblos, llámense "coblas", como en Cataluña, llámense como fueran, "la música" no puede faltar.

—Ahí viene "la música"—dicen los chicos.

Y cuando "la música" llega comienza todo. Sin ella no hay fiesta, alegría, baile ni celebración.

MADRID, PLAZA MAYOR DE MUSICA

Antes, y aún ahora, había una especie de "lonja de contratación" que centraba el movimiento de estos músicos de un pueblo a otro de la provincia de Madrid. El grupo de músicos, con sus estuches bajo el brazo, andaba bajo los soportales de la Plaza Mayor de Madrid. Charlaban con las manos metidas en los bolsillos y era en determinados días de la semana cuando la reunión era nutrida y se tornaba bulliciosa. Se cruzaban ofertas y contratos. De aquí salían las pequeñas charangas que tocaban en las pla-

zas de toros en las que había corrida, los que animaban el baile, los que tocaban en la Iglesia, misa mayor.

Los músicos, que se conocen todos o casi todos, por estamentos y dedicaciones, se saludaban sin sacar las manos de la chaqueta, con la bufanda liada al cuello y caja del violín bajo el brazo.

Pero esta es una imagen antigua.

—Gana menos que un músico.

—Hambre de músico.

Estas cosas se dicen.

Sin embargo, es hoy la profesión musical una de las mejor pagadas, en las que el trabajo cunde más y los contratos menudean.

Los discos, las películas, las grabaciones de todas clases, las fiestas, las ampliaciones de plantillas de bandas civiles y militares han contribuido fundamentalmente a mejorar la situación de tanto profesional como vive de este arte.

La Agrupación Sindical de Músicos atiende, como juego veremos, todos los puntos que puedan ser necesarios para proteger a los músicos.

El intrusismo ha quedado hace tiempo eliminado.

LOS APASIONADOS VALENCIANOS

En España existe un gran entusiasmo musical.

Hay zonas, como la levantina, cantábrica y catalana, en las que la música es algo sustancial.

Las bandas valencianas son famosas. Hay concursos de bandas, con lo que acuden a Valencia las bandas de toda la región, llenas de entusiasmo y pasión.

Tanto entusiasmo como pueda cundir en este Madrid de nuestros pesares por el fútbol y tan divididas como puedan estar las opiniones entre el Real Madrid y Atlético, lo están en pueblecitos valencianos como el famoso de Liria, en el que los partidarios de las dos bandas locales son poco menos que enemigos irreconciliables.

Rivalizan en la construcción de teatros, en los conciertos y, sobre todo, en el concurso anual de Valencia.

Todo en la vida de estos pueblecitos se condiciona al famoso concurso. Viejos y jóvenes, pobres y ricos, saben cómo marchan los ensayos, si hay posibilidades de ganar esta vez o no.

Viejitas de refajos y pañuelo a la cabeza son capaces de tararear grandes trozos del "Tanhauser" y de criticar la ejecución de una sinfonía.

Los concursos de bandas valencianas son quizá el mayor espectáculo de arte y cultura realmente «popular» que España puede ofrecer.

Mujeres y hombres que no tocan pasan al atardecer por la sala en la que se ensaya. Los que tienen motivos económicos no escatiman nada para que el material sea de primera calidad.

Las bandas de Liria son dos: la Primitiva y la de la Unión. Dos son los teatros que han construido sus partidarios.

El día del concurso, según sea la que gane, los coches de una o de otra, con sus seguidores, vuelven de Valencia atestados de ban-



A pesar del frío los componentes de la Banda Municipal de Madrid siguieron llenando el aire de ritmos de alegría en la fiesta de San Antón

UNA BANDA MAS QUE CENTENARIA

A la sala de ensayos han llegado los músicos; hombres de manos curtidas y callosas. No son músicos corrientes.

En un ambiente popular, universalmente español, de la Feria del Campo, el maestro Arambarri dirige a la Municipal de Madrid



—Y el clarinete, ¿no ha venido?

—Es que hoy le tocaba seguir...

Los componentes de la Filarmónica de Alcudia son huertanos, artesanos, trabajadores de varios oficios. El único músico profesional es su actual director, Manuel Celdrán, que conjunta y dirige a los entusiastas componentes de la Banda Municipal.

Apesar de no ser profesionales los músicos de Alcudia han obtenido galardones y premios. En toda la región valenciana son bien conocidos y apreciados, pues lo mismo son capaces de interpretar un castizo pasodoble que una obra sinfónica de difícil ejecución. El secreto es el entusiasmo y una disposición particular que tienen los hijos de Alcudia para la música. También los directores que han pasado por allí, y en especial Enrique Garcés, que ahora es director de la Banda Municipal de Tarrasa.

Todo ello ha hecho posible que la Filarmónica de Alcudia sea más que centenaria. En 1944 cumplió sus primeros cien años. Más de un siglo esparciendo por las calles, las plazas y las fiestas ese mensaje que todos comprenden que es la música.

DE «COBLAS» Y ORQUESTAS

La «cobla» catalana es una formación orquestal especialísima.

Once hombres, once, cargados de fiscornios, trombones, trompetas...; dos típles que ocuparán la primera fila, dos tenores, una flauta y un tamboril. Existen 108 «coblas» en el mundo y setenta y ocho radican en la provincia de Gerona. La mejor de todas se dice que es la «Cobla Principal de La Bisbal», que ha editado unos folletos de propaganda muy modernos, muy bonitos, en los que los músicos aparecen de pie sobre una gran partitura, como un gran conjunto de «jazz» que podría ser.

Cada una de las ciento ocho «coblas» ejecuta en público, como mínimo, cinco sardanas cada siete días. Más de mil músicos de «cobla» recorren cada año en ve-

rano el mapa regional. Los músicos de «cobla» son gentes enamoradas de su profesión.

Es imposible casi obtener un contrato con los músicos bisbalenses o con los de «La Salvatana» durante el mes de agosto. Los músicos de La Bisbal saben que, por ejemplo, después de la contrata en la fiesta mayor de San Feju han de ir, por sistema, a Puerto de la Serva. No hay vuelta de hoja. No hay dinero en el mundo que compre el contrato con el compromiso tácito.

La «cobla» siempre se paga los viajes, sólo los viajes. Todos los demás gastos —manutención, derechos de autor, etc.— corren a cargo de la parte contratante. Esa parte, además, se compromete a respetar las cláusulas sindicales: el respeto a las ocho horas de descanso durante cada uno de los tres días festivos, la admisión de una sola sardana matutina, la obligación de darles a los músicos alojamiento gratuito, etc.

Las «coblas» catalanas, como las bandas civiles, tienen categorías: primera y segunda. Las tarifas mínimas de una «cobla» de primera categoría eran, hasta hace un par de años, las siguientes: por un día, 1.500 pesetas; por dos días, 2.640; por tres días, 3.780 pesetas; por cuatro días, 4.500 pesetas.

Estas son tarifas mínimas. Porque La Bisbal, por ejemplo, llega a cobrar por tres días entre las 15.000 y las 18.000 pesetas, La Salvatana, entre 8.000 y 13.000 pesetas.

Sin embargo, «coblas-orquestas» de segunda categoría pueden tocar durante tres días por dos o tres mil pesetas solamente.

TARJETAS PARA TOCAR

La vida de un músico en cualquier región española es, pues, una vida agitada. En el verano, sobre todo, llueven los contratos y las peticiones.

Los profesores de las bandas tienen el prestigio que les dan unas duras oposiciones que ganar, y que les incluye en primera o segunda categoría. Las pruebas para ingresar en bandas militares son también durísimas, y las oposiciones suelen ser muy reñidas.

La Agrupación Sindical de Mús-

sicos se ha creado con el fin de encuadrar en ella a todos los instrumentistas profesionales y controlar en cierto modo el gran flujo y reflujo de bandas, orquestas y orquestinas.

El músico posee así una tarjeta profesional que le autoriza para trabajar.

Para obtener esta tarjeta hay que cumplir con cierto número de condiciones de la circular 572 del Grupo de Música, o tener terminados los estudios de un instrumento en un Conservatorio de Música.

Actualmente la Agrupación ha extendido el carnet número 27.700. En esta cifra están comprendidos desde el profesional ilustre al más humilde.

Las tarjetas pueden ser también comarcales, diferentes de las profesionales, y de menor categoría. Aquí se comprende a los instrumentistas que no han terminado sus estudios, pero que poseen un determinado grado de capacitación que han de demostrar a través de un examen para obtener dicha tarjeta.

Existen además las tarjetas comarcales por Agrupaciones. Para obtener esta tarjeta se examina el conjunto de instrumentistas y no cada uno de ellos por separado.

—Para obtener la tarjeta profesional hace falta—me dice don Sigfredo Ribera, secretario técnico del Grupo de Música—ser músico por oposición. Bandas militares de primera o segunda categoría, ser solista, o primera parte de Banda Municipal en población de primera categoría A y B, según la reglamentación de Música, y además todos aquellos que demuestran una antigüedad profesional de quince años antes del 1 de agosto de 1950.

CONTRA LA MUSICA MECANICA

La Agrupación Sindical de Músicos trata, en primer lugar, de proteger al músico. El músico posee así, en la actualidad, todas las ventajas que proporciona la Organización Sindical a cualquier sindicado: seguros sociales, protección contra el intrusismo, etc.

Algo hay muy interesante en esta Agrupación: su relación con la Federación Internacional de Músicos, con sede en Zurich.

De esta unión contra la música mecánica sale una lucha que tiende a salvar el trabajo de todos los profesionales.

—Se procede con mucha rigurosidad en todo lo concerniente a locadiscos y grabaciones.

La ley dice que una sala de fiestas ha de trabajar con músicos y no con «pic-up». Toda clase de grabaciones, además, no pueden ser hechas sino con un fin concreto. Los discos han de ser vendidos para su utilización en domicilios particulares, no para ser escuchados en público. Las bandas sonoras de las películas no pueden ser reproducidas en discos sin pagar nuevos derechos.

Durante un concierto tampoco se puede llevar a cabo una grabación si los profesores de las orquestas no cobran por ambos



En ocasiones son las rondallas las que suplen a la banda. El fin y el cometido es el mismo. En la foto, la Rondalla de Educación y Descanso de Corella



Bandas populares o agrupaciones de categoría. El pueblo se asocia a esta manifestación de arte. En la foto, la Banda Municipal de Barcelona en el homenaje a Wáagner y Clavé.

conceptos. De esta manera el profesional queda ampliamente protegido.

El señor Ribera nos dice que hay día que los profesionales tienen más trabajo del que pueden atender. Ahora ya no se puede hablar de "hambre de músico". Películas y grabaciones tienen a los profesionales de las capitales en jaque todo el año. Luego hay que contar con las actuaciones, en bandas, orquestas, teatros y todo lo que la música moderna pide de los instrumentistas.

De acuerdo con la Federación Internacional, toman también acuerdos relativos a los desplazamientos de orquestas españolas al extranjero, y viceversa, para que toda agrupación vaya a un país cualquiera de acuerdo con las respectivas Organizaciones Sindicales sin vulnerar tarifas ni bases de trabajo.

La composición de la Junta incluye nombres de toda la geografía musical española, bajo la presidencia de don Eugenio Barrenechea, de Madrid. Hay vocales de Organización y Disciplina, Música Sinfónica, Música Moderna, Bandas, directores y funciona una Comisión especial para todas las cuestiones de grabaciones, radio y televisión. El secretario provisional es el propio don Sigfredo Ribera.

Los músicos españoles, los famosos "coblas" las orquestinas, rondallas y agrupaciones, los profesionales, en fin, del divino arte, tienen hoy ante sí un panorama de seguridades básicas que no admite comparación de ningún género con el de épocas anteriores.

María Jesús ECHEVARRIA



El embrujo de la noche presta un ambiente especial para escuchar los aires musicales



"LA FIEL INFANTERIA"

PERIPECIA HUMANA DE UN BATAILLON ESPAÑOL

Imágenes cinematográficas que valen como documento

A lo lejos, apagadamente, se escucha de vez en vez el eco de un cañonazo. Los soldados, los infantes, cansados, sedientos, avanzan por la estepa. Atrás, en Atarbe, queda una paz vivida muy de prisa; queda la mujer, queda la novia, queda la madre. Cuando lo humano está a punto de madurar; cuando las cosas van saliendo poco a poco como uno se imagina, entonces te dan un fusil y... Por la carretera polvorienta los infantes vuelven de nuevo a primera línea. El comandante, que acaba de casarse, comprende el estado de ánimo de los muchachos. Y dice solamente:

—¡Chinta!

Y el asistente saca su armónica y toca. Los hombres uno a uno parecen resucitar. Y en segundos por el aire trágico de la

antesala del frente resuena la canción:

*Me gustan el claro, el blanco y el
[tinto;
me gustan los vinos de cualquier
[color,
y nos da lo mismo beberlos en
[bota
que en saco o botella, pellejo o
[porrón.*

Crecen los ecos de los cañonazos. La marcha sigue y la primera línea se acerca. Uno de los infantes, mirando hacia lo lejos, murmura: «Volvemos al hogar.»

*Detrás de esa loma ya estaré
[tranquilo;
quizá, amor mío, te pueda es-
[cribir;
acaso me tienda en un suelo sin
[flores*

y sienta tus manos sobre mi
[dormir

A la luz incierta del amanecer pasan mulos que llevan hombres muertos, hombres que segundos antes respiraban el aire de la serranía. Los infantes que vienen de refresco se apartan un poco, abren simplemente sus filas; nada más.

*España es la madre, la cuna una
[chica,
un huerto florido, un río, un
[arsenal,
el hombre enemigo, la rosa, el
[macuto
y aquellos picachos que miran al
[mar.
¡Los de Barleta somos la monda;
viva la madre que nos parió!*

El batallón de infantería «Bar-

leta» llega al frente dispuesto a realizar la operación de Cerro Quemado. Al final del largo combate, en los últimos metros de la película, una dedicatoria: «A todos los españoles que hicieron esta guerra, estén donde estén, vivos o muertos, larga paz.»

LOS FORJADORES

Se ha hecho la luz en la pequeña sala de proyección cinematográfica. La película, una película en la que se ve de inmediato el esfuerzo empleado en su realización, ha terminado. Tres hombres, los tres forjadores de esta peripecia de dos horas escasas, comentan una vez más cada una de las escenas del film.

Pedro Lazaga, el director, luce una hermosa barba de legionario. Por lo visto, todos los invier-



Pedro Lazaga, director de «La fiel Infantería» (en el centro), consulta el guión durante una pausa del rodaje. Detrás, tocado con boina, el guionista, Rafael García Serrano. A la derecha, Tony Leblanc

nos la deja crecer, por aquello de que la barba le abriga. Rafael García Serrano—que descubrió, entre otras muchas cosas, que «La fiel Infantería» no podía ser llamada de otra forma diferente que «La fiel Infantería»—tiene las manos metidas en los bolsillos de su gabán y hace consideraciones con cierta energía en los tirones de palabras; José Luis Dibildos, el productor, habla más suavemente, digamos más reposadamente.

En la copia que se acaba de proyectar falta aún la banda sonora, en lo que se refiere a la batalla. Pedro Lazaga le explica a Rafael que las bandas de sonido son fabulosas, que se escucha a la bala hacer ¡piiiii! y luego ¡boooooom! A García Serrano se le abren los ojos y Lazaga se anima:

—¿Quieres que te tiremos un cañonazo?

Y Rafael, casi implorante, contesta:

—¡Hombre, tirarme dos por lo menos!

Y allá subimos, al registro de sonido. Allí reina el mismo febril compás que en la sala de proyección. «La fiel Infantería», en pleno montaje, a fechas escasísimas de estreno, va tomando vida definitiva. Pedro Lazaga se pasa trece horas diarias en los estudios José Luis Dibildos y Rafael García Serrano vienen también cada día para ver por sí mismos el avance.

¿Cómo se gestó esta película, hasta hoy la más costosa de todas las producidas en España?

José Luis Dibildos, hace un

año, poco más o menos, llamó a Rafael García Serrano y le dijo que quería hacer una película sobre nuestra guerra. Le gustaba el título del antiguo libro de Rafael García Serrano: «La fiel Infantería».

Los dos comenzaron a trabajar en el guión. No se trataba ni se pretendía realizar la película de la guerra española, sino la peripécia humana de un batallón de Infantería en la guerra y en la paz que llevase dentro de sí el documento humano de aquella época. Era, pues, o debía de ser una película sin protagonistas. Todo quedaba simbolizado en el batallón «Barleta», en un comandante y en una escuadra en la que militan un campesino, un profesor, un estudiante, un comerciante, un músico y un oficinista. No existe ni principio ni final de la guerra: es un incidente, un episodio como motivo para estudiar al infante español.

A primeros de enero, García Serrano y Dibildos comenzaron a escribir el guión, guión que concluyó en junio. Como salió excesivo, se cortó y pudo casi en un 50 por 100 y luego, ya sobre el terreno, se cambiaron pequeñas cosas.

Mientras García Serrano escuchaba bandas de cañonazos, de ráfagas de ametralladora, de morteros y qué sé yo de cuantas cosas, Pedro Lazaga me dice que la realización de la película entrañó grandes dificultades.

—Se trataba de revivir una época que conocimos casi todos. Debe de haber así como quince millones de testigos.

Naturalmente, el testigo siempre se considera mejor preparado que nadie para opinar sobre un asunto vivido. Por ello el trabajo más minucioso presidió la ambientación. Lleyeron libros de aquella época, revistas, periódicos, y luego los encerraron en los recuerdos personales de cada uno de ellos. Faltaba por resolver uno de los principales problemas de la película: la localización del paisaje. Pensaron en principio cuál de las provincias españolas había sido menos utilizada en nuestro cine. Así apareció Lérida, con la ventaja de que no muy lejos de la ciudad encontraron una serie de fortificaciones intactas, el Cerro Quemado, en donde existe una lápida detallando que la fortificación fue terminada el 11 de diciembre de 1938 y que el día 24, trece días después, resultó inútil.

Recorrieron Lérida de punta a cabo y encontraron el terreno ideal: un terreno estepario, con cerrillos. La próxima guarnición militar de montaña, que durante el rodaje de la película podría prestar un apoyo básico, decidió por completo el lugar. Y Lérida quedó incorporada al cine español.

—¿Cuál fue lo más difícil del rodaje?

—La batalla final y el montaje de la batalla final.

Y Pedro Lazaga se acaricia su barba de legionario y me dice que no existe ni un solo fotograma de archivo, y que, exceptuando un plano corto de Laura Valenzuela, la integridad de la película está rodada en Lérida.

—Precisamente, una de las cosas que nos empujó a rodar en color era para cortar el paso a los suspicaces... No hay nada de archivo.

AQUEL VIEJO DE LÉRIDA

¡Dios, que aquello de Lérida fue Troya!

Cuando comenzó a llegar toda la caravana para el rodaje, la provincia entera se puso a vibrar. Ya se sabe que la gente de cine tiene una fama un poco peligrosa, de copa de champán, whisky y cigarrillo rubio. Por eso, los leridanos se llenaron de estupor al paso de los días. Aquellos hombres del cine trabajaban a destajo. Madrugones, noches sin dormir, desesperación ante la lluvia... Y Lérida, toda ella, levantó su pirámide de simpatía y ya fue todo como hecho entre compadres. La radio y el periódico local informaba diariamente de la marcha del rodaje; en los cafés se preguntaba por el plano 185, que se resistía; los chavales cantaban por la calle el himno del batallón de Barleta; y más todavía, porque los días festivos, la procesión de mirones hacia el lugar del rodaje parecía la procesión del Corpus.

Cómo sería el asunto y hasta dónde llegaría la sangre al río que José Luis Dibildos hubo de prometer solemnemente que el estreno en España de «La fiel Infantería» sería, desde luego, en Lérida. Durante el rodaje de la película —unos tres meses—, a la noche, el local donde se proyectaban los copiones, o sea las tomas del día, se llenaba de gente que opinaba en voz alta. Caso único en la historia del cine, ya que los copiones de «La fiel Infantería» los vio medio Lérida, cuando corrientemente no pasan del estrecho círculo del director y productor. Pero, ¿qué se podía hacer? Cada mañana salían mil soldados, asesorados por el teniente coronel De la Torre y el comandante Zabala, los dos de Infantería y los dos diplomados de Estado, y tras la caravana de soldados, los camiones llevando explosivos, los cañones... Y ven-



El comandante y su mujer —Arturo Fernández y Ana-lía Gadé—, con José Luis Dibildos, productor y coguionista de la película

ga rancho al aire libre, y venga a tragar polvo y a llenarse de tierra y de lo que fuera. Rafael me dice que a la noche, al llegar a la ducha, la tierra se despedría de la carne que era una bendición...

El día de la entrada del batallón Barleta en Atarbe, tras dos años de su partida, fue algo inolvidable. Naturalmente, Lérida prestó sus calles y su gente a la ficción de Atarbe. Y se engalanaron las calles de la ciudad, y la gente gritaba a pleno pulmón, y

aquello era algo para ver y para guardárselo para uno.

Un viejo, al observar a los infantes vestidos con el uniforme que llevaban en 1938 tuvo una sacudida interior muy profunda y muy misteriosa, y dijo engallándose:

—¡Aquéllos eran soldados y no los de ahora!

Los focos ponen luz artificial sobre estas imágenes de guerra, que parecen verdaderas





Laura Valenzuela e Ismael Merlo, en bicicleta, se preparan para actuar, mientras el operador Berenguier, fotómetro en mano, mide la luz

UNA GUERRA DE VERDAD

Rafael García Serrano no se cansa de escuchar ruidos bélicos. Ahora suenan morterazos y se deja vencer por la tentación del recuerdo:

—¡Chicos, este es el ruido más antipático de la guerra! No te da tiempo a nada...

Salimos al fin, tras escuchar el rebote de varias balas en rocas. Rafael me dice que en el guión no hay retórica, no hay patriotismo de zarzuela, no hay «¡vivas a Cartagena!». Sólo hay una cosa: el infante español con sus penas, sus alegrías, sus bromas. Son unos hombres que tienen que irse a la guerra después de una breve paz; eso es todo.

—¿Es tu mejor guión?

—Creo que hasta ahora es el guión más importante. Toco un tema entrañable para mí. La obra que me propongo hacer en toda mi vida es la comedia humana de nuestra guerra. Y «La fiel» pertenece a ésta.

García Serrano nunca dice «La fiel Infantería», sino simplemente, entrañablemente, «La fiel». La letra de la canción del batallón de Barleta es de García Serrano y la música de Antón García Abril. De pronto, agradablemente, la conversación pasa, por iniciativa de José Luis Dibildos,

En Cerro Quemado se desarrollan violentos combates, captados con impresionante verismo por las cámaras cinematográficas

a los accidentes de rodaje. Aun se le pone el rostro preocupado al recordar los peligros de las escenas de batalla.

—Allí podía haber pasado todo, vamos, todo.

Lo que pasó, en el capítulo de heridos, fue lo siguiente: A Enrique Avila le pegaron un terrible culatazo que le obligó a pasar prácticamente un mes en camilla. Se levantaba para rodar una escena y vuelta a la posición horizontal; Santiago Ríos, cubano, perdió un dedo de la mano; Tony Leblanc tuvo una raddilla sin juego durante más de quince días; setenta heridos de quemaduras, escalabraduras, torceduras leves, etc. Y Jesús Aristu. Lo de Jesús Aristu fue escalofriante. En plena batalla se tiró al suelo, con la mala fortuna de poner la cara sobre una carga de pólvora enterrada. La explosión le dejó ciego durante dos días y creó un insuportable clima de espera entre todos los componentes del rodaje. Al fin, todo se resolvió satisfactoriamente. Y claro, también llegó la broma. Jesús Puente tenía todo el cuerpo lleno de magulladuras, y el hombre protestaba porque no le hacían fotos como a los demás heridos:

—¿Qué pasa? ¿Mis cardenales no son fotogénicos?

En una ocasión, durante la toma de una de las primeras secuencias de la película, estallaba una bomba en el patio de un gallinero. De repente, una de las señoras que presenciaba el rodaje se volvió empavorecida y comenzó a gritar que estaba herida. En efecto, tenía la cara llena de sangre. Cuando el grupo



cinematográfico pensaba en una piedra que hubiera saltado u otro accidente similar, una de las amigas de la señora en cuestión, declaró que había sido ella, que se había puesto nerviosa y no pudo sujetar las uñas.

Así, entre risas, lágrimas, sofocones y alegrías, fue discurrendo el rodaje de «La fiel Infantería». Medio millón de pesetas gastado en explosivos, testifican los peligros salvados y el humo respirado por los actores y el grupo técnico.

«ESTO ES LO QUE ME JUEGO: VOLVER A EMPEZAR»

Le ha llegado el turno a José Luis Dibildos, acaso el productor más joven y más serio de España. Por lo menos aquí está una realidad: El primer productor a quien se le ocurre la idea de realizar una película sobre la Infantería española y la guerra de España. José Luis me dice que primero tuvo que hacer un tipo de películas buscando la pervivencia de su productora, puesto que Agata Films se fundó con muy poco dinero.

—Cuando tuve la suficiente fuerza económica me lancé a la gran película. Y pensé, que decidido a hacerla, había que hacerla buena.

Una estupenda lección para otros productores, incluso para algunos escritores también, esta reacción de Dibildos. Es fácil decir que se comienza por lo fácil para hacer luego lo difícil, pero se da la circunstancia de que en la mayoría de los casos, se quedan siempre en lo fácil.

José Luis Dibildos, desde el primer momento, afrontó los problemas de cara.

—Iba a hacer, por primera vez en mi vida, una película que me gustara en su totalidad; una película realizada con absoluto idealismo.

Y entonces comenzaron los enormes gastos, hasta tal punto, que hoy «La fiel Infantería» ha pospuesto a un segundo plano a «¿Dónde vas, Alfonso XII?», considerada hace pocos meses como la más costosa de la producción nacional. José Luis Dibildos gastó en «La fiel Infantería» tres veces más negativo que en todas sus anteriores películas. Durante el rodaje la tensión fue constante y la preocupación ilimitada. Sin embargo, la psicosis de entusiasmo que acompañaba a todos los que intervenían en el film, el ver que la gente no iba a cumplir, sino a darlo todo, le sirvió a Dibildos de consuelo e intentó superarse a sí mismo.

Y ahora está aquí, ante mí, ya a pocas fechas del estreno, y ya piensa en el porvenir. En caso de triunfo de la película, ya tiene pensada otra ambiciosa empresa: La auscultación de una familia de la clase media española, según guión de Berlanga y Soria. En caso de que «La fiel Infantería» no vaya como se espera...

—Volver a empezar: Esta es la baza que me juego.

Es ya muy antiguo, tan antiguo como cierto, aquello de que la fortuna sonríe solamente a los audaces. José Luis Dibildos no debe preocuparse.

Pedro MARIO HERRERO

POR FREJUS PASARON LAS AGUAS

TRAGEDIA EN TRES CUARTOS DE HORA



Supervivientes de la catástrofe, una madre, con su hijo de la mano, cruza el paisaje de ruinas y desolación

SOLIDARIDAD MUNDIAL ANTE LA CATASTROFE DE LA PEQUEÑA CIUDAD FRANCESA

HABIA dejado de llover. El cielo, entre el galopar raudo de las nubes, enseñaba a retazos el sol dorado del otoño, triste y tibio. Había amainado algo el viento y fue posible así celebrar el funeral al aire libre que los altavoces anunciaron a primera hora de la mañana. El obispo de Fréjus avanzó lentamente hacia el altar, una simple mesa sobre la que había sido colocado un lienzo blanco y el ara. No había tûmulo. No hacía falta. Era un funeral «corpore in sepulchro». Trescientos veintisiete cuerpos humanos habían sido enterrados en los días anteriores, pero ciento quince nombres aún figuraban entre las listas de desaparecidos; ciento quince cadáveres que aún debían hallarse bajo el barro y los cascotes, quizá allí

mismo donde se celebraba el sagrado sacrificio en sufragio de sus almas; ciento quince cadáveres desparramados aquí y allá, apesados en las paredes derribadas por el furor de las aguas o derivando cabeza abajo por ella. Era la ancha zona de 40 kilómetros de largo por 60 de ancho inundada por los 45 millones de metros cúbicos de la presa de Malpasquet.

Las frases litúrgicas pronunciadas por monseñor Henri Mazerat sonaban solemnes en el aire fresco de la mañana. Tres mil personas, enlutadas la mayoría, se arrodillaban en la explanada de lo que fue estación de ferrocarril de la bella ciudad francesa de Fréjus, a la vera de la famosa Costa Azul. Había entre ellas mujeres, niños, hombres con

barbas de seis días que habían hecho un alto en las tareas de descombro. En sus rostros se leía el más revelador lenguaje de la tragedia arrebatada que estaban viviendo, la horrible pesadilla que aún muchos se resistían a creer, a admitir con sus propios ojos.

SESENTA KILOMETROS ANEGADOS

Pero estaba allí. Allí mismo la tenían. El retablo del templo al aire libre, donde el obispo oficiaba, no era otra cosa sino un montón de ruinas: tres o cuatro lienzos de pared, donde colgaban, entre pinceladas y gruesas manchas de barro, ramajos y despojos que arrastraron las aguas. Estaba la tragedia a la



Lo que resta del muro de «betón» de la presa de Malpasset, que con su ruptura provocó la catástrofe

vista en los propios pies de los fieles, en la gruesa capa de lodo donde hincaban sus rodillas. Y la tenían, sobre todo, mordiéndoles en el alma, en el vacío y la angustia en las entrañas de saber que la riada brutal les arrebató, para no volver más, al padre, la esposa, los hermanos, el amigo, los hijos...

El viento—el «Mistral» recio, que dispersaba los olores de la muerte—llevaba hasta el fondo de la explanada retazos de las palabras de monseñor Mazerat: —«Réquiem in aeternam...» «... a Dei. Requiescat in pace». —«Amen».

Las finas gotas de lluvia, que a poco de comenzarse el funeral empezaron a caer, dieron paso otra vez al sol. El panorama, encendido, se ofreció a los ojos una vez más en la totalidad de su tragedia. Chocaba aquella bella luz confortadora. Parecía una cruel ironía de las nubes dejarla resbalar por la tremenda mancha de plata extendida en toda la vega del río Reyran, que reventaba de verdes feraces apenas una semana atrás.

Pero quizá era mejor así; quizá mejor ver la catástrofe toda de una vez, percatarse de su co-

losal magnitud, verla entera, brillando a la viva luz de la mañana. Era mejor saber de una vez hasta dónde había llegado la desgracia, qué se podía hacer para aminorarla y hasta qué punto resultaba posible cobrar fuerzas y ánimos para otra vez intentar encauzar y beneficiar las turbias aguas del Reyran.

Hasta el horizonte de sierras llegaba el agua. Delante aparecía el dantesco decorado de las ruinas, los barrios bajos de Fréjus arrasados, aplastados por la onda de muerte de la imprevisita y descomunal riada. Desde la explanada de la estación de ferrocarril todo tenía el aspecto de una ciudad aplastada por un gran bombardeo; por una explosión formidable que no hubiese dejado intacto un solo muro o pared, que lanzó furiosamente a la calle por balcones y ventanas los muebles y enseres todos de las casas; que derribó techumbres, pisos completos y que, sobre todo, durante cuarenta y cinco minutos ininterrumpidos, mantuvo sin descanso la onda mortífera de una masa de agua de cuatro metros de alta; una masa de fango y espumarajos revolviéndose titánicos entre maderos enormes y árboles enteros, animadas sus entrañas por la más terrible furia, revolviéndose contra sí misma en remolij-

nos y precipitándose irascible en la carrera de la muerte contra todo obstáculo a su paso.

CUARENTA Y CINCO MINUTOS DURO LA TROMBA

A las nueve y media de la noche del día 2 de diciembre de 1959—como registrará el libro negro de las grandes catástrofes de la Humanidad—, un bramido sordo comenzó a escucharse en Fréjus. El tiempo estaba cerrado en lluvia. Aullaba recio el viento en los cables del tendido eléctrico. Y la mayor parte de los habitantes de la hermosa ciudad de la Costa Azul se hallaban en sus casas, muchos ya en la cama. Na valía la pena seguir en pie, escuchando el golpeteo de la lluvia en los cristales de las ventanas e importunados por los frecuentes cortes en el suministro de fluido eléctrico. Total, una noche más de borrasca.

La luz se había cortado momentos antes de ser oído el bramido que en breves momentos creció como el eco de una fortísima explosión lejana. Instantes después todo fue silencio de nuevo: el aullido del viento y el tamborileo monótono de la lluvia. Y de pronto un nuevo rugido comenzó a ser escuchado; se dejaba oír al principio menos intenso que el anterior, sin aquel carácter de explosión violenta. Sin embargo, no cesaba y parecía aumentar por momentos. A poco llegó a ser realmente alarmante. Era como el galopar frenético de miles de cimarrones endiablados que de pronto hubieran emprendido carrera hacia Fréjus, o como un ejército de aviones de mil tipos y clases que en vuelo rasante hubiesen tomado por objetivo la ciudad; quizá un pavoroso regimiento de carros de combate colosales que a velocidad increíble se lanzaran todos a una en tromba hacia la ciudad dormida, sumida en tinieblas...

Apenas un minuto tuvieron de tiempo los habitantes de la desgraciada ciudad francesa para percatarse de la tragedia que se cernía implacable sobre sus hogares, colándose furibundamente por sus calles, derribando y sembrando la muerte por todo lo que hallaba a su paso. Hubo quien, horrorizado, apenas tuvo tiempo de abrir las ventanas para casi adivinar entre las tinieblas el rostro deforme de un monstruo que hervía arrasando las calles. Era una auténtica ola de cuatro metros de altura, un frente de aguas cenagosas que, soltando espumarajos frenéticos, chocaba contra los quicios de las esquinas, saltaba en coletazos gigantes, estallaba reduciendo a añicos las lunas de los escaparates de los comercios, derribaba puertas y paredes y se abría en formidables tentáculos de furia por mil huecos y mil sitios.

El frente de agua lo formaban las espumas, la masa casi viva de millones de metros cúbicos animados de una fuerza titánica que arrastraba árboles enteros arrancados de cuajo a los feraces huertos de la vega del Reyran, restos de techumbres de las primeras viviendas campestres arrasadas, traviesas de ferroca-

rril de los miles de metros de línea deshechos y postes de electricidad, de telégrafos y teléfonos, cascotes de varios puentes, asfalto de las carreteras... Eran éstas las primeras armas con que, como enemigo sin cuartel, las aguas de la presa golpeaban frenéticamente, a ciegas, las pacíficas casas de Fréjus.

Tres cuartos de hora duró la acometida, el combate sin defensa entre los barrios bajos de la ciudad y los 45 millones de metros cúbicos de agua en catarata desde la presa reventada. Sólo 10 kilómetros fueron la carrera hasta el pueblo tras el empuje formidable del peso de su propia masa líquida, extendida también en 10 kilómetros tras la parca de cemento siniestrada, en manso lago artificial que espejaba el bello horizonte de las sierras. Tres centenares de edificios destruidos fue el balance del combate.

45 MILLONES DE METROS CUBICOS EN CATARATA

Había sido un «crack» espantoso. El guardián de la presa de Malpasset, que milagrosamente pudo ponerse a salvo de la catástrofe, dice que en medio del chaporroteo de la lluvia escuchó como el crujido de un gran árbol al partirse en dos. Alarmado, tuvo tiempo de ver cómo en la superficie nitida de la gran comba de la presa se dibujaba la araña negra de unas grietas sarmentosas. Era la mano de la muerte que se había posado en la más arriesgada y sorprendente obra de la ingeniería hidráulica francesa, la presa que hasta entonces había sido considerada por los técnicos de todo el mundo como un verdadero prodigio y que había permitido un ahorro de cemento en su construcción de varios millones de toneladas.

El guardián de la presa, horrorizado, ha referido cómo vio las grietas correr, enseñar sus aristas negras—sólo por unos brevísimos instantes—en la brufida superficie del cemento. Dice que escuchó el grito de la piedra: un espantoso crujido casi vivo que estará sonándole en el cerebro mientras viva. Al momento no hubo otra cosa sino una desconunal pompa de 60 metros de altura lanzada en catarata sobre el valle, sobre los bosques de manzanos de la vega del Reyran, sobre los cientos de caseríos y chalets, sobre la vasta red de acequias y canales que durante cuatro veranos habían hecho de aquella misma agua en espantosa tromba un manantial de riquezas.

Diez kilómetros río abajo dormía Fréjus.

MILES DE MILLONES DE FRANCO EN PERDIDAS

Todo se lo tragó la catarata. Por supuesto, de la central eléctrica emplazada al pie de la presa no quedó ni rastro. Las pesadas dinamos y alternadores, de varios centenares de toneladas de peso, nadie sabe en el momento presente a ciencia cierta dónde pueden estar; se supone que se hallarán bajo la gran capa de fango que las aguas arrastraron de lo que fue



Una casa bloqueada por troncos y ramas arrastrados por la riada que asoló la población francesa de Fréjus

fondo de lago artificial, ahora toda repartida en amplia zona de sesenta kilómetros de ancho por cuarenta de largo y acumulado especialmente en todas las hondonadas de la comarca en capas de metros y metros.

El guarda de la presa refiere que, además, horrorizado, vio cómo los diez kilómetros de la cola del pantano se vertían en desconunal catarata sobre el valle. Calcula que esto ocurriría en un espacio de menos de medio minuto. La gran velocidad de de

riano del agua embalsada explica, junto con el descenso de nivel, la tremenda fuerza de las aguas en Fréjus. Es horrible imaginar la formidable bofetada que sufrió el pueblo, que destruyó totalmente un centenar de edificios y sinies-

Algunos de los damnificados, refugiados en una escuela de Fréjus



tró el doble, además de arrancar, bosques enteros de la vega del Reyran, arrasados por completo, sin dejar huellas siquiera de raíces arrancadas, cubiertos los hoyos a poco por la invasión del torbellino del fango.

De momento nadie es capaz de calcular las pérdidas materiales originadas por la catástrofe. Pese a ser la presa de Malpasset sin duda la que menos dinero ha costado en Francia, en relación con el agua que era capaz de contener, su coste fue elevadísimo, durante las obras más de dos años. Lo mismo la red de acequias y canales que distribuían el agua a miles de hectáreas. Las viviendas, los comercios, las fábricas y talleres de Fréjus, en una primera valoración aproximada, se estiman en miles de millones de francos.

EL EMBALSE MAS AUDAZ DEL MUNDO

Peró el mayor mal—aparte de tantos centenares de víctimas inocentes—es el no poder ser controlado ahora el río Reyran. Aparte del interés por convertir en regadío una gran extensión de tierras del sur de Francia, la presa de Malpasset tuvo por justificación la de ordenar las avenidas del río que atraviesa Fréjus. Por término medio, dos salidas de madre cada invierno era el balance normal del Reyran, en los campos de Fréjus, hasta 1954, fecha en que fue cerrada la presa de Malpasset.

Esto hacía que, desde hace muchos años, los habitantes de la región alentaran el deseo de ver reguladas las aguas de su río, a la par que se aprovechaban para la agricultura y la producción de energía eléctrica. Sin embargo, hasta 1952 el ministro de Agricultura francés no acometió la empresa de construir el embalse de Malpasset. Un ingeniero de fama internacional, André Coyne, había sido encargado de diseñar los planos del paredón de cemento que

habría de soportar el empuje de 45 millones de metros cúbicos.

Coyne, autor ya entonces de más de diez presas en diversos lugares del mundo, no vaciló en poner en práctica en el desfiladero de Malpasset una idea revolucionaria. En vez de los sistemas hasta entonces empleados comúnmente, optó por construir una presa «de arco», basado en algunas experiencias menores anteriores y, sobre todo, en ideas originales suyas para resolver el difícil problema de soportar una fina pared de cemento la tremenda presión de cuarenta y cinco millones de metros cúbicos de agua.

El sistema en la construcción de presas que hasta ahora ha sido más empleado con éxito en todo el mundo—aunque también se registren luctuosos fracasos—es el de las llamadas «presas de gravedad», que consisten simple y llanamente en una pared recta entre los dos cortes del terreno. La enorme cantidad de cemento que requiere este sistema ha hecho que los ingenieros aspiren a ensayar otros procedimientos menos onerosos y que registren, al menos, las mismas condiciones de seguridad. Hay «presas de gravedad» en las que el grosor de la pared de cemento en la base viene decreciendo conforme se acerca al aliviadero, a ser casi el mismo a su altura; la masa de cemento de esta base, por supuesto, está en relación con la cantidad de agua que ha de soportar la pared toda.

Las soluciones propuestas para aminorar los miles de toneladas de cemento que requieren las «presas de gravedad» son las llamadas «presas cúpulas» y «presas de arco». La de Malpasset correspondía a este último tipo, siendo en teoría una verdadera maravilla. Con sólo siete metros de grosor de pared en la base, se alzaba hasta sesenta.

El muro forma un airoso arco que descargaba en los cimientos

laterales el peso tremendo de los cuarenta y cinco millones de metros cúbicos de agua.

EL ENIGMA DE LAS PRESAS SINIESTRADAS

¿Hubo algún fallo en los cálculos de André Coyne? ¿Acaso los encargados de construir la presa no emplearon los materiales previstos por el ingeniero francés? La comisión nombrada por el Gobierno francés está investigando sobre ello. Nada por el momento se puede aventurar.

Pero lo que sí es cierto es que en las tragedias similares registradas hasta la fecha nunca sus causas auténticas pudieron ser puestas en claro completamente. No es muy abundosa, afortunadamente, la lista de presas reventadas en el mundo. Se registra un caso en Italia, otro en la India, dos en Norteamérica, uno en España... Estos fueron sólo los que originaron víctimas en gran número. Hay también otra lista secundaria de presas menores saltadas, que no dieron pie a lo que pudiéramos llamar catástrofes. Y, en unas y en otras, lo único que pudieron poner en claro las investigaciones posteriores fue la impotencia de los hombres ante la fatalidad. No obstante la dicho, el juzgado especial de Zamora, encargado de averiguar las causas de la catástrofe de Ribadelago, ha dictado auto de procesamiento contra varios técnicos de la empresa hidroeléctrica propietaria y de la que se encargó de la construcción de aquella presa, lo que parece revelar que no todo puede quedar en el misterio en estos casos.

El enigma, sin embargo, continúa. Cuando Ribadelago se habló de una vibración en la lámina del agua motivada por una gran cantidad de lluvia caída de pronto. Esta onda se transmitió por la superficie y llegó hasta la plancha de cemento, que comenzó a vibrar. Otra onda líquida, momentos después, pudo llegar hasta la presa en el momento justo al hacerle aumentar su vibración; y así otra y otra, y otra... Entonces las vibraciones del cemento llegaron a ser tan pronunciadas que la presa saltó, dando pie a una de las más espantosas catástrofes que ha padecido España en los últimos tiempos.

Ahora, con motivo del drama de Fréjus, se ha vuelto a decir igual. Quizá la osadía del ingeniero Coyne estuviese justificada. Quizá los constructores no fallasen en el trazado de la bella obra de ingeniería. Quizá todo sea debido a ese factor de los imponderables, que tanto cuentan cuando suena la hora de las grandes desgracias.

España, como pocos países, puede comprender la tragedia sufrida ahora por Francia. Por eso la ayuda a los miles de franceses que se ven con su hogar destruido, con sus campos arrasados y, sobre todo, con sus familiares desaparecidos en el paraje hoy dantesco de



Una anclana herida es llevada a lugar seguro por sus salvadores



Al pie del derruido muro de la presa, el ingeniero jefe constructor, André Coyne, el segundo a partir de la derecha, habla con los miembros del Comité de investigaciones

Fréjus, no ha tardado en llegar, lo mismo que de todos los lugares del mundo. El día 17 en París las banderas de Francia y de España ondearán a media asta en el Parque de los Príncipes. Un partido de fútbol se celebrará entre las selecciones de los dos países en beneficio de los damnificados de Fréjus, la ciudad francesa donde en lance de guerra perdió la vida

aquel bravo soldado español Clarilaso de la Vega, el poeta de la dulce lengua, del sereno sentir. Eso es todo lo que por ellos se puede hacer, junto con los donativos. Por los otros, por 327 muertos y 115 desaparecidos, la oración es su única ayuda.

Es éste el tributo que, de vez en vez, al azar, las fuerzas brutales de la naturaleza, desencadenadas,

exigen del hombre. Nadie puede preveer cuándo ni cómo va a tener lugar. Lo que era paisaje feliz, campo de riqueza, río de kilovatios y lluvias domesniadas, una noche de borrasca salta y siembra la muerte y el drama en tromba negra. Ante la fatalidad, sólo la oración cabe y la esperanza.

Federico VILLAGRAN

PRODUCTIVIDAD EN EL ABASTECIMIENTO

El poder adquisitivo "per capita" tiene dos modos sencillos y elementales de ser elevado. Bien aumentando los salarios y dejando fijos los precios; bien permaneciendo constantes los ingresos y disminuyendo los precios. Cierta es que no puede establecerse un criterio uniforme y general para todos los casos de la actividad económica. Y también es verdad que cada supuesto, en particular, exige un estudio meditado y un examen concienzudo.

Así, por ejemplo, la elevación de salarios puede convenir a las economías cuando éstas necesitan de la afluencia de masa dineraria para financiar, inflacionariamente, su proceso de desarrollo. En el momento que la productividad absorbe y elimina los

posibles desajustes en la móvil escala de precios, la economía conserva su signo positivo. Ocurre otras veces que por encontrarse la política monetaria de un país en fase o período de estabilización o deflación, interesa a toda costa dejar fijos, en términos generales, los salarios disminuyendo los precios; esto último merced también a medidas especiales de técnica de productividad.

Una cosa análoga al segundo caso estamos conociendo en nuestros días. Nos referimos a los sensibles descensos de precios experimentados por gran número de artículos alimenticios, que alcanzan en algunos extremos hasta el 20 por 100 del precio anterior.

Este suceso económico se presta a dos reflexiones, sencillas e inmediatas. Por un

lado, el aumento del poder adquisitivo del consumidor, no sólo en los específicos artículos alimenticios, sino en otra clase de bienes en cuanto puede destinar dicho ahorro a otras personales necesidades o preferencias. Por otro, la efectividad de unas medidas llevadas a cabo por el Gobierno, que, con la colaboración de los industriales del ramo, han permitido alcanzar los señalados objetivos.

Es aquí, pues, que cuando los hombres se proponen una cosa y la estudian, la analizan y la llevan a cabo con honradez e inflexibilidad, el éxito siempre está de su parte. Un éxito que ahora, concretamente, bien puede englobarse en el denominador común de productividad en el abastecimiento.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



POR FREJUS PASARON LAS AGUAS

TRAGEDIA EN TRES CUARTOS DE HORA

SOLIDARIDAD MUNDIAL ANTE LA CATASTROFE

DE LA PEQUEÑA CIUDAD FRANCESA (Pág. 59)